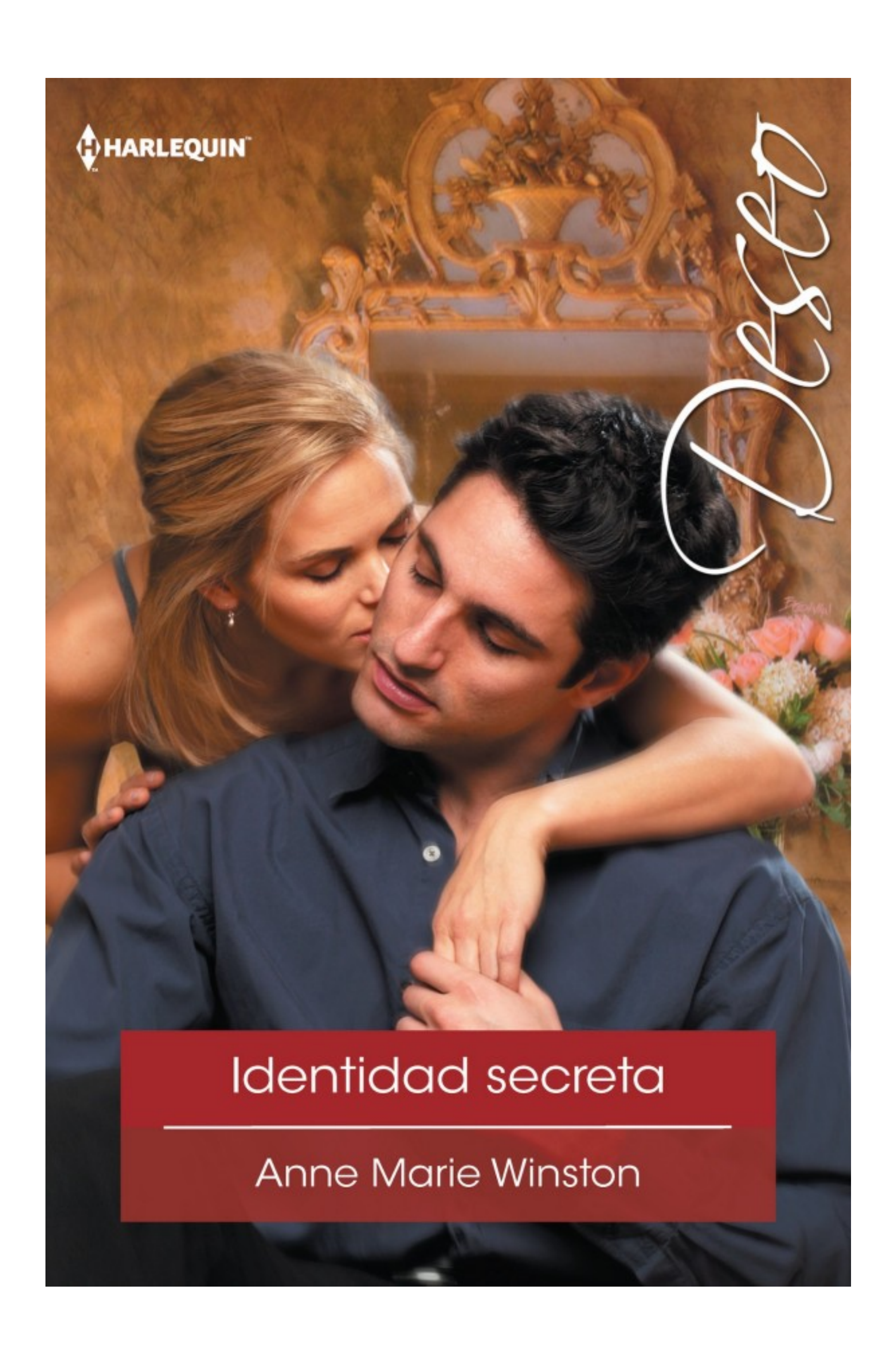

HARLEQUIN
Deseo
Identidad secreta
Anne Marie Winston

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Identidad secreta, n.º 1299 - junio 2016
Título original: Billionaire Bachelors: Gray
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8246-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

–Me alegro de saber que le va tan bien, señor McInnes –el médico escribió una receta–. Veinticuatro meses desde el transplante es una buena marca. El corazón parece que funciona maravillosamente. Esta es otra receta para sus medicamentos contra el rechazo. ¿Alguna pregunta?

Gray tomó el papel que le entregaba el médico.

–Gracias –se acarició la zona que rodeaba a la cicatriz que marcaba el punto donde latía el corazón del donante–. ¿Alguna vez ha oído…? ¿Algún otro receptor le ha comentado… que sintiera cosas raras después del transplante?

El médico dejó de ordenar el historial de Gray y lo miró fijamente.

–¿Cosas raras? ¿Como qué?

Gray se encogió de hombros. Se sintió ridículo por sacar el tema.

–La verdad es que no es nada. Algunas cosas que no me pasaban antes. Comida que no me gustaba y que ahora sí me gusta…

El médico sonrió sin dejar de mirarlo.

–A lo mejor quiere hablar con otros receptores. Tenemos un grupo de apoyo que colabora con el hospital –dudó un instante–. Hay pruebas, obtenidas de comentarios de pacientes, de que algunas veces los recuerdos se transplantan con el órgano. Se llama memoria celular. Un paciente descubrió que le entusiasmaba el pollo frito y a otra le gusta la cerveza, cuando antes no la soportaba.

«¿Pero cuántos recuerdan una cara?» se preguntó Gray para sus adentros. «¿Cuántos recuerdan una voz y tienen recuerdos íntimos de una mujer concreta que no conocen?»

–Gracias –dijo en voz alta–. Lo pensaré.

–Se reúnen los terceros jueves del mes, creo –el médico miró disimuladamente el reloj–. ¿Es todo?

–Una cosa más. Me gustaría darle las gracias personalmente a la familia del donante. Ya sé que va contra las normas…

El médico sacudió la cabeza antes de que terminara la frase.

–Ya sabe que el programa de transplantes tiene unas normas de confidencialidad muy estrictas. Puede escribir una carta y los encargados del programa se la harán llegar a la familia. Puede poner su nombre y teléfono. Si ellos quieren ponerse en contacto, puede hacerlo.

–Ya lo he hecho –había escrito una nota una semana después del

transplante, pero no había dado su nombre–. Sólo… me gustaría conocerlos. Aunque fuera verlos desde lejos.

Quizá escribiera otra carta con su nombre.

El médico sonrió con comprensión.

–Es muy loable que quiera expresar su agradecimiento, pero hay familias que no pueden soportar que les recuerden lo que han perdido. Para ellos es excesivo encontrarse de repente con alguien que tiene un órgano de alguien querido.

–Lo entiendo –Gray lo dijo con un tono calmado aunque por dentro gritaba que quería saber quién era la mujer que se había metido en su cabeza–. Gracias.

–De nada. Siga así. Creo que nunca había visto a un paciente con un corazón transplantado que estuviera en tan buena forma física. Desde luego, usted tenía mejor salud, salvo por las consecuencias del accidente, que la mayoría de personas que están en la lista de transplantes.

Gray asintió con la cabeza.

–Por el momento, me siento de maravilla.

«Excepto porque al parecer tengo la memoria de otra persona además de su corazón».

–No dude en llamarme inmediatamente si tiene fiebre o le pasa algo inusitado. Si no, lo veré dentro de seis meses para el reconocimiento y la biopsia.

El médico se levantó y extendió la mano, que Gray estrechó. El médico salió de la habitación y Gray agarró la camisa del gancho donde la había colgado para que el médico lo examinara. Se dio cuenta de que tenía la receta en la mano y la dejó sobre la mesa para vestirse.

Al hacerlo, se fijó en un historial. Su historial. Dudó mientras sus principios se debatían con la necesidad de saber más, pero lo agarró y lo abrió. Echó una ojeada a las primeras páginas y no encontró lo que buscaba, pero por lo menos supo que el corazón del donante había llegado desde el hospital John Hopkins, en Baltimore, al de Temple, en Filadelfia, donde él lo había recibido.

Al cabo de unos momentos, mientras se abotonaba las mangas, el médico volvió a entrar y tomó el historial mientras sacudía la cabeza.

–Me parece que necesito uno de esos medicamentos para la memoria que toma todo el mundo –dijo con una sonrisa forzada–. Cuídese, señor McInnes.

Capítulo Uno

–¿Me concede este baile?

Catherine Thorne, que estaba hablando con su suegra, se volvió lentamente para mirar al desconocido. La verdad era que había empezado a cotillear con Patsy cuando aquel hombre se levantó para cruzar la habitación, de modo que él seguramente sabría que no interrumpía nada importante.

Había estado observándola toda la noche, aunque ella no sabía quién era. El baile benéfico para el programa de donantes estaba abierto a todo el mundo.

–Se lo agradezco… pero no bailo.

No recordaba la última vez que había dicho una mentira y las palabras se le atragantaban.

Patsy Thorne se rió.

–Qué bobada, Catherine –se volvió hacia el alto desconocido cuyo pelo negro y muy corto tenía reflejos que parecían azul oscuro–. Claro que baila. Le encanta bailar. Adelante.

La última palabra se la dirigió a Catherine.

Catherine esbozó una sonrisa forzada. Adoraba a su suegra, con quien seguía manteniendo un trato muy íntimo a pesar de la muerte de Mike, el marido de Catherine, y sabía que Patsy tenía buena intención. La buena mujer le había dicho muchas veces que era demasiado joven como para encerrarse, que Mike habría querido que saliera y encontrara a alguien con quien compartir su vida, pero ella preferiría que su suegra dejara de intentar emparejarla. Durante los últimos seis meses le había presentado un montón de solteros.

Posó lentamente la mano en la que tenía extendida el hombre y lo miró a los ojos mientras sentía que la calidez del contacto le alteraba el pulso.

–Gracias… será un placer…

Él tenía los ojos más azules y más oscuros que había visto en su vida y la mirada era tan intensa que se olvidó de lo que había dicho. Él la miraba penetrantemente, casi indiscretamente, como no había dejado de hacerlo desde que sus miradas se cruzaron al principio de la velada.

¿Quién era?

La agarraba con fuerza de la mano mientras la acompañaba a la pista de baile. Cuando él se volvió y la tomó entre sus brazos, ella se puso tensa

antes de que pudiera evitarlo. No había bailado ni había estado en los brazos de un hombre desde la muerte de Mike.

–Soy inofensivo –le susurró él al oído mientras la llevaba al compás del vals.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿Lo es?

Él arqueó las cejas negras y pobladas y sonrió.

–Más o menos. Me llamo Gray McInnes.

–Encantada de conocerlo, señor McInnes –replicó ella intentando no hacer caso de la punzada que había sentido en las entrañas cuando él sonrió–. Yo me llamo…

–Catherine –terminó él–. Catherine Thorne.

Ella esbozó una sonrisa inexpresiva para que no se notara lo mucho que le alteraba su proximidad y la forma de decir su nombre como si fuera interminable.

–Me saca ventaja, señor McInnes. ¿Nos conocemos?

Él negó con la cabeza.

–No, pero me ha resultado muy fácil saber su nombre sólo con preguntar quién era la preciosa mujer vestida de azul. Usted ha organizado el baile y casi todo el mundo la conoce.

Era verdad, pero ella tenía la sensación de que esa explicación tan amable ocultaba algo.

–¿Es usted de Baltimore, señor McInnes?

Ella se concentraba en una charla trivial para intentar no pensar el los músculos que notaba claramente debajo del impecable esmoquin.

–Por favor, llámame Gray. Soy de Filadelfia, pero me trasladé a Baltimore hace unas semanas. ¿Te has criado aquí?

–Sí –ella inclinó la cabeza–. En Columbia, fuera de la ciudad.

Él la llevaba en círculos y ella se sentía diminuta en comparación con su poderoso cuerpo. Medía casi un metro y setenta centímetros y nunca se había sentido baja. Su marido, Mike, medía más de uno ochenta, pero tenía un cuerpo esbelto y atlético. Gray McInnes era unos quince centímetros más alto que Mike y si no había sido jugador de fútbol americano, había perdido una oportunidad de oro.

Se movía con una ligereza increíble para un hombre tan grande y la llevaba con mucha soltura.

–Daría cualquier cosa por saber lo que piensas.

Lo dijo con un susurro grave y ella sintió un estremecimiento en todo el cuerpo. Se rió e intentó disipar cualquier rastro de intimidad.

–No vale nada. Estaba pensando en lo mucho que me gusta bailar.

–Entonces, deberías hacerlo con frecuencia.

–Soy viuda. No tengo muchas ocasiones –las palabras, dichas en voz alta, le parecieron atrevidas y muy dolorosas.

–Lo siento. ¿Hace cuánto falleció tu marido?

Aunque las palabras eran convencionales, él no parecía sorprendido por la confesión. Quizá se hubiera enterado cuando se enteró de su nombre.

–Dos años –contestó ella–. Más tiempo del que pasamos casados.

Él le agarró la mano con más fuerza durante un instante.

–¿Fue algo inesperado?

–Un accidente de coche. Un camión nos sacó de la carretera.

El rostro de Gray se crispó.

–¿Estabas con él?

Ella asintió con la cabeza.

–Pero todo el golpe fue en su lado –sacudió la cabeza–. Lo siento. No es la conversación más apropiada para un acto social.

–No te preocupes –el vals dio paso a un ritmo más rápido, pero él no la soltó–. Entiendo que no tienes hijos…

–¡Sí! –sonrió de oreja a oreja como siempre lo hacía al acordarse de Michael–. Tengo un hijo. Nació después de la muerte de su padre. Ya tiene casi diecisiete meses.

Gray McInnes se quedó rígido con los brazos alrededor de ella. Abrió los ojos de par en par y ella llegó a pensar que sus palabras lo habían impresionado.

–¿Lo sabía tu marido?

–No. Yo no lo supe hasta después del accidente.

Gray se paró y ella lo miró con preocupación.

–¿Te pasa algo? –le preguntó.

–No. Estoy bien –seguía mirándola con aquellos ojos penetrantes–. Ha tenido que ser muy doloroso.

Ella consiguió sonreír, aunque los meses de embarazo habían sido espantosos por la muerte de Mike y por saber que su hijo se criaría sin padre.

–Lo fue, pero también fue un regalo increíble.

–No puedo imaginarme todo lo que has tenido que pasar.

Ella volvió a sonreír y se tomó las palabras al pie de la letra.

–El embarazo no estuvo mal, pero me habría ahorrado el parto.

–No me extraña –Gray sonrió y se le iluminaron los ojos–. ¿Quieres seguir bailando?

Ella asintió con la cabeza y entraron en una parte más movida del baile, pero ella notó que él parecía distinto. ¿Qué le habría pasado por la cabeza durante los últimos minutos? No podía dejar de pensar que había tenido algo que ver con la conversación sobre su hijo. Quizá él también hubiera tenido una muerte reciente y estuviera sensible.

Se dijo para sus adentros que eso era una tontería, que llevaba demasiado tiempo sin tratar con hombres y que había perdido práctica.

Bailaron hasta que acabó la canción. Ella sabía que no debería estar

demasiado tiempo con él y darle esperanzas, pero hacía mucho tiempo que no bailaba y era un magnífico bailarín. No se parecía en nada a su marido, bailaba mucho mejor que Mike, pero la agarraba de una forma que hacía que se sintiera a gusto. Como se sentía en brazos de Mike. Era bastante desconcertante y cuando se dio cuenta, se apartó.

–¡Vaya! Será mejor que vuelva a la mesa. Me siento culpable por dejar sola a la pobre Patsy.

Él la acompañó a la mesa y comprobó que Patsy no sólo no estaba sola sino que se había encontrado con una de sus mejores amigas. Dos cabezas maravillosamente peinadas estaban inclinadas y juntas, pero se irguieron y separaron en cuanto vieron que ellos se acercaban. La amiga de Patsy, socia del club de bridge, sonrió y se levantó para volver a su mesa.

Catherine hizo las presentaciones pertinentes y Gray le separó la silla para que se sentara.

–Por favor, acompáñenos –le invitó Patsy–. Catherine y yo pasamos demasiado tiempo juntas. Necesitamos un apuesto caballero.

Gray sonrió y mostró unos dientes blancos y perfectos.

–Si están solas será porque quieren. Dos damas tan encantadoras como ustedes podrían tener a todos los hombres pendientes de ellas si quisieran.

Patsy se rió abiertamente y Catherine se dio cuenta, aterrada, de que su suegra estaba coqueteando con Gray McInnes.

–Además, es galante. Catherine, quizá debieras quedarte con este.

–A lo mejor no quiere que nadie se quede con él –replicó Catherine.

Estaba francamente incómoda con el celestineo descarado de Patsy.

–Y a lo mejor sí.

Los ojos de Gray tenían un brillo burlón, pero también tenían una calidez que hizo que Catherine tuviera que mirar a otro lado.

–¿Por qué ha venido a la gala de esta noche? –le peguntó Patsy sin dejar de sonreír.

Gray se encogió de hombros.

–No soy de aquí y me ha parecido que venir era una forma de conocer gente además de ayudar a una buena causa. Los transplantes de corazón han salvado muchas vidas.

–Es verdad, aunque, propiamente dicho, aquí no se recaudan fondos para los transplantes de corazón –dijo Patsy, cuya sonrisa se había desvanecido.

–Ya lo sé –afirmó él rápidamente–. Sólo quería decir…

–Pero tiene razón –le interrumpió Patsy–. Los transplantes de corazón pueden ser maravillosos.

Catherine estaba quieta como una estatua y sólo quería que sus acompañantes cambiaran de tema.

–No sé si Catherine se lo ha comentado, pero mi hijo, su marido, falleció –Patsy lo dijo en voz baja.

–Sí, me lo ha dicho. Lo siento mucho.

Patsy esbozó una sonrisa fugaz.

–Gracias. Mi hijo donó su corazón –hizo un gesto con la mano que abarcó toda la habitación–. Es un acto maravilloso donde se puede recaudar fondos para la donación de órganos.

Gray tragó saliva y se pasó un dedo por el cuello de la camisa como si estuviera demasiado apretado.

–Estoy completamente de acuerdo.

–Lo único que lamento es no haber conocido a la persona que recibió el corazón de Mike– siguió diciendo Patsy–. Me habría gustado ver la cara de la persona que lleva una parte del cuerpo de mi hijo.

Catherine hizo un gesto de impaciencia con la mano, pero se contuvo inmediatamente y juntó las manos sobre el regazo.

–Eso es imposible, Patsy. Ya conoces las normas. Es anónimo salvo que el receptor decida presentarse.

Patsy asintió tristemente con la cabeza.

–Ya lo sé –miró a Gray–. Recibimos una nota anónima del hombre que recibió el corazón. Era encantadora y me habría gustado mucho que hubiera querido conocernos.

Gray asentía con la cabeza y con gesto inexpresivo.

–Catherine no comparte mis ganas de conocer al receptor.

Catherine habría querido estrangular a su suegra.

–Es que… Mike ya no está y hay alguien por ahí que lleva su corazón. Me siento un poco… resentida. Ya sé que es mezquino e injusto, pero… –intentó sonreír para suavizar sus palabras–. Si funciona tan bien, ¿por qué no lo lleva Mike? Lo siento, Patsy, pero por el momento no quiero conocer a esa persona.

–Yo también lo siento, cariño –Patsy tomó la mano de Catherine–. No quería parecer insensible a tu dolor –sonrió y se volvió hacia Gray–. Los transplantes de órganos son bastante complicados y no sólo por una cuestión médica.

Gray asintió con la cabeza. Miraba a las dos mujeres con ojos abatidos.

–Muy complicado, desde luego.

Catherine sintió lástima. Estaba claro que el transplante de órganos no era algo agradable para él.

–Gray, ¿has venido a Baltimore por motivos de trabajo?

Él se volvió hacia ella con un alivio tan evidente que Catherine estuvo a punto de sonreír.

–Sí, soy arquitecto y he pensado abrir una sucursal de mi empresa aquí.

–¡Ah! Eres ese McInnes –exclamó Patsy mientras se volvía hacia Catherine–. Gray ha diseñado un no sé qué solar…

Se volvió hacia él para que se lo confirmara.

–Una ventana.

–Ha sido un éxito enorme. Leí un artículo sobre ti la semana pasada. Al parecer, tu ventana está revolucionando la construcción con energía solar.

–Quizá.

Él inclinó la cabeza. Era la viva imagen de la humildad, una imagen difícil de compaginar con la seguridad del hombre real.

–¿Utilizas esa ventana en tus proyectos? –le preguntó Patsy.

Él dudó.

–No siempre. Me gustaría que me conocieran por la calidad de mis proyectos, no porque llevan algo peculiar.

–¿Te has hecho una casa impresionante y podemos visitarla? –Patsy no callaba.

–¡Patsy!

Catherine estaba atónita, su suegra solía ser la personificación de la discreción.

Sin embargo, a Gray parecía no importarle.

–La triste realidad, señoras, es que vivo en una casa muy pequeña en una zona bastante ruidosa de la ciudad mientras construyen la que será mi casa. Además, el contratista me dijo la semana pasada que van retrasados, por lo que voy a tener que esperar más de lo que pensaba.

–Es una lástima –dijo Catherine.

–Es absurdo –le corrigió Patsy–. No puedes vivir así.

Gray sonrió y se encogió de hombros.

–Sí puedo, aunque no me guste.

–Seguramente no pases mucho tiempo en casa si estás poniendo un estudio nuevo –comentó Catherine.

–La verdad es que sí lo paso. Tengo un director de estudio extraordinariamente competente que se ocupa de todos los asuntos cotidianos para que yo pueda seguir haciendo proyectos. Mi estudio privado está en mi casa.

–Pero… para el proceso creativo es muy importante tener un espacio agradable –objetó Patsy–. Yo era pintora hasta que mis manos me lo impidieron… –levantó las manos y mostró los dedos retorcidos por la artritis–. Sé lo difícil que puede resultar.

–Afortunadamente –le dijo Gray–, es algo a corto plazo. El estudio estará funcionando dentro de dos meses y podré trabajar allí hasta que terminen mi casa.

–Pero no puedes seguir viviendo en un sitio donde estás incómodo… ¡oh! –Patsy se puso una mano en el pecho–. He tenido una idea genial.

El tono entusiasmado aterró a Catherine.

–¿De qué se trata?

–¡Gray puede vivir en la casa de invitados!

–¿La casa de invitados? –Catherine no daba crédito a lo que había oído–. Pero… el agua y la electricidad están cortadas.

Ni podían permitirse el contratarlas, se dijo a sí misma.

Además, las casa de invitados que había en la extensa finca que compartía con Patsy se veía desde la casa principal. La mera idea de tener a ese hombre tan cerca hacía que sintiera algo parecido al vértigo.

–Un detalle sin importancia. Es una solución perfecta –Patsy se volvió hacia Gray–. Es una casa de dos pisos con dos dormitorios, cocina completa, sala y comedor. Estoy segura de que es mucho más grande y más tranquila que donde vives ahora. ¡Sería perfecta para ti!

Catherine pensó que rechazaría amablemente el ofrecimiento después de agradecérselo una y mil veces.

–Es muy generosa, señora Thorne. Se lo agradecería eternamente –se detuvo–. ¿Está amueblada?

–No –Patsy inclinó la cabeza–. ¿Es un inconveniente?

–En absoluto. Tengo algunos de mis muebles en la casa de la ciudad –arqueó las cejas–. Si lo dice en serio, estaría encantado de aceptar.

Catherine lo miraba fijamente. ¡Eso no era lo que él debía decir!

–Maravilloso –el tono de Patsy indicaba que el asunto estaba zanjado–. Mañana la limpiaremos. Podrás mudarte a principios de la semana que viene.

–¿Cuál es la renta?

Patsy agitó una mano.

–No hace falta…

–Sí –lo dijo tan rotundamente que, por una vez, Patsy no parecía dispuesta a discutir–. Lo es. No puedo aceptar un regalo así. Además, yo me ocuparé del agua y la electricidad.

–Bueno, si insistes… –la voz de la mujer era un poco lúgubre–. Ya lo hablaremos más tarde y llegaremos a un acuerdo.

Catherine quiso gritar que eso era imposible, pero, en realidad, la casa era de Patsy y podía invitar a quien quisiera.

Miró a su suegra con la intención de que interpretara el mensaje que estaba mandándole con los ojos. ¿Qué sabía de Gray McInnes? Había leído algo sobre él, ¿pero era suficiente? Que hubiera patentado un invento no lo convertía en alguien aceptable.

–Como acabamos de conocernos –dijo Gray–, me parece que lo correcto es que le dé algunas referencias mías. Las mandaré el lunes.

Catherine pensó que era como si le leyera los pensamientos, pero había uno que no había captado. ¿Qué pasaría con Michael? ¿Había pensado Patsy en que la presencia constante de un desconocido podía afectar a su hijo? ¿Le gustaban los niños a Gray? Patsy le había prometido silencio y había veces que Michael era cualquier cosa menos silencioso. Ella tampoco iba a estar todo el día callando a su hijo porque el vecino necesitara paz para trabajar.

Tomó aire para tranquilizarse. Ese McInnes tenía algo que la

desconcertaba, pero no sabía qué era. Era como si sus ojos azules traspasaran la careta que se había construido y llegaran hasta la mujer insegura que era en realidad. Era como si la conociera, aunque estaba segura de que no se habían visto jamás. Era un hombre que no se olvidaba fácilmente.

Gray, que parecía no darse cuenta de lo que pasaba por la cabeza de Catherine, tomó una mano de Patsy y la besó.

–No sabe cuánto se lo agradezco.

No podía creerse la suerte que había tenido

A la semana siguiente, Gray se maravillaba de la suerte que había tenido mientras dirigía la mudanza de sus muebles y de la mesa de dibujo.

Había ido al acto benéfico con la única intención de conocer a la mujer de sus sueños. ¿Sueños? Ella no habitaba sus sueños, ella estaba en su memoria y sabía exactamente de dónde había llegado.

Era la viuda de Mike Thorne. Catherine. Se deleitó con cada sílaba. No vio su nombre en su historial médico, pero sí vio el nombre del hospital que envió su corazón en un helicóptero. El corazón tenía que ser reciente porque sólo servía durante seis horas, por lo que el donante tenía que haber muerto el mismo día del transplante en algún sitio de la región de Baltimore. El resto fue fácil.

Entró en Internet y buscó en el periódico más importante de esa región. Lo supo en cuanto leyó la noticia de la muerte de Mike Thorne. El corazón se le salía del pecho mientras leía el artículo que describía a un hombre que encajaba con sus características. Hasta que leyó el nombre de ella: Catherine Schumaker Thorne.

Catherine. Ni Cate ni Cat ni Kitty. Sencillamente, Catherine.

El nombre le había evocado la imagen borrosa de una sonrisa dulce, unas pestañas oscuras y unos ojos azules que llevaban meses adueñándose de sus pensamientos. Súbitamente, pudo imaginarse su rostro con una claridad cristalina, como si estuviera viéndola. ¿Era real o estaba volviéndose loco? Durante días se devanó los sesos intentando encontrar la forma de conocer a Catherine Thorne para conseguir saber si sólo soñaba despierto. Hasta que leyó que había ese baile benéfico; aunque tampoco sabía qué le diría si se la encontraba cara a cara.

«Hola, tengo el corazón de tu marido y me parece que te conozco».

Ella saldría corriendo del espanto. El artículo decía que ella estaba en el comité organizador y él supuso que asistiría al baile. Aunque no hablara con ella, por lo menos sabría si era como la mujer que lo abrumaba con su imagen.

Pero resultó que su plan tenía un fallo. Era ella. No pudo apartar los ojos de ella desde que sus miradas se cruzaron entre la multitud. Percibió

que la conocía. Podía recordar su aroma y su tacto. Incluso conocía el regusto característico de Catherine. Una parte de él quería conservarla porque era suya, pero, en realidad, nunca había sido suya.

Sabía que la había importunado y lo lamentaba, pero no tanto como para no acercarse a ella.

Sin embargo, ¿cómo podía lidiar esa situación? Mike Thorne tuvo que amar a aquella mujer con todo su corazón, pero el corazón de Mike Thorne latía en el pecho de otro hombre.

Su pecho. Él deseaba a la mujer de Mike Thorne con toda su alma y lo peor de todo era que ella no lo sabía y nunca lo sabría. No podía saberlo, se dijo al recordar la reacción de ella cuando se planteó conocer al receptor del corazón de su marido.

–¡Holaaaa!

Gray miró en dirección a la voz y vio a Patsy Thorne. La suegra de Catherine lo saludada vigorosamente con la mano desde la galería de una gran casa de ladrillos que había al otro lado de la piscina.

–Hola, señora Thorne.

–¡Llámame Patsy! ¿Vendrás a comer?

Se dijo que no debería hacerlo. Ya había terminado con la mudanza y le vendría bien empezar a instalarse, pero… a lo mejor volvía a ver a Catherine y si era sincero consigo mismo, estaba deseándolo.

–Te lo agradezco.

Rodeó la piscina y subió por el camino de piedras que transcurría entre los elegantes y descuidados jardines.

–Cómo me alegro –dijo Patsy mientras él se acercaba–. Catherine se ha ido a una comida y el ama de llaves acaba de acostar a mi nieto para la siesta. No tengo nada que hacer. Distráeme un poco.

Gray sonrió aunque se sintió muy decepcionado al saber que Catherine no estaría con ellos. Patsy era irresistible. Su propia madre había muerto hacía unos años y si bien su serenidad no tenía nada que ver con la exuberancia de Patsy, las dos se parecían en que todos los que las rodeaban se encontraban inmersos en el cariño y el amor.

–Me encanta la idea.

Gray le ofreció el brazo y dejó que ella lo introdujera en la casa.

–¿Qué te parece Catherine?

Patsy no se anduvo con rodeos mientras se acomodaban en el mirador donde había cuencos con consomé, deliciosos sándwiches de pepino y ensalada de huevo duro.

Aline, el ama de llaves, no se alteró lo más mínimo cuando Patsy se lo presentó y le dijo que se quedaría a comer. Él se recordó que tenía que alabarle la comida.

Gray sonrió a Patsy y ella le devolvió la sonrisa con un brillo de alegría en los ojos.

–¿Haces esto con todos los hombres que conoce ella?
–Sí, pero estás eludiendo la pregunta.
–Catherine es preciosa, pero no estoy seguro de si es tan impresionante como tú vestida de rosa.
Patsy se rió mientras se acariciaba el vestido que parecía sacado de una fiesta campestre del siglo pasado.
–Adulador.
–Sincero –brindó con el vaso de agua–. Esta casa es muy bonita. Tengo que confesar que no sabía si había hecho bien al aceptar tan rápidamente, pero ahora a lo mejor tienes que sacarme de aquí con una palanca.
–Era la casa familiar de la familia de mi marido –los ojos de Patsy se abatieron–. Giles murió repentinamente hace unos años.
Gray sintió lástima al darse cuenta de que ella había sobrevivido tanto a su marido como al único hijo que había tenido y le tomó la mano.
–Tu cara me dice que fue un matrimonio feliz. Tienes que añorarlo mucho.
–Todos los días –se limitó a decir ella–. Pero a veces me alegro de que no tuviera que sufrir la muerte de Mike.
–Tuvo que ser algo espantoso.
Estuvo a punto de añadir, mami, pero se contuvo. ¿Su hijo la llamaba mami o era una expresión que su subconsciente había decidido que encajaba en el batiburrillo que empezaban a ser sus recuerdos?
Ella sintió con la cabeza y los labios temblorosos. Se llevó una servilleta a los labios con las manos avejentadas y cuidadosamente arregladas y esperó unos segundos.
–Ha sido lo peor que me ha pasado en mi vida. No sé qué habría hecho sin Catherine –el dolor de sus ojos se disipó un poco–. Nos enteramos de su embarazo cuando estaban haciéndole pruebas en el hospital después del accidente. Después del entierro y cuando empezó a pasar la conmoción de todo, comprendimos que teníamos que estar agradecidas por tener ese regalo póstumo de Mike.
–Seguro que tu nieto será un mimado insoportable.
Gray le guiñó un ojo y se sintió aliviado cuando ella le sonrió y el ambiente volvió a distenderse. Estaba deseando ver al niño y saber algo más de él.
–No si interviene Catherine –lo dijo con una sonrisa cariñosa–. Es una madre muy buena.
–Como Patsy es una mami.
Catherine entró en la habitación con una sonrisa resplandeciente y besó a Patsy en la mejilla. A él le dirigió un saludo muy educado con la cabeza.
Mami… No se había vuelto loco. Sin embargo, miraba a aquella mujer y se sentía como un hombre lobo que se esforzaba por no aullar a la luna.

Capítulo Dos

Catherine llevaba un ceñido vestido veraniego azul claro y el pelo rubio lo tenía recogido en un brillante moño en la nuca. El austero peinado no favorecería a ninguna mujer que no fuera Catherine, pero ella no era una mujer cualquiera. Le resaltaba la belleza clásica de sus rasgos, la línea cincelada de los pómulos y mandíbula, los labios carnosos y perfectamente dibujados y sus enormes ojos azules.

Estaba fascinado con aquellos ojos. No eran de un vulgar azul oscuro como los suyos, sino de un tono más claro y delicado que se iluminaba con el genio y la burla, así como con el cariño cuando estaba relajada y feliz. A pesar de que se habían conocido en pleno verano, tenía una piel blanca como la leche que se tornaba ligeramente rosa en los pómulos. Supo, sin tener que acariciarla, que era sedosa, que era tan suave detrás de las rodillas como en la deliciosa curva donde el cuello se encontraba con los hombros.

Sin embargo, eso era imposible. No podía saberlo. Aunque tuviera una seguridad íntima que iba más allá de un anhelo imaginario. Su cuerpo también lo sabía, se dijo a regañadientes mientras agitaba las piernas debajo de la mesa.

–Me llamaban mami –dijo Patsy–. Se me quedó cuando Mike empezó a balbucear. Él me llamó así toda su vida y Michael también lo hace ahora.

Gray asintió con la cabeza distraídamente sin poder apartar la mirada de Catherine.

–Ya lo sé.

–¿Lo sabes? –el tono de voz de Catherine era tan penetrante como la mirada que le dirigió–. ¿Cómo lo sabías? Ni siquiera conoces a Michael.

Él se encogió de hombros impresionado por la rapidez de ella y por su metedura de pata. Tendría que tener más cuidado si no quería que ella sospechara algo. Se sintió muy orgulloso; ella siempre había sido muy lista…

–Señor McInnes… –el tono de Catherine era interrogativo, pero igual de penetrante que antes.

–Perdón. Estaba distraído.

–¿Por qué sabías que a Patsy la llamamos mami?

No era una pregunta muy sutil.

–Cariño, a lo mejor se lo oyó a alguien en el baile –intervino Patsy–. La

verdad es que sólo hablo de Michael. Seguramente, Gray me oyó contarle una anécdota a alguien sin darse cuenta siquiera de que lo había oído.

Patsy sonrió y miró impacientemente a los dos.

–Tú misma lo dijiste hace un rato –le dijo Gray a Catherine. –Supongo que he dado por supuesto que era como tu hijo llama a Patsy.

–Ya –susurró ella.

No estaba nada convencida, pero Gray se dio cuenta de que no quería incomodar a su suegra.

–¿Qué tal te ha ido la comida? –le preguntó Patsy desenfadadamente.

La cara de Catherine se iluminó como si se hubiera olvidado de algo durante un instante.

–¡Maravillosa! Tengo algunas noticias apasionantes.

Se desabrochó la chaqueta azul y se la quitó dejando al descubierto una camisa sin magas de seda color marfil. La seda dejaba entrever una especie de camisola de encaje que le retenía los pechos. Gray deseó que no se hubiera quitado la chaqueta. Ella la colgó del respaldo de la silla y se sentó antes de que Gray pudiera levantarse para ayudarla.

–El consejo de administración del museo me ha ofrecido un puesto como directora ejecutiva.

Patsy sonrió vagamente.

–Está muy bien, cariño –se volvió hacia Gray–. Catherine trabaja de voluntaria con varias organizaciones.

Gray comprendió que la mujer no había entendido lo que había dicho Catherine.

–Pero esto no es un trabajo de voluntaria –le aclaró Catherine–. Seré directora ejecutiva y tendré un sueldo. Además, seguiré ocupándome de la recaudación de fondos.

Parecía emocionada.

–Enhorabuena –le felicitó él–. ¿Cuáles serán tus funciones?

–Supervisaré el personal, gestionaré el presupuesto y llevaré la publicidad, pero, en gran medida, me concentraré en recaudar fondos.

–¿Cómo se financia el museo? –le preguntó Gray.

–Con fondos federales, estatales y locales –contestó ella.

Gray tuvo la sensación de que a ella no le gustaba su participación en la conversación, aunque no hizo ni dijo nada que fuera descortés.

–Campañas especiales –continuó Catherine–, fiestas, donaciones, aportaciones de fundaciones… el museo, como cualquier institución sin ánimo de lucro, recibe dinero de muchos sitios.

–En Filadelfia fui miembro de un par de consejos de administración –dijo Gray–. Tengo algo de experiencia en reunir fondos de explotación.

Se recordó que tenía que hacer una donación anónima al museo.

–Catherine… –la voz de Patsy denotaba preocupación–. ¿Quieres decir que vas a trabajar?

–Sí –el tono de Catherine era firme–. Sólo es media jornada. Puedo hacer algo del trabajo de casa mientras Michael duerme la siesta, así que no creo que haya ningún problema. Aline y tú no vais a tener que ayudar más con Michael de lo que ya lo hacéis.

–No es por eso, pero… yo nunca he trabajado.

Gray comprendió que Patsy no estaba siendo esnob ni displicente; no entendía, sinceramente, por qué Catherine quería trabajar.

–Patsy, va a ser como un trabajo voluntario, pero más entregado –le explicó Catherine con paciencia–. Te prometo que no voy a quitar tiempo de las otras cosas que hago ni de ti ni de Michael.

Aquello pareció tranquilizar a su suegra.

–Sabes –dijo Patsy–, como Gray es nuevo aquí, deberías ir a comer con él alguna vez y explicarle las organizaciones que tenemos y a lo mejor le gustaría afiliarse a alguna.

–Es una idea muy buena, Patsy –Catherine no parecía muy sincera.

–Mañana estoy libre.

Gray no sabía por qué había dicho eso. Quizá fuera porque quería que aquellos ojos azules volvieran a fijarse en él en vez de pasarlo por alto como llevaban haciendo un buen rato.

–Lo siento, mañana tengo cosas que hacer –replicó Catherine–. Quizá otro día.

–¿Tienes cosas que hacer? –el tono de Patsy era de decepción–. Cariño, no lo sabía, creía que el martes era el día que pasabas en casa. Le he prometido a Birdie que la invitaría con su grupo de bridge.

–Eso es lo que quería decir –la tranquilizó Catherine–. El martes paso todo el día con Michael.

A Gray le hizo gracia ver el tono rosado que adoptaban las mejillas de Catherine al decir la mentira.

–Otra vez será.

Sus miradas volvieron a encontrarse y él sonrió amablemente.

–Sí. Claro –Catherine se levantó y agarró su chaqueta–. Tengo que ir a ver cómo está Michael. Encantada de volver a verlo, señor McInnes.

–Gray –le corrigió él mientras se levantaba–. Llámame Gray, ¿de acuerdo?

–Gray –ella estaba a medio camino cuando se dio la vuelta y lo miró–. Adiós.

–Vaya, vaya… –susurró Patsy–. Esta tarde está un poco… nerviosa. No sé si lo del trabajo es una buena idea.

Él podría haberle dicho exactamente por qué estaba nerviosa, pero no era cuestión de alterarla. Catherine Thorne no se encontraba nada cómoda con él, pero estaba demasiado bien educada como para demostrarlo. Saltaban chispas cuando los maravillosos ojos de ella se clavaban en él y aunque no estaba seguro de lo que estaba pasando exactamente, sí

empezaba a tener muy clara una cosa: Catherine lo atraía en todos los sentidos. Y no era sólo porque había recibido el corazón de su marido. Era su pulso el que se aceleraba cuando ella entraba en la habitación; era su boca la que se secaba como la piedra pómez; era su estómago el que se encogía por el deseo.

Se reconoció que eso podía ser un problema y se recordó cómo había reaccionado ella cuando su suegra habló de conocer al receptor. Él jamás podría decirle que tenía el corazón de su marido.

A la noche siguiente, mientras entraba en su dormitorio, Catherine pensó que gracias a Dios Gray se había empeñado en ocuparse de la electricidad y el agua de su casa. No sabía cómo explicarle a Patsy que no tenían dinero para actos de generosidad.

Se levantó diestramente el pelo y se lo sujetó con unas horquillas. Acababa de dar de cenar a Michael y no podía perder ni un minuto. Fue hacia al armario mientras se preguntaba qué tramaba su suegra como si no estuviera meridianamente claro. Patsy había llegado de la partida de bridge y se había dirigido directamente a la casa de invitados. Cuando volvió, comentó despreocupadamente a Catherine que Gray cenaría con ellas.

¡Cenar! Resopló con desesperación. No podía culpar a Patsy, su suegra no asimilaba las dificultades económicas que a ella le abrumaban todos los días. Para ella, lo natural era ser hospitalaria con su invitado. Patsy quería que Aline fuera a comprar un trozo de carne que era demasiado caro, pero Catherine le había dicho que hiciera pollo Kiev, un plato cuyos ingredientes ya tenían. Además, aquella era la noche que Michael solía cenar con ellas. Como había un invitado, Catherine le había dado de cenar antes y había pedido a Aline que lo bañara ese día en vez del viernes, cuando ella solía tener compromisos y cenaba fuera.

Una cena. En vez de estar con Michael tendría que poner la mesa en el comedor, cortar flores y sacar brillo a la plata que apenas usaban. Patsy, naturalmente, no pensaba en esas cosas. Su suegra había nacido en la opulencia y el servicio doméstico se ocupaba de los molestos detalles como el trabajo. No era una persona desconsiderada o insensible. Sencillamente se había criado así: elegante, distinguida, consentida. A veces, sobre todo últimamente, Catherine daba gracias a Dios por su educación nada refinada. Si no hubiera tenido experiencia en arañar cada céntimo, no sabía qué habría sido de Patsy, de Michael y de ella misma.

Estaba segura de que Patsy no habría sabido qué hacer cuando se hubiera enterado de que Mike había invertido casi todo el dinero en un negocio que los había dejado prácticamente arruinados. El único consuelo era que la casa estaba libre de cargas y que si podía hacer frente a los

gastos para vivir y los impuestos, también podrían conservarla. Aunque tendría que decirle a Patsy que existía la posibilidad de que la perdieran.

Suspiró. Una cena con Gray McInnes. Bastante era que Patsy intentará organizarle planes cuando estaban en público, pero esa vez iba a llevarle un hombre a su casa.

Mike había muerto hacía dos años. Durante el primer año y medio ni siquiera se le pasó por la cabeza mirar a otro hombre. Sólo había sufrido y se había ocupado de su hijo. Cuando se dio cuenta de su situación económica, se dedicó por completo a intentar mantener el barco a flote sin preocupar innecesariamente a Patsy, quien no tenía cabeza para los números y parecía incapaz de asimilar la necesidad de apretarse el cinturón.

Sin embargo, hacía unos meses, Patsy había empezado a preocuparse porque Michael creciera en una casa llena de mujeres. Había organizado una conspiración con sus compañeras de bridge, sus parejas de golf y sus amigas de almuerzos para presentarle nietos, sobrinos, ahijados, vecinos, abogados, contables y cualquier hombre que se les ocurriera.

Ella había conseguido esquivar a casi todos, aunque se citó con tres desconocidos y una de aquellas citas fue tan espantosa que nunca la olvidaría.

Sacó un vestido negro y se lo puso, se calzó unas sandalias, se paró un instante y tomó aire. Intentó serenarse y se dijo que no solucionaría nada enfadándose.

Además, sabía que Patsy no quería incomodarla. La buena mujer la había recibido en la familia con tanto cariño que a veces le parecía como su propia madre. Al pensar en su madre, que murió cuando ella nació, sus pensamientos se dirigieron inevitablemente hacia su padre. Volvió a tomar aire y los ojos se le empañaron de lágrimas.

Había sido bibliotecario de la universidad y vivía en su mundo, pero quería mucho a Catherine, como ella lo quería a él. Su muerte, cuando ella estaba en el último curso de la universidad, fue devastadora. Lo único que hizo que lo superara fue Mike, a quien había conocido unos meses antes. Le pareció natural acudir a él cuando se enteró de las deudas de juego de su padre y le pareció más natural todavía aceptar su petición de matrimonio unos meses más tarde. Todavía lo echaba de menos. No llevaban ni un año casados cuando murió.

Volvió a suspirar y se miró en el espejo de cuerpo entero para asegurarse de que no tenía rastros de lágrimas. No quería que Gray percibiera ningún signo de debilidad.

El timbre de la puerta sonó con un tono imperativo mientras ella bajaba las escaleras. Aline cruzó el vestíbulo y Catherine pudo oír el saludo. La voz era inconfundible y notó un escalofrío en la espina dorsal. ¿Qué tenía Gray que la alteraba tanto? Había sido educado y amable en el

baile. No podía encontrar un fallo aunque lo intentara. No se la había comido con los ojos descaradamente como el idiota con el que había salido. Era encantador con Patsy y la escuchaba como si le interesara lo que decía. Debería ser el hombre perfecto.

Sin embargo… había algo que la molestaba. Algo tan profundamente instintivo que no podía pasarlo por alto. Estaba segura de que no era que fuese increíblemente sexy y atractivo, aunque era algo que no se le escapaba.

En ese momento, el objeto de sus preocupaciones entró en el vestíbulo. Aline cerró la puerta.

–Le diré a la señorita Thorne que ha venido. Pase a la sala –le dijo el ama de llaves antes de volver corriendo por donde había ido.

Catherine sabía que Michael estaría gateando por el suelo inmaculado de la cocina en busca de algún cajón que no estuviera completamente cerrado.

Gray empezó a cruzar el vestíbulo, pero se paró al verla a mitad de las escaleras.

–Buenas tardes. Estás más guapa que nunca.

–Gracias.

Ella inclinó la cabeza e intentó no hacer caso del rubor de placer por las palabras.

Él también estaba impresionante, pero no iba a decírselo. Llevaba una camisa de seda negra de manga corta y unos pantalones también negros. La combinación era elegante y desenfadada e increíblemente atractiva. El pelo negro le brillaba con destellos azulados y la sonrisa era como un corte blanco en la cara.

Esperó al pie de las escaleras mientras bajaba y ella era consciente de que no le quitaba los ojos de encima, aunque no lo miró y prestó una atención innecesaria a dónde ponía los pies en los escalones.

–Te he traído una cosa.

Hasta ese momento, ella no se había dado cuenta de que tenía una mano en la espalda.

–No puedo aceptar un regalo –dijo ella.

Él sonrió.

–¿Una mujer a la que no le gustan las sorpresas? Increíble –sacó la mano con dos pequeños paquetes–. Sólo es una muestra de mi agradecimiento –le dijo mientras le daba uno–. Uno para ti y otro para Patsy en agradecimiento por vuestra generosidad.

Catherine no sabía qué decir. No sólo había dado un carácter personal a la situación, sino que había hecho que se sintiera increíblemente culpable por su cicatería. El remordimiento hizo que sonriera radiantemente.

–Está bien, en ese caso, acepto encantada.

Fue a tomar el paquete, pero él no lo soltó inmediatamente y sus dedos

se rozaron mientras ella levantó los ojos para mirarlo.

Él le miraba la boca.

El tiempo quedó suspendido como las motas de polvo en las franjas de luz que atravesaban la habitación.

Tenía el rostro tenso y ella se quedó inmóvil mientras él levantaba los ojos hasta que las miradas se encontraron. Tenía la mirada intensa y voraz y ella tuvo que tomar aire por la impresión.

–Hola, Gray –la voz alegre y cantarina de Patsy llegó desde las escaleras.

Gray cambió la expresión y un distanciamiento amable sustituyó al anhelo. Ella parpadeó cuando él le soltó la mano, dio un paso atrás y la dejó caer con el paquete entre los dedos.

Catherine se dio la vuelta para saludar a Patsy, tomó aire e intentó serenarse. Aquella mirada podía haberla derretido.

–Patsy –Gray tomó las manos que le ofrecía la mujer y le dio un beso en la mejilla.

Luego, le entregó el regalo.

–¿Un regalo? No era necesario –hizo un gesto con la mano como si se avergonzara, pero Catherine vio que levantaba la cajita y la agitaba junto a la oreja–. ¿Qué será? ¿Tú también tienes una? Es delicioso. Bueno, pasa a tomar algo mientras los abrimos por turnos.

Patsy entró en la sala. Después de otro momento en suspenso, Catherine la siguió y se sintió como una hoja en el camino de una apisonadora.

Patsy mandó inmediatamente a Gray al bar donde le sirvió un poco de jerez, Catherine no quiso tomar alcohol.

–Un poco de agua con gas y lima, por favor.

Se le hacía raro volver a tener un hombre en casa. Había vivido sola con Patsy el doble de tiempo que con Mike y a veces ni se acordaba de lo que era aquello. Le pareció un pensamiento sacrílego o traicionero, pero aquella situación no tenía ni pies ni cabeza. Quería gritar, pero se sentó en la butaca tapizada de seda a rayas que estaba junto al piano, se alisó recatadamente la falda y cruzó los tobillos sin pensar lo que estaba haciendo.

Mantuvo la vista clavada en el suelo mientras Gray cruzaba la alfombra persa con su bebida y una igual para él. Su mano enorme empequeñecía los vasos y ella no pudo evitar volver a rozarle los dedos mientras tomaba su bebida. El acto, completamente inocente, le pareció demasiado íntimo para lo susceptible que estaba hacia cualquier gesto de él.

–Vamos, Catherine –Patsy se había sentado en un sofá color burdeos y agitaba el paquete en el aire–. ¡Tenemos que abrirlos!

Empezó a soltar el lazo, pero se paró para esperar a Catherine. Ella habría dado cualquier cosa por no abrirlo, pero sabía que su suegra no lo

entendería. Soltó el lazo de mala gana y separó una punta del papel sin romperlo.

–Catherine es de las personas que da mala fama a abrir paquetes –le dijo Patsy a Gray–. Puede tardar media hora con un solo paquete.

Gray sonrió.

–Mi madre era igual y también guardaba el papel para volver a usarlo. Es más, lo planchaba para quitarle las arrugas.

–¡Dios mío! Qué aplicada.

Patsy sacó una cajita dorada y esperó a Catherine. Luego levantaron las tapas a la vez.

–¡Ohhh! –exclamó Patsy–. Es absolutamente precioso y delicadísimo –mostró un broche con forma de azucena y con un esmalte que daba vida a la flor–. Adoro las azucenas… Gracias, Gray.

Gray inclinó la cabeza.

–Es un placer, te lo aseguro. Agradecí mucho tu ofrecimiento de un sitio para vivir, pero ahora que lo he visto lo agradezco mucho más.

–¿Qué es tu regalo? –Patsy estiró el cuello.

–Un lirio. Mi flor favorita –miró a Gray que estaba al otro lado de la mesa baja–. También es mi tono de color favorito. Muchas gracias.

–De nada –sus ojos eran cálidos y profundos–. Cuando lo vi, pensé en ti inmediatamente.

¿Por qué tenía ella la sensación de que quería decir exactamente eso? Agitada, miró el reloj.

–Dios mío, Aline va a matarnos. Será mejor que no sentemos a la mesa.

–¿Dónde está tu hijo? –Gray tenía el ceño fruncido–. Daba por supuesto que cenaría con nosotros.

–Ha cenado antes –le dijo Catherine mientras él apartaba la silla de Patsy en la cabecera de la mesa–. Suele cenar hacia las cinco.

–Tenía que habérmelo imaginado –reconoció Gray.

Estaba detrás de ella y separó su silla para que se sentara. Al volver a colocar la silla, inclinó la cabeza y ella notó su aliento en la nuca. Sintió un estremecimiento en toda la espalda.

–La recepcionista que tengo en Filadelfia tiene dos hijos de tres y cinco años. Se ponen como furias si se retrasa la cena –Gray sonrió mientras se sentaba.

En la mesa había ensaladas y consomé frío y Catherine comió deprisa y dejó que Patsy se ocupara de la charla durante los dos primeros platos. Cuando todos hubieron terminado, pidió disculpas y llevó los platos a la cocina. Con movimientos diestros, cortó las pechugas del pollo que había hecho esa tarde, las puso en los platos, las acompañó de espárragos y las cubrió de salsa holandesa…

–¿Puedo ayudar?

Catherine dio un respingo y sólo los reflejos de Gray evitaron que la

maravillosa porcelana de Patsy acabara en el suelo.

–Dios mío, no esperaba que aparecieras tan sigilosamente.

–Perdona –arqueó las cejas–. No quería asustarte. He pensado que podía ayudarte.

–No, gracias. Todo está controlado.

–Ya lo veo –tenía los ojos muy oscuros y una arruga separaba las cejas–. Catherine… siento haberte causado tantos problemas. Cuando me invitó Patsy, supuse que tendríais gente para cocinar y servir la mesa. Yo no habría…

–No importa –dijo ella apresuradamente–. No creo que haga falta mucha gente si sólo estamos Patsy, Michael, Aline y yo. Aline y yo solemos ocuparnos de las comidas. Si vamos a dar una cena o una fiesta, contratamos personal preparado, naturalmente.

–Bueno, sigo agradeciéndote el esfuerzo que has hecho. Yo habría cenado encantado en la cocina.

–A Patsy le habría dado algo si se me ocurre decir que nuestro invitado iba a cenar en la cocina.

Catherine sonrió. Estaba segura de que él sólo quería tranquilizarla. Tomó dos platos con las manos, se puso el tercero en el antebrazo y señaló con la cabeza una cesta con pan.

–Ya que estás aquí, ¿te importaría llevarla?

–En absoluto.

Tomó la cesta de pan, sujetó la puerta batiente que separaba la cocina del comedor y esperó a que Catherine dejara los platos para volver a ayudarla a sentarse.

–Gracias –dijo ella.

Cada poro de su cuerpo sentía su cercanía y estuvo a punto de dar un salto cuando notó su aliento en la oreja.

–De nada.

La voz era grave y profunda e hizo que esa frase convencional adquiriera un tono tan íntimo que inmediatamente le evocó cuerpos resbaladizos y sábanas de seda. Podía imaginarse demasiado bien el placer que podría alcanzar con él.

Alejó aquellas imágenes de su mente e hizo acopio de toda la fuerza de voluntad que tenía.

Capítulo Tres

Él habría preferido comer en la cocina, pensó Gray, mientras observaba la preciosa mesa a la que acababa de sentarse. Daba igual cuánto tiempo hiciese desde la última vez que tuvo que preocuparse por el dinero, en el fondo, seguía sin sentirse cómodo rodeado de tanta riqueza.

Se había acostumbrado a usar jerseys de cachemir y no podía negar que le gustaba conducir coches deportivos, de los que tenía demasiados. El jacuzzi y el gimnasio de su casa le encantaban, como le encantaba poder donar dinero a las obras de caridad que le apetecieran.

Pero dudaba mucho que alguna vez aceptara que otra persona le lavara la ropa y le hiciera la comida. El césped se lo cortaban unos chiquillos por una cantidad muy prudencial y, aun así, tenía remordimientos por no hacerlo él mismo. Seguía apagando las luces cada vez que salía de una habitación y nunca dejaba el grifo abierto mientras se lavaba los dientes. Preferiría que le cortaran una mano antes de contratar un mayordomo o un chófer como la gente esperaba que hiciera.

Sin duda, era más un hombre de acero inoxidable que de plata.

En cambio, Patsy y Catherine eran metales preciosos. Muy pulidas y bien cuidadas. Todavía no estaba seguro de si eran ostentosas o discretas, pero no creía que ninguna de las dos supiera lo que era salir a trabajar por la mañana sin saber si tendría electricidad cuando volviera por la tarde.

Era una cena interesante. Patsy habló sin parar y pasaba de contar historias de sus amigas del golf o de sus organizaciones cívicas a contar anécdotas de su nieto.

Se enteró de que Michael había cumplido diecisiete meses el primer día del mes, que hablaba increíblemente bien para un niño de su edad y que no había empezado a andar hasta que tenía más de un año, lo que preocupó tanto a su madre como a su abuela.

–Al fin y al cabo, aunque nos habían garantizado que el niño no resultó herido en el accidente, nos preocupaba que pudiera surgir algún efecto secundario.

–A Patsy la preocupaba –le corrigió Catherine–. Según todo lo que yo había leído, el niño era completamente normal.

–En cualquier caso, estábamos muy agradecidas de tenerlo –dijo Patsy–. Volvió a traer algo de vida a la casa, que era una tumba desde la muerte de Mike –se hizo un silencio y Patsy debió de darse cuenta de que no había

elegido las palabras más adecuadas–. Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Gray sonrió para intentar aliviar la tensión del momento.

–Supongo que un bebé ilumina el corazón más apesadumbrado.

La palabra corazón le retumbó en la cabeza y se preguntó si habría sido el único que pensó inmediatamente en transplantes.

–¿Eres de Filadelfia? –era la primera vez desde el baile que Catherine le hacía una pregunta.

Él sabía que en gran medida lo había hecho para romper el silencio, pero tenía los ojos azules fijos en él con interés sincero.

–Sí.

–¡Oh! –Patsy sintió curiosidad inmediatamente–. Es una ciudad encantadora y majestuosa. ¿Tu familia vive allí?

Él dudaba que a Patsy le hubiera parecido encantador su barrio.

–No –se limitó a decir–. Soy hijo único y mi madre murió cuando yo estaba en la universidad.

–¿Y tu padre?

–Murió en un accidente antes de que yo naciera –también podría haberle contado todo lo demás, su vida había salido a la luz en los artículos que habían escrito sobre él–. Supo de mi existencia, pero murió antes de que pudieran casarse.

–Tu pobre madre… –Patsy tenía lágrimas en los ojos–. Es espantoso perder un hombre joven. Además, entonces, criar un hijo ilegítimo suponía un estigma mucho mayor que hoy en día.

Gray podría haberla besado. Debió haber sabido que alguien con un corazón tan bueno como ella no la juzgaría. Podría haberle contado infinidad de ejemplos sobre lo difícil que había sido para su madre y él, pero Catherine hizo un sonido como si se hubiera atragantado. Gray la miró y estaba sonrojada y miraba a su suegra con expresión de escándalo. Se dio cuenta de que estaba… estaba incómoda por él porque su suegra lo había llamado bastardo, aunque lo hubiera hecho con las mejores intenciones. Le gustó que ella se preocupara por sus sentimientos, pero sabía que Patsy no tenía intención de ofenderlo. Sencillamente, había veces que no pensaba lo que decía. Tuvo que contener una carcajada.

–Me llamo como mi padre –dijo para disimular la risa–. Él se apellidaba Gray.

Catherine se aclaró la garganta.

–Entonces, mi hijo y tú tenéis algo en común. Los dos os llamáis como vuestros padres y nacisteis después de su muerte.

Gray asintió con la cabeza sin saber muy bien qué hacer con aquella conversación.

–Mis padres también han muerto –siguió diciendo ella con una voz tranquila y bien modulada–. Mi madre murió joven, como tu padre, y no la conocí. Perdí a mi padre cuando yo estaba en la universidad. Fue…

terrible.

–¿Os llevabais bien?

Ella asintió con la cabeza y los ojos clavados en la mesa.

–Mucho. Me quedé destrozada.

–Pero Mike se ocupó de ella –intervino Patsy con un tono cantarín–. Se casaron cuando ella se licenció y yo me llevé la nuera más maravillosa del mundo.

Catherine sonrió forzadamente mientras se dirigía a su suegra.

–Yo también fui muy afortunada. Patsy ha sido como una madre para mí.

–¿Sabes una cosa, Gray? –dijo Patsy mientras untaba minuciosamente una tostada de mantequilla–. Me parece una tontería que te prepares la cena para ti solo. ¿Por qué no cenas con nosotras todas las noches?

Lo inesperado de la propuesta lo dejó desconcertado.

–No querría abusar –contestó prudentemente sin mirar a Catherine.

Sabía perfectamente lo que estaba pensando ella.

–No es un abuso –afirmó Patsy alegremente–. En realidad, creo que sería una forma maravillosa de que Michael se acostumbre a que haya un hombre en casa.

Catherine arqueó las cejas.

–¿Por qué tiene que acostumbrarse a qua haya un hombre en casa? –preguntó con un tono delicado.

–Bueno, cariño, estoy segura de que te casarás algún día –le contestó Patsy.

Gray miró a Catherine y ella sonrió mientras sacudía la cabeza.

–Patsy no descansará hasta que vuelva a casarme.

–Bah –Patsy agitó una mano–. Sólo quiero lo mejor para Michael y para ti.

Gray no pudo evitar reírse.

–Me imagino que Catherine lo resolverá cuando le parezca oportuno –dijo él.

–Gracias –había cierto tono de desesperación en la voz de Catherine.

–Entonces, ¿cenarás con nosotras mientras estés aquí? –insistió Patsy.

Gray comprendió que era obstinada.

–Me encantará venir de vez en cuando –contemporizó él para que Catherine no se sintiera abrumada–, pero prefiero no comprometerme a venir todos los días. Sin embargo, gracias por el ofrecimiento.

Quería tanto conocer al hijo de Catherine que no podía más. Sin embargo, no podía entrar en la casa para conocer a Michael sin ser un incordio o sin inventarse una excusa que Catherine descubriría.

Pasaron tres días antes de que conociera al hijo del hombre que le

había dado su corazón. También fue la primera vez que volvió a ver a Catherine desde que Patsy lo invitó a cenar.

Él estaba en el dormitorio que había acondicionado como estudio. Estaba trabajando en el proyecto de una casa de tres pisos que le había encargado un actor para un terreno en Colorado. Le estaba saliendo muy bien y se planteaba presentarlo a un prestigioso concurso de arquitectura. Además, no tenía ni una ventana solar, se dijo con satisfacción.

Se alegraba mucho de todas las ventajas que tenía su invento, pero empezaba a cansarse de que siempre le encargaran casas con cuatrocientas ventanas de esas por las fachadas.

Estaba dándole vueltas al salón cuando oyó una voz estridente. Se levantó, fue hasta le ventana abierta y separó las cortinas.

Catherine iba por uno de los senderos empedrados del jardín. Llevaba unos pantalones caqui, unas sandalias y una camisa azul claro. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo bastante suelta. Junto a ella, agarrado de su mano, un niño con un peto vaquero y una cabeza llena de rizos rubios andaba torpemente.

Gray se agarró al alféizar y se sintió desbordado por una inesperada oleada de orgullo.

Casi al instante, se apartó de la ventana presa de la conmoción. ¿Qué le pasaba? Había leído las teorías obre la memoria celular en los transplantes, sabía que había pruebas empíricas que las sustentaban, pero lo que había sentido no era memoria, había sido una reacción.

Se dio un momento para comprenderlo, pero no consiguió encontrar una explicación lógica. Se sentía como si hubiera asimilado parte del alma de Mike Thorne, como si realmente se hubiera emocionado al ver a su hijo por primera vez. Pero eso era imposible.

¿O no lo era?

La risa penetrante de un niño le sacó de sus pensamientos, bajó las escaleras de dos en dos y abrió la puerta de la calle.

–Hola, Catherine.

Iban a desviarse por otro sendero y ella tuvo que mirarlo por encima del hombro. No fue un gesto de coquetería, pero las miradas se encontraron, y Gray sintió como si se desgarrara por dentro. ¿Habría sentido ella lo mismo?

–Hola, Gray.

Le encantó cómo sonaba su nombre dicho por ella, pero fue una sensación lejana. Estaba concentrado en el niño que se volvió para mirarlo.

–Hola –dijo amablemente mientras se agachaba para estar a la altura del niño.

Le costaba hablar. Notaba una opresión en el pecho y tuvo que aclararse la garganta. No podía entender por qué se sentía así, pero estaba claro que se sentía abrumado por conocer al hijo de Catherine.

El niño se había soltado de la mano de su madre, se había puesto detrás de ella y lo miraba entre sus piernas. Lo miraba con gesto serio, hasta que una sonrisa traviesa iluminó sus ojos azules. Miró a su madre.

–¿Qué es?

–El señor McInnes –le contestó Catherine–. Va a ser nuestro vecino una temporada.

–Ceñó Mac –dijo el niño con aire de satisfacción.

–McInnes –repitió Catherine.

–¡Mac! –insistió el niño con una sonrisa.

Gray se rió.

–Mac está bien –le dijo a Catherine, sin apartar los ojos del niño–. ¿Cómo te llamas?

El niño se metió el pulgar en la boca y sonrió, pero no dijo nada.

–Dile cómo te llamas al señor McInnes –intervino Catherine.

–¡Mac!

–Eso, dile a Mac cómo te llamas.

–Maicol.

–Encantado de conocerte Michael –Gray alargó la mano–. ¿Me das la mano?

El niño se la estrechó vigorosamente y los rizos se agitaron. Volvió a ponerse detrás de las piernas de su madre, pero Gray vio que le sonreía.

–Muy bien –Gray se levantó.

Estaba dándole el sol y se refugió automáticamente en la sombra. Uno de los efectos secundarios de los medicamentos que tomaba era que aumentaban el riesgo de cáncer de piel.

–¿Vais de paseo? –le preguntó a Catherine.

Ella asintió con la cabeza mientras le revolvía los rizos a su hijo.

–A Michael le encanta salir fuera. Si le dejara, se pasaría el día escarbando en la tierra.

–¡Escabando! –el niño había oído la única palabra que le interesaba–. Escabando ya.

Catherine se rió y se despidió con la mano de Gray.

–Muy bien. Despídete del señor McInnes.

–Adiós –lo dijo por encima del hombro mientras arrastraba a su madre.

Gray se quedó donde estaba con los ojos clavados en la mujer y su hijo hasta que desaparecieron por una curva sombría del camino. Ella tenía una risa maravillosa y no sabía cuánto lo afectaba a él.

«Él estaba junto a la chimenea en una fiesta con algunos amigos. Tres chicas jóvenes entraron y se pararon al lado del árbol de Navidad para echar una ojeada como hace todo el mundo cuando entra en un sitio e intenta ver quién está. La más baja reconoció a un chico y fue hacia él seguida por las otras dos. Se presentaron unos a otros. Uno de los chicos dijo una tontería y ellas dejaron escapar unas risitas. A él le parecía que las

chicas que se reían de aquella manera eran tontas, pero la de la melena rubia tenía una risa preciosa y él quiso escucharla otra vez. Se llamaba Catherine y se acercó a ella sin dudarlo.

–Hola, Catherine, me llamo Mike Thorne. ¿Quieres beber algo?

Ella lo miró y él quedó atrapado por unos ojos tan azules y puros que sencillamente lo conquistaron.

Cuando volvió a poder pensar, lo primero que le vino a la cabeza fue que se casaría con ella».

–¡Caray!

Gray se llevó las manos a la cabeza sin poder creérselo. Se dio cuenta de que estaba de rodillas en medio del camino, pero no recordaba haberse arrodillado. En cambio, recordaba perfectamente la escena que acababa de ver en su cabeza…

Se sacudió como aturdido. Nunca había pensado que tenía demasiada imaginación, pero menos aún había pensado que necesitaría un transplante de corazón a los treinta años para tenerla.

Era un disparate.

Se levantó, se limpió los pantalones y se le ocurrió que había una forma de saber si estaba soñando o no.

–¡Eh, Catherine!

Salió camino abajo antes de pensar que podía ser una mala idea.

Cuando llegó hasta ellos, Catherine y Michael estaban en el césped aterciopelado. El niño se fue hacia una zona de juegos que había en el extremo del jardín.

–Catherine… –repitió él.

Ella se volvió sorprendida de verlo.

–Sí…

Gray dudó.

–Te parecerá una pregunta rara, pero… ¿cómo conociste a tu marido?

La sonrisa se tornó vacilante y la duda se reflejó en sus ojos.

–Efectivamente, es una pregunta muy rara.

–Es una apuesta con un amigo –improvisó Gray sin apartar los ojos del niño para que ella no notara su inquietud–. Se lo pregunto a todo el mundo que conozco.

–Ah –su expresión se serenó y volvió a sonreír–. Bueno, si es una cuestión científica… Volví a casa para pasar las navidades del último año de universidad y fui a una fiesta con unas amigas. Mike estaba allí. Conectamos al instante –se rió y, como la vez anterior, el sonido le tocó una fibra tan profunda que tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en lo que decía–. Pero la historia de Patsy es completamente distinta. Ella y Giles, el padre de Mike, eran vecinos y él no paraba de meterse con ella y tirarle del pelo. Ella no podía soportarlo.

–Entonces, ¿cómo llegaron a casarse? –preguntó Gray.

Quería que ella siguiera hablando para disimular la impresión que había tenido al confirmarse lo que ya sabía.

–A él lo llamaron a filas. Se escribieron cartas y ella asegura que se enamoró a distancia. Se casaron tres días después de que él volviera a casa al terminar el primer año.

–Mamá… puja.

La voz chillona de Michael hizo que los dos fueran hacia el niño que intentaba subirse a un columpio.

–Ya voy, Michael.

Gray se quedó a un lado mientras Catherine montaba a su hijo en un columpio para niños pequeños.

–¡No! –protestó Michael–. Lumpio ande.

–De acuerdo –Catherine lo sacó del asiento y lo puso sobre su regazo en uno de los columpios grandes–. Mamá se columpiará contigo.

Agarró al niño con un brazo y empezó a balancearse impulsándose con los pies.

–Mac, puja.

Gray pensó divertido que Michael tenía muy claro como era todo el asunto de los columpios.

–Claro –se puso detrás de ellos–. Agárralo –le advirtió a Catherine.

–¿Qué vas…? ¡Gray! –fue un alarido.

Gray tiró del columpio y lo soltó. No fue muy alto, pero Michael se reía y gritaba.

–¡Más!

Él obedeció y los empujó durante un rato, hasta que Michael empezó a agitarse. Catherine paró el columpio y lo dejó en el suelo. Él salió disparado hacia una zona de tierra que había al lado. Catherine se bajó del columpio y se le cayó al suelo un sobre que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Unos trocitos de papel, algunos de ellos como si fueran recortes de revistas, quedaron desperdigados por el suelo y ella se agachó para recogerlos.

Gray la ayudó y se dio cuenta de que eran cupones. Sonrió, los cupones le recordaban a su madre.

–No hace falta… –empezó a decir ella, pero él le dio un puñado de cupones que había rescatado de la leve brisa–. Gracias –estaba sonrojada y volvió a meterlos en el sobre–. Son para el centro de ancianos.

–Ah –la observó mientras guardaba todo en el sobre–. Mi madre era la reina de los cupones. No he conocido a nadie que estirara tan bien un presupuesto como ella.

Catherine suavizó el gesto.

–Los cupones pueden ser muy útiles para alguien con ingresos escasos.

Él asintió con la cabeza.

–Es un detalle de tu parte.

Ella dudó y Gray se preguntó qué habría estado a punto de decir, pero ella desvió la atención hacia Michael que se había dejado caer en un montón de tierra.

–Michael, no te comas la tierra.

Gray se rió al ver que el niño se sacaba un puñado de tierra de la boca con gesto de culpabilidad.

–Algunos lo hacemos.

Ella también se rió.

–Unos más que otros –dijo irónicamente mientras iba hacia su hijo–. No puedo quitarle el ojo de encima. Quiere probarlo todo.

–Lo tendré presente.

Catherine se había sentado en el borde del recinto de tierra y ayudaba a su hijo a llenar un cubo. Le sonrió y a él casi se le para el pulso. Era maravillosa.

–Gracias –dijo ella–. No queremos distraerte de tu trabajo. Intentaré que no grite.

–No me molestáis.

–¡Mac! –el niño le señalaba con el dedo y él se agachó con una sonrisa.

–¿Qué pasa, amigo?

–Mac –Michael le ofreció una de las palas de juguete.

Su vocabulario sería limitado, pero el significado estaba muy claro.

–Muy bien –Gray tomó la pala–. ¿Quieres que te haga un castillo?

Los ojos del niño se iluminaron y mostró unos dientes diminutos y perfectos.

–¡Uhhhh!

La tierra estaba fría gracias a la sombra de unos árboles y un poco húmeda por la lluvia de la noche anterior. Era perfecta para darle forma.

Gray agarró un cubo y empezó a llenarlo. Michael se unió a él inmediatamente y golpeó la superficie cuando estuvo lleno. Gray le dio la vuelta con cuidado y cuando lo levantó, una torre perfectamente redonda se erguía sobre la tierra que había allanado Catherine. Lo repitieron varias veces como si fuera una fortaleza y Gray hizo unos muros entre las torres. Casi había terminado de dibujar los ladrillos de la última torre cuando se dio cuenta de que Michael había perdido el interés y estaba llenando de tierra un camión rojo. Se sentó en los talones y se limpió las manos y la ropa. Miró a Catherine por encima de la cabeza de Michael.

–Me parece que la cuadrilla de construcción ha terminado por hoy.

Ella sonrió cariñosamente y miró a su hijo.

–Su capacidad de concentración deja algo que desear. Según lo que he leído, concentrarse durante poco tiempo es cuestión de la edad… ¡Michael! –gritó apremiantemente–. No…

Gray volvió la cabeza y vio al niño que se sentaba en medio del castillo.

–…te sientes ahí… –terminó Catherine con un tono resignado.

Gray la miró atentamente mientras ella levantaba a su hijo y le sacudía la tierra. Él no había estado mucho con niños, pero suponía que el comportamiento de Michael era el normal. Michael estaba divertidísimo y no paraba de reírse. Se zafó de su madre y fue al césped en busca de otra aventura.

Catherine miró a Gray por encima de las ruinas del castillo. Sus ojos brillaban de alegría y a él le pareció muy divertido. Ella estalló en una carcajada y él la siguió.

Catherine se rió hasta que le brotaron las lágrimas.

–Tu expresión no tenía precio –balbuceó ella mientras se sujetaba el vientre–. Tu obra maestra destruida por unos pañales malolientes.

–Mereció la pena –aseguró él cuando pudo hablar–. ¿Te has dado cuenta de lo contento que estaba consigo mismo?

Catherine asintió con la cabeza sin dejar de reírse.

–Es un bicho. En cuanto veo ese brillo en sus ojos, sé que está tramando algo.

–Tendré que recordarlo.

Catherine dejó de reírse y se hizo un silencio cómplice mientras miraban al niño que se tambaleaba y farfullaba algo en un idioma incomprensible. Ella suspiró.

–Es muy gracioso. Se me rompe el corazón al pensar que va a criarse sin conocer a su padre y que Mike no podrá compartir estos momentos conmigo.

El tono no era lastimero sino reflexivo.

Gray tuvo que morderse la lengua para no decirle la verdad, pero cuál era la verdad, se preguntó a sí mismo. Ella pensaría que estaba como una cabra y a lo mejor era verdad. ¿Cómo podía saber cosas tan íntimas sólo por un transplante de corazón?

El transplante de corazón. Todo pasó mientras jugaba al rugby. Recibió una patada en pleno pecho que le rompió las costillas y le afectó el corazón. Pasó de ser la viva imagen de la salud a entrar en una lista de transplantes con pocas esperanzas de que llegara un corazón compatible a tiempo.

¿Qué jugada del destino hizo que Mike Thorne muriera en un hospital de Baltimore, a menos de una hora en helicóptero del hospital donde agonizaba él? Además, ¿cómo era posible que encima sus corazones fueran perfectamente compatibles?

Era motivo casi suficiente para que creyera en la predestinación. Lo único que sabía con certeza era que deseaba a Catherine, que la deseaba más de lo que había soñado desear a una mujer.

Sin embargo, no podía tenerla. Nunca podría explicarle por qué había mantenido el transplante y todo lo demás en secreto.

Capítulo Cuatro

«Para el centro de ancianos…» Catherine resopló mientras esa tarde fumigaba el rosal trepador que había en la parte trasera de la casa. Realmente, no había sido una mentira. Daba cupones al centro de ancianos, pero después de haber decidido cuáles no le servían a ella.

Notó que las mejillas le abrasaban al recordar el bochorno. Él sonrió, ella pensó que se reía de ella mientras se esforzaba por recoger los cupones antes de que él los viera, pero luego habló de su madre y se dio cuenta de que sonreía por el recuerdo. ¿También habría tenido una infancia llena de penurias? Si era así, no parecía que le hubiera afectado.

Se imaginaba que a ella tampoco le había afectado. Su padre la quería mucho y, a pesar de su ineptitud para administrar el dinero, ella también lo había querido mucho. Aun así, su infancia había transcurrido entre cortes del suministro eléctrico y de la línea de teléfono. Cuando cumplió trece años, empezó a abrir el correo y a recordarle a su padre que pagara puntualmente las facturas. Se hizo una experta en estirar las pequeñas cantidades que él le daba para hacer la compra de la semana. Cuando murió él y revisó sus papeles, se dio cuenta de que todos los boletos que tenía eran apuestas de caballos. Ella nunca se había planteado por qué no tenían dinero y había dado por supuesto que su sueldo de bibliotecario sería insuficiente. Comprobar que había sido un adicto a las apuestas fue una conmoción para ella, aunque no disminuyó su amor por él.

Fue a la universidad con una beca e iba a su casa lo suficiente como para asegurarse de que su padre no se quedaría sin agua o electricidad. Su colegio universitario era muy selecto y a él iban muchos hijos de las familias más influyentes de la Costa Este. Algunos eran simpáticos, pero otros muchos eran demasiado conscientes de las diferencias de posición social con los demás alumnos. A ella le resultó difícil superar el hecho de que estudiara con una beca y, además, tuviera que trabajar para llegar a finales de mes.

Después de casarse, el dinero dejó de ser una preocupación, pero nunca podría olvidarse de la humillación que sufrió por no tener dinero para hacerse socia del prestigioso club femenino al que le habían invitado. O por tener que hacer de niñera para poder pagarse los libros. O por haber llevado la misma ropa durante cuatro años cuando las demás alumnas cambiaban de modelos cada temporada. Se había dicho que todo aquello

no importaba, que no quería ser tan superficial como las otras chicas, que había cosas más importantes que el dinero.

Las había. La muerte de Mike fue un amargo ejemplo de la insignificancia del dinero en comparación con la muerte de un ser querido. Pero aun cuando Mike vivía y el dinero no era un problema, ella nunca había sido frívola. Llevaba ropa buena, no demasiado llamativa ni a la moda, que le duraba años y no iba a cambiar sus costumbres porque hubiera mejorado su situación económica.

Agradeció aquella actitud cuando Mike murió y ella comprobó sus apuros económicos.

–Catherine…

Volvió bruscamente a la realidad y se encontró con que Gray la observaba con curiosidad desde el sendero.

–Ah, hola. Perdona –dijo ella intentando no hacer caso del pulso que se le había desbocado–. Estaba soñando despierta.

–¿Dónde está tu compañero inseparable? –preguntó él mirando alrededor.

Ella sonrió y se señaló el reloj.

–Son las ocho y media. Michael suele acostarse a las ocho. Quería fumigar las rosas para que no se las coman los pulgones.

–Son preciosas. He visto que tienes muchas rosas. Dan bastante trabajo, ¿no?

–Sí, pero no me importa. La jardinería me viene muy bien. Con un par de horas a la semana todo está perfecto.

–Yo había supuesto que alguien se ocuparía de esto –dijo él con cierto tono de sorpresa–. ¿Lo haces tú todo?

–Casi todo.

Mantuvo la mirada fija en el rosal, aunque notaba que las mejillas se le ponían como tomates. Afortunadamente, estaba anocheciendo y él no podría notarlo.

–No es para tanto –siguió ella–. La jardinería no lleva mucho trabajo si le dedicas un poco de tiempo a la semana. Además, yo no corto la hierba.

Él sacudió la cabeza.

–Eres una mujer sorprendente, ¿lo sabías?

Ella negó con la cabeza.

–No, no lo soy –dejó los utensilios en la cesta que llevaba.

–Según Patsy, eres una mezcla de superheroína y ama de casa perfecta.

Ella se rió mientras se levantaba.

–Es aterrador.

–Está decidida a que vuelvas al mercado.

Se acercó un poco y le ofreció la mano para ayudarla, pero ella fingió no darse cuenta. Tocar a Gray no habría sido una buena idea, sobre todo cuando su mera vecindad hacía que tuviera todo el cuerpo en

efervescencia.

–Piensa que eres demasiado seria para ser tan joven.

De repente se sintió furiosa. Mucho más furiosa de lo que se merecían las palabras de Gray y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

–Si soy seria es porque tengo que ocuparme de una familia y una casa –dijo cortantemente–. Patsy no se da cuenta de que alguien tiene que ser responsable.

Se hizo un silencio sepulcral. El remordimiento se abrió camino entre la furia dejando un rastro de vergüenza. Patsy la quería y dependía de ella. No era culpa suya si nunca había tenido que preocuparse por el dinero y tenía que estarle agradecida por preocuparse por su felicidad. Si tenía que culpar a alguien de su situación… ¡No! No podía seguir ese razonamiento. Hizo un esfuerzo por calmar la ira que todavía le bullía en su interior.

–Lo siento –dijo en voz baja.

Gray volvió la cabeza e, incluso en la penumbra, ella pudo notar la intensidad de su mirada.

–¿Por qué?

–Sabes por qué –dijo con tono de cansancio por intentar eludir las maniobras de Patsy–. Sé que a veces he sido poco hospitalaria. Es que…

Se dio cuenta de que estaba a punto de hacer una confidencia a un hombre al que casi no conocía y se mordió la lengua.

–¿Es que…? –el tono era profundo y tranquilizador.

Ella suspiró.

–Nada.

Gray se quedó en silencio y ella se volvió para mirar el jardín. Las flores blancas de una clemátides trepaban por la valla que rodeaba la piscina y brillaban en la penumbra como si tuvieran luz propia.

–¿Es que…? –volvió a preguntar él.

En ese mismo instante, dos grandes manos cayeron sobre los hombros de ella y empezaron a hacerle un masaje.

Catherine casi dio un salto fuera del sendero. No lo había oído acercarse. Intentó apartarse, pero sus manos mantuvieron el ritmo, los pulgares le deshacían los nudos de la base del cuello que ella ni siquiera sabía que tenía.

Era la primera vez que la tocaba desde el baile y le pareció algo muy íntimo en la creciente oscuridad.

–No te muevas –le dijo él–. Tienes los hombros como si fueran de cemento.

–Es… la… tensión.

Tenía los nervios más tensos que nunca. Se quedó en silencio y rígida mientras oía el roce de sus dedos con la tela. También oía su respiración en el silencio que los rodeaba.

Él le pasó los dedos por debajo del pelo.

–¿Qué te pone tan rígida?

–Tú.

Él paró inmediatamente y se hizo el silencio.

Ella se arrepintió en cuanto oyó lo que acababa de decir. ¿Qué estaría pensando? Era un invitado de la familia, nada más… y nada menos.

–Quería decir…

–Shhh.

La giró delicadamente, le puso un dedo sobre los labios y con la otra mano le sujetó el cuello por la nuca, los largos dedos entraban por debajo del pelo hasta rozarle la oreja.

–Sé lo que querías decir. Tú también me pones bastante tenso.

Ella levantó las manos y agarró sus muñecas. ¿Para apartarlas? Ella misma no lo sabía.

–Catherine –la voz era ronca y rebosante de deseo–. Tengo que besarte.

Era una forma extraña de decirlo, pero ella sabía exactamente lo que quería decir. Él se inclinó hacia ella y ella levantó la cara como si algo le obligara a hacerlo. Se aferró a sus muñecas como si fueran una tabla de madera en medio de una tormenta. Eran fuertes y musculosas y él olía a una virilidad embriagadora, a una mezcla de colonia y aroma masculino.

Cuando los labios se encontraron, ella supo que había estado mintiéndose. Él era mucho más que un invitado de Patsy o un inquilino de la casa de invitados. Era el peligro. Era el deseo. Era todo lo que había tenido y un instante brutal le había arrebatado. Era lo que había añorado durante dos años. Si era sincera consigo mismo, era mucho más que todo eso.

Era un desconocido que le resultaba conocido y, por algún motivo, tenía la sensación de haber estado ya en sus brazos. Su abrazo le era conocido, aunque su cuerpo fuera más grande y más duro que el de su marido. La rodeaba ardientemente y la estrechaba contra sí con fuerza.

Le rodeaba la espalda con un brazo y con la otra mano le sujetaba la nuca. Todo era fácil y fluido, como si hubieran estado así un centenar de veces, y ella se sentía relajada.

Tenía la boca sobre la de ella y ella se entregaba ciegamente, como si el cuerpo le cobrara vida por el contacto. Hacía tanto tiempo… No pudo evitar un leve ruido que le salió de lo más profundo de la garganta y una parte de ella, la que no estaba concentrada en corresponder a sus ardientes besos, no salía de su asombro.

Hacer el amor con su marido había sido un placer y divertido, pero no había sido como aquel maremoto que la arrastraba y la convertía en un amasijo de anhelantes terminaciones nerviosas.

Él le rozó los labios con la lengua y ella se estremeció. El leve contacto hizo que le bullera todo el cuerpo y que los pezones y las entrañas se le contrajeran al instante. Le flaquearon las rodillas y él la abrazó con más

fuerza, con un contacto pleno que le presionaba la virilidad rampante contra el vientre. Ella volvió a gemir y separó los labios para tomar aliento. Él introdujo la lengua y se deleitó con un paladeo erótico que la llevó a un juego del escondite arrebatador.

No podía permanecer quieta, no podía dejar de agitarse en sus brazos, no podía evitar rodearlo con una pierna para apresarlo contra sí. Sentía toda su dureza en contacto con su centro suave y palpitante y volvió a gemir en su boca.

El bajó las manos hasta rodearle el trasero para mantener la firmeza del contacto y apartó la boca.

–Estás acabando conmigo, corazón –gruñó él.

Corazón… La expresión cariñosa retumbó en la calidez de la noche. ¡Mike la había llamado exactamente lo mismo!

Mike. Su marido.

La idea fue como un jarro de agua helada sobre las llamas de su pasión. Se quedó rígida y bajó las manos hasta los bíceps de Gray para apartarlo.

Él no se quejó ni intentó detenerla, lo que en cierta forma le molestó a Catherine. Ella no quería que se quejara, pero también le habría gustado que le molestara tener que soltarla.

–Catherine. Lo… lo siento.

Gray se apartó y se volvió. Estaba jadeante y los hombros le temblaban. Sólo veía una espalda enorme y sus manos que le agarraban la cabeza. Ella se preguntó si el querría volver a abrazarla tanto como ella quería abrazarlo sin temer a las consecuencias.

–No quería que ocurriera…

Por algún motivo, a Catherine le pareció gracioso y no pudo evitar que se le escapara una risita histérica.

–Si ha sido sin querer, ¿cómo será cuando quieras?

Él se volvió bruscamente y ella dejó de reírse al instante. Pudo ver el brillo de sus ojos.

–Yo no… yo no iba a tocarte.

Lo dijo con un tono tan desesperado que ella estuvo a punto de abrazarlo, pero se cruzó los brazos para evitar males mayores.

–No pasa nada –dijo ella con poca convicción y consciente de que era inapropiado.

Hasta que comprendió que estaba consolándolo…

–Sí –dijo él con rotundidad–. Si pasa.

Dio un paso a tras y ella dejó caer las manos con impotencia. Era evidente que no estaba contento consigo mismo y, seguramente, tampoco lo estaría con ella. Las últimas llamas de deseo que todavía le ardían en lo más profundo se apagaron definitivamente. La vergüenza empezaba a apoderarse de ella, se tapó la cara y se fue corriendo.

La pared de la casa le detuvo en su huida y ella, con la cabeza gacha,

buscó el picaporte de la puerta corredera mientras deseaba que se la tragara la tierra para acabar con todo aquello.

–Lo siento. Yo tampoco quería que pasara lo que ha pasado –la voz de Catherine parecía la de una desconocida–. Nos… mantendremos alejados. No pasará nada.

Sin embargo, claro que pasaba algo, se dijo Gray tumbado en la cama de la casa de invitados de los Thorne. Su cuerpo ardía con sólo recordar su delicada carne que lo acariciaba; necesitaba un alivio tan apremiantemente que cerraba los puños para no acabar por sus medios con esa situación.

No quería una solución temporal. Quería a Catherine Thorne en su cama, rodeándolo con sus piernas y mirándolo mientras lo aceptaba en su cuerpo anhelante. Quería ver su sonrisa, como si su vida cobrara sentido cuando él entraba en la habitación. Quería poder abrir sus brazos para que ella se refugiara en ellos.

¿Cuándo había empezado a pensar que todo aquello era posible? Nunca ocurriría ni podría ocurrir. Catherine casi no podía soportar la idea de hablar de la persona que había recibido el corazón de su marido y mucho menos conocerla. Enloquecería si supiera que había dado el beso más ardiente de su vida al hombre que tenía el corazón de Mike.

No quería haberla tocado, nunca debería haber cedido a la necesidad de aliviarle la tensión de sus hombros ni a acariciarle la sensible piel de la nuca.

Pero lo había hecho y ella había reaccionado tan inmediatamente, tan plenamente, que él había perdido la poca objetividad que le quedaba de ella.

Ella estaba avergonzada de sí misma y eso era lo que más le dolía.

A la mañana siguiente decidió que tenía que rectificar eso inmediatamente. Ni a lo largo del día ni al cabo de un tiempo, en aquel preciso instante. No quería que Catherine se sintiera culpable por lo que había pasado.

Desayunó, fue hasta la casa principal y llamó a la puerta. Ella y su hijo ya estaban levantados. Al parecer, estaban acabando de desayunar y pidió al cielo que Patsy no apareciera mientras le decía a Catherine lo que tenía que decirle.

Entonces, la mirada de Catherine se encontró con su mirada a través de los paneles de cristal. Sintió un ardor tal que le sorprendió que el cristal no se derritiese.

Sin embargo, si ella sintió lo mismo, lo disimuló muy bien. Apartó la mirada sin cambiar de expresión, como si no lo hubiera visto. Pero se dirigió hacia la puerta y él supo que lo había visto.

–Buenos días –entreabrió la puerta, pero se quedó dentro como si

temiera que se le pudieran escapar algunas moléculas.

–Catherine… –movió la cabeza y dudó–. ¿Puedo hablar un momento contigo?

Entonces fue ella la que dudó. Miró por encima del hombro a Michael que estaba tirando todos los cereales por la bandeja mientras miraba un programa infantil en la televisión de la cocina.

–Sólo un momento.

Estaba claro que la idea no la emocionaba, pero él sabía que estaba demasiado bien educada como para rechazarlo sin un buen motivo.

Catherine salió, cerró la puerta y mantuvo las manos en la espalda y sobre el pomo de la puerta. La posición le mantenía los hombros hacia atrás y los pechos erguidos contra el fino algodón de la camisa.

Mientras miraba ensimismado, sus pezones se convirtieron en dos protuberancias que pugnaban por librarse de la camisa.

Ella soltó el pomo, movió las manos e hizo que él la mirara a los ojos. Estaba sonrojada.

–Lo que pasó anoche no fue culpa tuya. Fue culpa mía. No quiero que le des más vueltas, ¿de acuerdo? –dijo Gray.

Ella no se movió. Ni siquiera dio la más mínima señal de que lo hubiera oído.

–Yo fui hacia ti, ¿te acuerdas? Tú no hiciste nada malo.

Ella se rió, pero no porque la divirtiera. Fue un sonido de burla de sí misma que se reflejaba en sus ojos.

–No me obligaste a nada, precisamente, Gray. Te limitaste a tocarme y me enredé a ti como, como una planta trepadora y estúpida, ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba. Lo había rodeado con sus brazos como si quisiera absorberlo y él estuvo a punto de ceder al impulso irrefrenable de tumbarla en el suelo y entrar en ella. Sin embargo, no lo dijo.

Dejó que las palabras quedaran un momento en suspenso.

–Me acuerdo de todo perfectamente y he pasado toda la noche recordándolo –dijo delicadamente y sin apartar la mirada de sus ojos–. Catherine, eres una mujer muy hermosa y me atraes como no me ha atraído ninguna otra mujer, pero… –no pudo contener la mano y le pasó la yema del dedo índice por la mejilla–. Sé que sigues enamorada de tu marido, independientemente de lo que diga tu cuerpo.

Los ojos de Catherine reflejaron la impresión y se llenaron de lágrimas.

–Lo siento –se disculpó él.

Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente. Luego, se dio la vuelta y se marchó. Quiso tomarla en sus brazos y consolarla. Quiso volver a sentir su boca en sus labios, compartir la pasión que la abrasaba, saber que ella sabia quién estaba besándola. Pero no podría volver a acariciarla. Ya había rebasado los límites que se había prometido respetar durante las pocas semanas que estaría en su vida.

Él quizá abandonara la vida de Catherine muy pronto, pero ella permanecería en la suya para siempre.

La semana siguiente, Catherine recibió su primer sueldo. Su ayudante se lo entregó en un sencillo sobre blanco.

–No te lo gastes todo en el mismo sitio –le dijo con tono burlón.

Catherine sonrió, pero para sus adentros estaba calculando cuánto podría dar de sí una cantidad tan exigua. Las cuentas le saldrían porque se ocupaba ella del jardín, sólo conservaba a Aline para las tareas de la casa, había cambiado el BMW por otro coche más pequeño y ese año no pondría en marcha la piscina. Afortunadamente, la casa no tenía hipoteca, pero tendría que reservar algo de dinero para los impuestos.

Se montó en el sedán americano que se había comprado y se quedó asombrada al comprobar que casi disfrutaba con el reto que suponía administrar el presupuesto familiar. Aunque todo sería mucho más fácil si Patsy no siguiera pensando que el apellido Thorne era sinónimo de dinero.

Suspiró. Era difícil culpar a Patsy de no querer afrontar la verdad. La mujer había pasado unos tragos tan amargos en su vida que Catherine se imaginaba que no podía con ninguno más.

Su suegra había perdido tres hijos prematuramente antes de que naciera Mike. Sus cuadros de aquella época eran cada vez más oscuros y atormentados; Mike solía decir que su padre había llegado a temer que se suicidara. Sin embargo, cuando Mike nació, ella volvió a encontrar un sentido a la vida. Incluso cuando su adorado marido murió, ella tenía a Mike para seguir adelante. Cuando fue Mike quien murió… qué distinto habría sido todo si ella no hubiera estado embarazada.

Veinte minutos después, Catherine entraba en el camino que llevaba a su casa, la rodeó y fue al enorme garaje que estaba vacío salvo por el Lexus de Patsy y un coche deportivo de Mike que ella quería conservar como fuera para su hijo. Gray aparcaba en el garaje de una plaza que había junto a la casa de invitados.

Gray…

Ese día no se había permitido pensar en él, pero no había conseguido quitárselo de la cabeza durante los cinco días que habían pasado desde la noche en el jardín.

Aquella noche… su mero recuerdo hacía que le temblaran las manos. Nunca había sentido un ardor parecido.

Al día siguiente, tuvo una vergonzosa sensación de infidelidad desde que se levantó hasta que se durmió. Sin embargo, soñó con él. Fueron unos sueños eróticos y casi reales en los que hacía cosas que nunca había hecho con Mike, cosas tan increíblemente íntimas que se sonrojaba al recordarlas.

Había sido muy normal y cuerda hasta que Gray McInnes irrumpió en

su vida. Nunca había tenido sensaciones ni sueños como aquellos. Nunca había soñado despierta en hacer el amor con un hombre, nunca se había preguntado qué sentiría al tener sus manos y sus labios sobre su cuerpo, nunca se había preguntado cómo sería sin ropa.

Quizá fuera la edad. ¿Acaso las mujeres no alcanzaban la madurez sexual más tarde que los hombres? Si aquello era la madurez sexual, no le extrañaba que los chicos adolescentes fueran tan ridículos. Se sentía como si toda su vida pudiera estar regida por una sola parte anhelante de su cuerpo.

Pensó que, de alguna forma, era un consuelo saber que pudiera ser un proceso físico que ella no podía dominar. No era Gray. Era cuestión de la edad. Gray era el único hombre en su vida, aunque fuera tangencialmente. Gray había sido el único hombre que la había besado desde la muerte de Mike. No era raro que sus ansias sexuales se hubieran concentrado en él.

Pero…

Mike nunca había conseguido que con sólo una mirada se le estremecieran los muslos y humedeciera la ropa interior. Siempre la había excitado cuando hacían el amor y había aprendido qué era lo que más le gustaba, pero… ella nunca había sentido un deseo tan físico por el cuerpo de un hombre.

Cuando Gray clavó los ojos en su camisa, ella había tenido la disparatada idea de arrancársela y agarrarle la cabeza para que le lamiera los ávidos pezones.

¿Sería Gray y solamente Gray? Esa mañana había estado con el presidente de una empresa para presentarle el programa de recaudación de fondos y no había sentido la más mínima necesidad de arrojarse sobre él.

Cerró la puerta y se apoyó en ella con las mejillas ardientes entre las manos. ¿Qué estaba pensando? En apenas dos semanas, Gray McInnes había conseguido que no se reconociera. Además, parecía como si él la conociera mucho mejor de lo que correspondía a tan poco tiempo.

«Sé que sigues enamorada de tu marido, independientemente de lo que diga tu cuerpo».

Gray había dicho aquellas palabras con un tono amable y comprensivo que contradecía la pasión de sus ojos. Ella se había quedado tan atónita que no pudo replicar mientras él se alejaba. No se había quedado atónita por pensar que seguía enamorada de su difunto marido, sino impresionada por darse cuenta de que no podía recordar claramente los rasgos de Mike. Impresionada y tan conmocionada que no pudo evitar que le brotaran las lágrimas.

¿Qué había pasado? ¿Cuándo había sido la última vez que intentó recordar su cara? Gray tenía razón, seguía amando a Mike, pero como algo del pasado. Pensó que había aceptado la viudedad arrastrada por la lucha diaria, que había aceptado que Mike se había ido y nunca volvería.

El rostro de Gray volvió a aparecérsele y se dio cuenta por primera vez de que incluso había aceptado la posibilidad de que algún día pudiera tener otra relación, quizá otro matrimonio.

Sin embargo, no con Gray McInnes. Quizá él pudiera fundirle todos los plomos, pero no podía correr el riesgo de tener algo que ver con él. Incluso tenerlo en la casa de invitados podía disparar las habladurías más desagradables.

No, Gray no estaba en sus planes. Aunque quizá… algún día… ella podría encontrar a alguien que la hiciera sentirse tan viva como lo hacía él.

Capítulo Cinco

Al día siguiente, Catherine bajó las escaleras con Michael en brazos. Era casi la hora de cenar y Patsy había invitado a Gray. Él había aceptado con la condición de que no hicieran ningún esfuerzo especial. Ella se lo tomó al pie de la letra. Quizá él cambiara de opinión sobre los esfuerzos especiales cuando cenara con su hijo, que creía que los cubiertos servían para tocar el tambor en la bandeja.

Fue a la cocina para ver cómo se apañaba Aline y le dejó a Michael. Se dirigió a la sala para cerciorarse de que hubiera bebidas cuando Patsy entró muy animada.

–¡Estoy encantada de que casi sea verano!

–Yo también –Catherine sonrió a su suegra–. Me encanta que las flores vuelvan a florecer.

–Y las vacaciones están a la vuelta de la esquina. Imagínate lo bien que va a pasarlo Michael en la playa.

Patsy puso bien un tapete.

–Patsy… –Catherine tragó saliva–. Este año no iremos a la playa hasta la tercera semana de septiembre. He alquilado la casa desde el cuatro de julio.

–¿Que has…? –Patsy la miraba como si no hubiera podido oír bien–. Pero siempre vamos desde el cuatro de julio, cariño. Desde que Michael era un bebé, nos hemos reservado las dos primeras semanas.

–Lo sé –Catherine se sentó en el reposapiés que había delante de la butaca de Patsy y le tomó las manos–, pero sabes que estoy haciendo malabarismos con el dinero. He pensado que si la alquilábamos durante la temporada alta y nosotros íbamos durante la baja, quizá cubriéramos los gastos y no tendríamos que venderla. Además, también tengo que tener en cuenta mi trabajo. No puedo irme dos semanas, así que he reservado una para nosotros.

Tomó aire y miró las manos que tenían entrelazadas. Esperó un torbellino de quejas, pero sólo hubo silencio. Por fin miró a su suegra y se quedó helada al ver que tenía las mejillas llenas de lágrimas.

–¡Patsy! –exclamó.

–Lo siento –dijo ella entre sollozos–. No quería parecer indiferente al dinero, pero tengo unos recuerdos tan buenos de la playa y estaba deseando ver a Michael en la arena. Me parece como si quedara un siglo

hasta septiembre.

–Sólo serán unas semanas más de espera –dijo Catherine firmemente.

Le había costado mucho tomar la decisión porque no quería ser ella quien rompiera una tradición de los Thorne.

–Claro –Patsy se levantó–. Estoy segura de que tienes razón.

Fue lentamente hacia la puerta que daba al vestíbulo.

–¿Adónde vas? –le preguntó Catherine–. La cena estará enseguida y Gray llegará en cualquier momento.

Incluso contaba con que Gray la distrajera un poco después de la conmoción.

–No puedo comer –Catherine notó que le temblaban los hombros–. Por favor, discúlpame ante Gray. Voy a acostarme.

A Catherine se le cayó el alma a los pies. Seguro que estaba bromeando.

–Pero te encanta que Gray venga a cenar. No querrás perdértelo, ¿verdad? –notó que lo decía con un tono engatusador, pero Patsy no se detuvo.

–Hasta mañana, cariño.

Se hizo un silencio sepulcral y Catherine se quedó de pie escuchando los pasos de su suegra que se alejaba. Se le hizo un nudo en la garganta que no podía tragar. Le brotaron las lágrimas y sollozó de pena.

Se sentó en una butaca y se tomó la cabeza con las manos. No era justo, pensó mientras le dominaba la ira. Mike nunca había comentado las dificultades económicas y cuando murió tuvo la horrible sorpresa de darse cuenta de que las inversiones de la familia habían sufrido un revés muy grave.

Podrían haberse contenido si lo hubiera sabido. Habían pasado unos años con coches caros, servicio doméstico innecesario, haciendo regalos espléndidos y tomándose vacaciones varias veces al año. ¿Por qué no le había dicho que tenían que apretarse el cinturón?

Pensó en la expresión de desconsuelo de Patsy. Comprendió que para él habría sido espantoso confesarle la difícil situación a su madre, pero para ella era igual de difícil. Sintió una extraña compasión de sí misma. No podía permitirse el lujo de lamentarse muy a menudo, pero en aquel momento… ¡aquel momento!

Se acordó de la hora que era. Gray estaría a punto de llegar. Se levantó de un salto para ir al tocador. No permitiría que él supiera que había llorado.

El timbre sonó mientras cruzaba el vestíbulo. Se pasó los dedos por debajo de los ojos con la esperanza de recomponer el maquillaje.

Oyó que Aline salía del fondo de la casa seguida de Michael y ella abrió la puerta.

–Buenas tardes, Gray. Pasa, por favor.

Sintió la misma sensación intensa y ardiente que sentía cada vez que sus miradas se encontraban e hizo un esfuerzo para que no se le notara.

–Buenas tardes.

Su voz era profunda y tranquila. Le sonrió lentamente y le derritió las pocas células cerebrales que habían sobrevivido al contacto ocular. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció en cuanto la miró detenidamente, y frunció el ceño.

–¿Has estado llorando?

–No… –se alisó la falda color lavanda que había conjuntado con una camisa color marfil–. Es alergia.

Él no la llamó mentirosa, pero arqueó una ceja y la miró con unos ojos muy expresivos.

–No me gusta verte triste.

¿Realmente el tono había sido tan íntimo y preocupado o le había dado ella un matiz que no tenía?

–Supongo que Patsy te habrá advertido de que te hemos tomado la palabra sobre cenar en familia.

Gray llevaba unos pantalones caqui que se ceñían a sus poderosos muslos y una camisa blanca con el cuello abierto. También llevaba un molde metálico en la mano.

–Sí, me lo ha dicho –le dio el molde–. Ha traído un postre casero.

Ella abrió el molde si poder resistir la curiosidad y aspiró el delicioso olor.

–¡Ohhh! –suspiró–. Bizcocho de chocolate con azúcar quemado. Es mi tarta favorita de toda la vida –se acordó del otro regalo que le había hecho–. O tienes un informador o tienes la mejor suerte del mundo –dijo ella entre risas–. Primero mi flor favorita y ahora mi postre favorito.

La sonrisa de Gray vaciló y sus ojos adoptaron una expresión extraña. Parecían asustados. ¿Era preocupación? ¿Remordimiento? Catherine se dijo que eso era absurdo, ¿por qué iba a tener remordimiento?

–¡Tartaaa!

Michael y Aline habían entrado en el vestíbulo.

–Hola, Gray. Espero que te guste la carne asada –le saludó Aline.

–Me encanta. Sobre todo si es tan buena como las tartaletas del otro día.

Aline sonrió.

–Lo será –se dio la vuelta para volver por donde había llegado–. Tengo unas galletas en el horno.

–¡Mamá! –Michael se comportaba como si no la hubiera visto desde hacía años.

Se agarró de sus piernas con tal fuerza que casi la tira.

Gray la sujetó del codo y ella se estremeció por el contacto de los dedos sobre el codo desnudo.

–¡Tarta! ¡Tarta! ¡Tarta! –gritaba su hijo.
–Después de cenar –le dijo ella mirándolo a los ojos.
El niño frunció el ceño y ella supo lo que se avecinaba.
–Ahora –exigió él.
Catherine sacudió la cabeza.
–Cuando te hayas comido la cena.
Michael la miró un instante como si sopesara las posibilidades de éxito que tenía y ella notó que había cambiado de estrategia.
–Cena ahora.
Gray se rió.
–No te das por vencido, ¿eh?
Michael miró al invitado.
–Mac cena ahora –contestó con tono imperativo.
Gray miró a Catherine.
–¿Estás dispuesta a cenar ya?
Ella se encogió de hombros.
–Me da igual. Patsy no cenará con nosotros esta noche. No se encuentra bien. De modo que si no quieres beber algo, podemos empezar.
–Por mí, de acuerdo –hizo un gesto con la cabeza–. ¿Está bien Patsy?
Catherine asintió con la cabeza.
–Mañana estará perfectamente –le devolvió el molde, se agachó y tomó a su hijo en brazos–. Vamos a lavarnos las manos.
–Mac lavar –Michael se volvió para mirarlo por encima del hombro–. ¿Tarta? –le preguntó esperanzado.
Gray se rió.
–Después de cenar –le recordó–. Aunque me gusta tu insistencia –añadió en voz muy baja.
Gracias al niño, la cena no fue una prueba tan dura como había temido al no estar Patsy. Cenaron en la cocina como había exigido Gray cuando Patsy lo invitó. Michael jugó con Gray y le dejó que le diera de comer, aunque se resistió a los intentos de su madre para que se comiera los guisantes y las zanahorias.
Gray no paró de hacer preguntas sobre el niño y Catherine estaba emocionada por su interés y por la forma en que lo trataba. Algún día sería un gran padre.
La idea le llevó a otro pensamiento más íntimo. ¿Cómo sería como amante? Las manos, tan delicadas con su hijo, eran enormes. Parecían mas adecuadas para la construcción que para proyectar edificios en un papel. ¿Serían también delicadas con su cuerpo? Se le aceleró el pulso al imaginárselo abrazándola, desabrochándole los botones de la camisa con destreza y tomándole un pecho con aquella mano de largos dedos.
–Catherine…
Ella dio un respingo, lo miró y notó que se sonrojaba. Gray la miraba

con una sonrisa de curiosidad y las cejas arqueadas.

–¿En qué estabas pensando?

–En nada.

Sabía que lo había dicho demasiado rotundamente y volvió a sentirse abochornada porque el objeto de sus sueños la hubiera pillado.

–De acuerdo –Gray sonrió.

Catherine pasó el resto de la velada charlando sobre Michael. Seguramente, a Gray le parecería aburrido, pero para ella era lo más importante del mundo y él tendría que acostumbrarse si quería… si quería ¿qué?

Estaba volviéndose loca con esas conjeturas ridículas.

Michael se había terminado la tarta por fin y ella se levantó.

–Muy bien, amiguito, es hora de darse un baño –le dijo mientras lo levantaba de la silla.

–¡Baño! –Michael salió correteando por el vestíbulo.

Catherine le sonrió a Gray.

–Le encanta chapotear –de repente, se dio cuenta de su desconsideración–. Vaya… Siento mucho no poder ofrecerte una bebida o un café…

–No tomo nada –Gray hizo un gesto con la mano para que no se preocupara.

–Ah –Catherine miró hacia la puerta por donde había desaparecido su hijo y se preguntó qué estaría haciendo–. Bueno. Entonces… Siento la espantada, pero es importante que se acostumbre a llevar un horario.

–¿Podría…? Quiero decir, ¿te importaría que yo también fuera con vosotros? –a Catherine la sorprendió la pregunta, pero la sorprendió más todavía que él se pusiera rojo como un tomate–. Nunca he estado con niños –siguió él pausadamente–, y aunque no te lo creas, estoy fascinado.

–Lo creo –dijo ella con desenfado–. No me importa. Acompáñame.

Catherine cruzó el vestíbulo y empezó a subir las escaleras de la parte trasera de la casa donde estaba el dormitorio y el cuarto de baño de Michael. Era muy consciente de que el corpachón de Gray la seguía de cerca. El baño le pareció muy pequeño para que él entrara junto a ella.

–La verdad es que me asombra lo deprisa que evoluciona su mente –dijo ella para disimular los nervios–. Me encantaría que tú lo bañaras y que yo mirara.

Gray arqueó las cejas.

–Mmm. ¿Hay algún motivo oculto en la propuesta?

Ella se rió.

–Puedes estar seguro. Así no me mojaré.

Gray se rió también.

–Gracias, pero será mejor que por el momento mire.

El niño era un verdadero salvaje en la bañera. A los cinco minutos, ya había empapado a su madre y él se mantenía seco porque no entró en el radio de acción de las manitas de Michael. Catherine todavía llevaba la falda y la camisa que se había puesto para cenar y Gray se preguntó si se habría puesto otra ropa si no hubiera estado él. Tendría que darle un margen de confianza, en realidad, a ella no le importaba que Michael salpicara y ella misma jugaba con un pez de goma que llenaba de agua y la echaba sobre la tripa de su hijo.

–¡Más! –gritaba el niño cada vez que ella paraba.

Cuando el baño terminó y Catherine envolvió a su hijo con una toalla enorme, Gray empezó a disculparse.

–Bueno, esperaré abajo a que lo acuestes.

–Macuento –dijo Michael rotundamente con una sonrisa mientras su madre lo llevaba al dormitorio.

–¿Qué ha dicho? –preguntó Gray

–Un cuento –le aclaró Catherine mientras ponía unos pañales y el pijama a su hijo–. Le encantan los libros y me parece que te ha elegido para que le leas uno esta noche.

Gray se quedó impresionado.

–¿Yo?

–Tú –Catherine se rió–. No me mires con esa cara… Su libro favorito es de un perro que se llama Spot y se lo sabe de memoria. Sólo tienes que pasar las páginas y leer un poco. Él completará todo lo que te olvides.

–De acuerdo. ¿Dónde me siento?

Ella señaló una mecedora que había en un rincón.

–Él se sentará en tu regazo.

Podría hacerlo. ¿O no? Se acomodó en la mecedora y alargó los brazos cuando ella le acercó el niño. Luego, Catherine le dio un libro lleno de colores y Michael soltó una letanía que Gray no entendió. Miró a Catherine con impotencia para que lo tradujera.

Ella iba de un lado a otro de la habitación recogiendo juguetes y arreglando las sábanas de la cuna. Cuando se irguió, Gray comprobó que tenía toda la parte delantera de la camisa empapada y transparente.

Debajo de la camisa llevaba un sujetador que también debía de ser bastante transparente porque podía distinguir claramente la sombra oscura de sus pezones. La tela se ceñía a cada curva, a cada protuberancia, y marcaba el contorno de sus pechos como si no llevara nada.

Lo caballeroso habría sido mirar hacia otro lado y fingir que no se había dado cuenta, sin embargo, era imposible. No podía apartar los ojos y la miraba como en trance mientras ella se agachaba para recoger la toalla y sus pechos oscilaban elegantemente con cada movimiento.

Entonces, Catherine levantó la mirada y lo sorprendió. Ella cambió de

expresión cuando las miradas se encontraron y se quedó de piedra. Notó que se ponía roja hasta el cuero cabelludo, pero no apartó la mirada. Separó levemente los labios sin decir nada y él vio en sus ojos la misma excitación erótica que lo abrumaba. Deseo, anhelo, lujuria en estado puro y algo más…

Michael volvió a retorcerse en el regazo de Gray sin dejar de decir frases incomprensibles. Gray parpadeó cuando el niño saltó sobre la parte más delicada de su anatomía.

Gray se aclaró la garganta.

–¿Qué está diciendo? –preguntó con un tono ronco y áspero como si fuera de otra persona.

–Te dice que quiere mucho a Spot –ella levantó la toalla y se tapó el pecho.

–Demasiado tarde –susurró él.

Ella no fingió no entenderle y se sonrojó más todavía.

–Eres preciosa –le dijo por encima de la cabeza de su hijo.

Michael pasaba las páginas sin hacer caso a los adultos.

–Gra… gracias –dijo ella con un tono ahogado–. Es hora de acostarse –le dijo a su hijo cuando este cerró el libro–. Dale las buenas noches a Mac.

El niño sacudió vigorosamente la cabeza, se revolvió en el regazo de Gray y lo agarró del cuello con una fuerza que casi lo ahoga.

Él lo agarró instintivamente y se emocionó al sentir los bracitos regordetes, al oler el champú y al oír la respiración entrecortada del niño. Cerró los ojos con fuerza y todos los pensamientos sensuales se disiparon con la delicadeza de aquel momento. Giró ligeramente la cabeza y le dio un beso en la cabellera dorada.

–Eres un encanto –susurró.

Se levantó cuidadosamente con el niño en brazos y miró a su madre.

–Ahora, ¿qué? –le preguntó.

–Ahora acuéstalo.

Le señaló la cuna.

–Buenas noches, mi amor –Catherine dio un beso en la cabeza a su hijo–. Déjalo de espaldas y dale la manta con el borde de seda –le dijo a Gray.

Él lo hizo y miró cómo el niño se frotaba la mejilla con el borde de la manta. Casi al instante los ojos empezaron a cerrársele.

Gray miró a Catherine con las cejas arqueadas.

Ella tenía la cara iluminada con una sonrisa de ternura y se puso un dedo en los labios mientras salían de la habitación.

–Le encanta pasarse el borde de la manta por la mejilla. Nunca falla para que se duerma.

Él estaba sorprendido de lo fácil que había sido.

–Yo creía que había que acunar a los bebés para que se durmieran.

Ella se encogió de hombros.

–Lo hacía cuando era más pequeño, pero luego adoptó esta costumbre y yo la he fomentado. El médico dice que es importante que sea capaz de dormirse por sus medios –ella miró a otro lado en la oscuridad del pasillo–. ¿Quieres beber algo…? Perdona me había olvidado de que no bebes.

–No hace falta que beba algo, pero me gustaría quedarme un rato contigo.

No le dijo que quería besarla y acariciarla. Ella se había parapetado detrás del muro de discreción y él comprendió que no quería hablar de lo que había pasado en el dormitorio de Michael.

Ella dudó durante tanto tiempo que Gray temió que fuera a rechazarlo.

–A mí también me gustaría –dijo ella al fin con un hilo de voz–. Voy a cambiarme de camisa y bajo enseguida.

–No hace falta que te cambies por mí –dijo Gray sin poder evitarlo.

–Lo hago por mí– replicó ella con un tono más firme–. No puedo concentrarme en la conversación si hay un hombre con los ojos clavados en mi pecho.

Él levantó una mano y le pasó las yemas de los dedos por la mejilla.

–No hace falta que hablemos.

Ella le buscó los ojos con la mirada y posó su mano sobre la de él, no para apartarla, sino para sentir sus dedos en la penumbra.

–Tengo que conocerte mejor –dijo ella en voz baja.

Él asintió con la cabeza.

–De acuerdo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras antes de hacer algo de lo que se arrepentiría. La afirmación de ella llevaba implícita una esperanza, pero él no se atrevía a plantearse cuál podría ser. Sabía que se había sumergido demasiado en unas aguas que nunca había previsto conocer, pero eso había sido antes de encontrarse con Catherine, antes de tomarla entre sus brazos en la pista de baile y de que hubiera sentido como si ella fuera una parte suya que había añorado toda su vida.

Ella bajó al cabo de unos minutos con un jersey de punto que no se ceñía demasiado ni estaba mojado.

–Gracias por ayudarme con Michael –dijo ella mientras entraba en la sala.

–Gracias a ti por dejarme ayudaros. Es un niño asombroso.

Ella sonrió con orgullo de madre.

–Es verdad. A él le ha gustado que hubiera alguien que no fuera Aline, Patsy o yo en su rutina de acostarse.

–¿Nunca has tenido una niñera?

–No, aparte de Aline y Patsy. Además, eres el primer hombre que ha pasado algún tiempo cerca.

Las palabras le produjeron una satisfacción primitiva que no podía

definir.

–Él lo ha soportado muy bien –fue lo único que supo decir.

Ella asintió con la cabeza, se acercó al mueble bar y se agachó para abrir la pequeña nevera que había debajo de la encimera.

–¿Quieres un zumo o un refresco? También hay agua mineral.

–Agua, gracias.

Tomó el vaso con hielo y la botella que le dio ella y se sentó en el sofá.

Catherine se hizo un ovillo en el otro extremo, se puso unos almohadones en la espalda y se quitó los zapatos.

–¿Qué tal va la casa?

Él sonrió e inclinó la cabeza.

–Muy bien. Pronto os dejaré en paz.

–¡No te he preguntado eso! –parecía espantada de parecer una grosera–. ¿Estás contento con tu proyecto?

Él asintió con la cabeza.

–Mucho. Cuando lo haya terminado os llevaré a Patsy y a ti para que lo veáis.

–Ya sé que me dijiste que no querías poner tu ventana solar en todos tus proyectos. ¿La has puesto en este?

Él negó con la cabeza.

–No. En realidad estoy instalando algo nuevo. Una ventana experimental que acabo de diseñar. De esa forma, si es un desastre, sólo podré culparme a mí mismo.

Ella sonrió.

–Pero tendrás que tragártela.

Él se encogió de hombros.

–La cambiaré.

Ella lo observaba con unos ojos que parecían ver más de lo normal.

–¿Por qué pareces incómodo cuando hablas de tus ventanas?

Gray sonrió forzadamente.

–No quiero que se me conozca como el tipo de las ventanas solares. Me gustaría hacer cosas impresionantes sin tener en cuenta el material que use y que se me reconozca por mi calidad.

–Y eso es difícil por el éxito de la ventana.

Él asintió con la cabeza.

–En resumen, sí.

Ella asentía con la cabeza como si lo entendiera y él sintió un agradecimiento especial.

–¿Por qué has decidido ampliar tu empresa?

Gray se encogió de hombros otra vez y deseó que ella se acurrucara entre sus brazos en vez de hacerlo en el brazo del sofá.

–Tuve un accidente y me sobraba el tiempo para pensar mientras me recuperaba. Siempre me ha encantado hacer proyectos y tengo gente muy

creativa y competente en Filadelfia con la que puedo trabajar a distancia, de modo que decidí probar el mercado de Baltimore.

Ella lo miraba intrigada y estaba claro que pensaba en algo que no era la arquitectura, Gray se preparó.

–¿Qué tipo de accidente?

–Uno muy raro –contestó él sin cambiar el tono desenfadado–. Dicen que no se da más de uno cada dos mil años. Yo jugaba al rugby y me dieron una patada en el pecho que me produjo unas lesiones internas muy graves.

Ella parecía espantada.

–Yo creía que el rugby no era violento.

–No creo que hayas pensado nada del rugby en tu vida –se burló él.

Ella sonrió.

–La verdad es que no. Se parece al fútbol, ¿verdad?

–Un poco, pero es mucho menos civilizado. Quizá algún día, cuando lleve una semana lloviendo y estés aburrida como una ostra, te explicaré la diferencia.

Gray sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

–¿Qué lesiones tuviste?

Él había esperado no tener que mentir descaradamente.

–Bueno, muchas cosas distintas –se tocó vagamente por el vientre–. Me operaron y la recuperación fue bastante lenta. Eso me permitió estudiar algunas ciudades y ver cuál era la mejor para mi empresa.

–Y elegiste Baltimore.

Él asintió con la cabeza y aliviado por haber dirigido la atención hacia algo distinto de la operación.

–Había tres candidatas en la Costa Este, pero Baltimore está cerca de Filadelfia, tiene buen clima y me gustó mucho cuando la visité.

Ella sonrió y levantó el vaso de agua para dar un sorbo.

–El clima no es tan bueno cuando llega el invierno.

–No me importa que haga un poco de frío, pero Boston, por ejemplo, está demasiado al norte y Orlando es insoportable en verano.

–¿Esas eran las otras dos alternativas? –le preguntó ella entre risas–. ¿De un extremo al otro?

–Efectivamente.

Se hizo un breve silencio entre ellos, un momento cálido y agradable que él habría deseado que no terminara nunca. Luego, él se acordó de cómo la había encontrado al llegar. Había estado llorando y tenía los ojos irritados.

–Catherine…

–Sí…

–Cuando llegué, ¿habías estado llorando? No me cuentes historias de alergias.

Ella suspiró.
–Es una historia muy larga…
–¿Está grave Patsy?
Fue lo primero que él pensó, aunque ella lo hubiera tranquilizado.
–No, no –ella estaba realmente sorprendida–. No le pasa nada grave.
–Entonces, ¿por qué llorabas?
Ella dejó escapar otro suspiro.
–He retrasado las vacaciones de la familia. Siempre nos íbamos el cuatro de julio, pero este año, con mi nuevo trabajo, tendremos que ir en septiembre. Aunque sea a media jornada –añadió a la defensiva–, no puedo dejarlo todo y marcharme cuando quiera.
–¿Se lo esperaba Patsy?
–No. Se ha llevado… un disgusto. Dijo que le dolía la cabeza y que no podía cenar con nosotros. Me sentí fatal al disgustarla tanto.
–Ah –Gray hizo un gesto con la cabeza–. Las dos os lleváis muy bien. Yo creía que las nueras odiaban a sus suegras.
Catherine se rió.
–No en este caso. He sido muy afortunada. Es fantástica.
Se hizo otro silencio, pero no fue tan cómodo como el anterior.
–Será mejor que me vaya –dijo Gray al cabo de un rato.
A él le fastidió que ella no se opusiera sino que asintiera con la cabeza y se levantara. Después del momento que habían compartido en el descansillo, ella volvía a comportarse como si fueran meros conocidos.
Gray dejó que lo acompañara hasta la puerta.
–Lo he pasado muy bien –Gray le acarició los brazos–. Dime que tú también.
Ella lo miró fijamente antes de bajar la cabeza.
–Yo también.
–Me gustaría volver a pasar un rato con Michael y contigo.
Ella levantó la cabeza.
–¿Por qué?
Gray la miró con una expresión burlona.
–Porque me gustas mucho y tu hijo es fantástico.
–Buena respuesta, pero antes de aceptar, quiero que sepas que no busco ningún tipo de… asunto.
–¿Qué te parece amistad y diversión?
Quizá ella no quisiera reconocerlo pero ya tenían un asunto entre manos. Cuando fue a Baltimore sólo había pensado en verla, pero en ese momento sabía que era inútil intentar mantenerse alejado de ella.
Ella sonreía vacilantemente.
–Creo que podríamos intentarlo.
–¿Qué te gustaría hacer?
Ella lo pensó un rato.

–Podríamos hacer una comida en el campo. A Michael le encanta estar al aire libre.

–¿Cuándo?

–Mañana. Es sábado y no tengo trabajo.

–Me parece muy bien. Pasaré a recogeros a mediodía.

Ella asintió con la cabeza y él la besó fugazmente en los labios. Él habría preferido un beso de verdad, sentirla abrazada a él, que hubiera reaccionado como lo hizo el primer día en el jardín, pero notó que luchaba contra ella misma. Él no supo por qué, pero no estaba dispuesto a darle una excusa para volverse atrás.

–Hasta mañana –dijo antes de darse la vuelta para marcharse.

Capítulo Seis

Tendría que hacer que le revisaran la cabeza. Debería haberse negado educadamente. No podía liarse con Gray McInnes.

Catherine guardó los bocadillos en la nevera portátil y buscó los zumos y las manzanas. A Michael le encantaban las naranjas cortadas en trozos pequeños, pero no podía masticar las fibras. Empezó a pelar una naranja sin poder quitarse a Gray de la cabeza. Él nadaba en la abundancia. Ella hacía malabarismos con el dinero para no perder la casa familiar. Gray pensaría que sólo buscaba su dinero. Todo el mundo lo pensaría y eso era lo que más le espantaba.

Cuando se casó con Mike, supo lo que decían a sus espaldas. Supo que decían que iba detrás de su dinero, que sabía lo que le convenía, que algo habría hecho para que él se casara con una mujer tan poco adecuada…

Entonces no hizo caso porque amaba a Mike y eran tan felices que los insultos le resbalaban. Además, Patsy también la quiso desde el principio. Patsy había quitado importancia a las maledicencias con historias muy divertidas de las personas que las decían.

Sin embargo, no quería volver a pasar por lo mismo. A pesar de la protección de Mike y Patsy, aquellas actitudes se habían clavado muy profundamente en el corazón de una joven sensible. Además, en ese momento, no estaba sola, también tenía que tener en cuenta a Michael.

Metió los trozos de manzana y naranja en un recipiente .¿Qué faltaba? Unos aperitivos de jengibre que había hecho Aline, apio picado y las bebidas.

Todo lo que hiciera se reflejaría en su hijo, pensó mientras guardaba unas servilletas y cerraba la bolsa. Estaba decidida a que él creciera sin sobresaltos y a que se sintiera una parte del mundo de su padre. En sus planes no entraba tener un idilio desenfrenado con un soltero millonario.

Sería desenfrenado, pensó con un estremecimiento al acordarse del brillo ardiente y azulado de los ojos de Gray la noche anterior. La había mirado como si hubiera querido tumbarla allí mismo. Si no hubiera estado Michael, quién sabe qué habría podido pasar.

Sin embargo, Michael había estado allí. Sonrió levemente al recordar al enorme hombre moreno y al niño de cabellos casi blancos en la mecedora.

Le resultó imposible no pensar que parecían un padre y su hijo. Era posible que Gray no supiera nada de niños, pero si no le gustaba Michael,

era un actor digno de un Oscar.

–¡Aquí está! –exclamó Patsy con voz cantarina mientras entraba en la cocina con Michael–. Mamá ya ha preparado la comida.

–Gracias por vestirlo –le dijo Catherine a su suegra–. ¿Seguro que no quieres venir?

Patsy sonrió. Parecía como si se le hubiera pasado el disgusto de la noche anterior.

–¿Desde cuándo me han gustado las comidas campestres? Hormigas, moscas, sentarse en el suelo… –hizo un gesto burlón–. No, gracias. Además, tengo una reunión para estudiar la decoración del asunto lirio.

El asunto lirio era un baile y cena benéficos para el albergue de mujeres. Se celebraba todos los años en junio y las mujeres del comité organizador llevaban lirios de los colores más deslumbrantes.

Catherine suspiró.

–Estoy nerviosa por estar sólo los tres.

–No tiene nada de malo –la tranquilizó Patsy–. También tienes derecho a salir con alguien de vez en cuando.

–No voy a salir con alguien –afirmó Catherine tajantemente–. Sólo… vamos a ir juntos. Ni siquiera estoy segura de cómo me persuadió.

Patsy se limitó a sonreír.

–Es un hombre muy atractivo. Quizá debieras salir con él.

–No me interesa salir con nadie. Os tengo a Michael y a ti, ¿para qué quiero más?

El rostro vivaz de Patsy se puso serio.

–A mí no me tendrás siempre, cariño, y Michael crecerá y hará su vida antes de que te des cuenta. Eres joven y tienes muchos años por delante.

La verdad era que no podía rebatir aquello.

–Sólo es algo circunstancial –dijo para intentar convencerse tanto como para intentar convencer a Patsy–. En cualquier caso, pensaba salir a comer en el campo con Michael.

Patsy volvió a sonreír.

–Que os divirtáis –sonó el timbre de la puerta como si estuviera ensayado–. Yo abriré –dijo Patsy.

Catherine tomó aire y comprobó que llevaba los pañales por si acaso. Al cabo de unos instantes, Patsy volvió por el vestíbulo con Gray pegado a sus pies.

–…no hay caballos en los establos desde hace un año. Catherine los vendió después del accidente de Mike. Dijo que le daba pena ver al pobre Spurce y que nadie lo montara.

Catherine pensó que además costaba una fortuna mantenerlos y se preguntó cómo habrían tardado tan poco en hablar de ese asunto. No quería que Patsy hablara de sus preocupaciones personales con Gray.

–Hola –hizo un esfuerzo para mirar a Gray con una sonrisa amistosa

pero impersonal–. ¿Preparado para salir al campo?

–Preparado para cualquier cosa –contestó él–. Yo conduciré. ¿Has pensado en algún sitio?

Ella arqueó las cejas.

–Ah, yo había pensado en no salir de la finca. Hay sitios muy bonitos.

–De acuerdo –pareció sorprendido, pero se recompuso inmediatamente y agarró los bártulos–. Tú diriges, yo seré la mula de carga.

Ella no pudo evitar una sonrisa.

–No consigo imaginármelo.

–Adiós –Patsy se despedía de ellos con la mano mientras salían por la puerta de la cocina–. Que lo paséis muy bien. No os olvidéis de la crema para el sol.

–Ya nos hemos puesto –le tranquilizó Catherine.

–Y del sombrero de Michael.

–Lo tengo. Si vinieras con nosotros podrías encargarte de que no se quemara.

La sonrisa de Patsy se tornó malévola.

–No, gracias. Cuando volváis, yo estaré tan contenta con el aire acondicionado.

–¿No le gusta comer en el campo? –le preguntó Gray mientras seguía a Catherine por el césped.

Catherine había puesto el sombrero a Michael y lo había dejado en el suelo. Gray también iba cubierto. Se había sacado una gorra del bolsillo trasero del pantalón y se la había puesto nada más salir al exterior. Tenía casi toda la cara en sombra. Los ojos eran de un azul brillante debajo de la visera.

–Patsy no es una persona muy aficionada a estar al aire libre. Le gustan las flores, pero sólo si hay alguien que las planta y las cuida.

Gray se rió.

–El síndrome de la opulencia, ¿no?

–Mmm. Patsy viene de una familia rica y cuando se casó con el padre de Mike recibió una herencia de su abuela. Aparte de la fortuna de los Thorne, naturalmente.

–Naturalmente –dijo Gray con una sonrisa forzada.

–Supongo que por eso no es muy realista sobre el dinero. Parece no saber lo que es ajustarse a un presupuesto.

–Así que tú te ocupas de los asuntos económicos desde que murió tu marido.

Ella lo miró asombrada.

–Sí, claro, pero normalmente no me importa.

–¿Cómo has conseguido saber tanto de cuestiones económicas? Tú te licenciaste en literatura inglesa.

–¿Por qué lo sabes?

Se quedó clavada en medio del camino. Estaba completamente segura de que no se lo había dicho.

Él también se paró con una expresión que ella no supo interpretar. Se encogió de hombros y sonrió.

–No lo sé.

Gray volvió a ponerse en marcha lentamente, pero el humor de ella había cambiado. No sabía por qué, pero notaba una profunda sensación de intranquilidad. No era miedo, sino un sexto sentido que le decía que algo no iba bien.

–Catherine… –Gray chasqueó los dedos delante de ella.

–Perdona –no sabía qué le preocupaba y hizo un esfuerzo para olvidarse de ello–. ¿Por qué no ponemos la manta aquí? Hay una sombra muy buena debajo de ese árbol.

No quería hablar de su situación económica con Gray y ese sitio era muy bonito.

Era un cálido día de junio y el pequeño claro estaba oculto de la casa por unos frondosos árboles floridos. Michael fue tras una pelota que Gray le había lanzado y al cabo de unos minutos le enseñó a darle patadas. Michael hizo un afortunado lanzamiento que mandó la pelota bastante lejos. Gray fue a recogerla y Catherine lo observó mientras volvía haciendo algunos trucos con ella, como avanzar golpeándola con la rodilla y sin dejarla caer al suelo.

Se tumbó de costado para verlos jugar. Gray era paciente y animaba a Michael.

Se volvió hacia Catherine.

–¿Has visto? –le preguntó cuando el niño volvió a dar otra buena patada–. Es un atleta.

No esperó a que ella respondiera y se concentró en su hijo. Catherine lo observaba pensativa. Él lo había dicho con un tono de verdadero orgullo. Como si las habilidades de Michael fueran un motivo de orgullo personal. Sin embargo, no había visto a su hijo más de un par de veces y apenas conocía a ninguno de los dos. Pero ella también se sentía como si lo conociera y pudiera hablar con él como no lo había hecho con nadie desde la muerte de Mike.

Después de un rato, Michael perdió el interés por la pelota y empezó a dar vueltas en círculo hasta que cayó sobre la hierba entre risas.

Gray se tumbó en la manta junto a ella y Catherine se sentó rápidamente.

–Es fantástico –le dijo Gray mientras se quitaba la gorra y se pasaba los dedos por el pelo–. Dentro de unos años será una estrella del fútbol.

–Me preocupa qué pasará cuando crezca –reconoció ella–. Yo no puedo enseñarle las cosas de chicos que tendrá que saber. Siempre fui a colegios de niñas.

Gray se rió, pero los ojos expresaban comprensión.

–No creo que debas preocuparte. Es posible que Michael no tenga la figura de un padre, pero tendrá muchos modelos de comportamiento masculino si haces que practique deportes y otras actividades. Además, tiene lo más importante: un hogar estable donde lo quieren.

–Es un consuelo. Espero que tengas razón –ella sabía que seguiría preocupándose, pero se acordó de que él lo decía por experiencia propia–. Supongo que sabes lo que dices porque te criaste de forma parecida y has salido normal.

Gray arqueó las cejas y se volvió para mirar al niño.

–Hay algunos parecidos entre la infancia de Michael y la mía –hizo un gesto para señalar todo lo que los rodeaba–. Michael nunca tendrá que preocuparse sobre si podrá pagar el alquiler o comprar comida.

Catherine pensó que no lo haría si ella podía evitarlo, pero también pensó que no podía permitir que él pensara que ella se había criado rodeada de riqueza.

–Antes me preguntaste cómo había aprendido a administrar el dinero –arrugó la manta entre los dedos–. Yo tampoco vengo de una familia rica.

Él pareció sorprendido.

–¿No? –tenía una sonrisa torcida–. Te has adaptado bien.

–Como tú –inclinó un poco la cabeza–. Mi padre era bibliotecario en la Universidad de Maryland. No iba a hacerse rico con su sueldo, pero tendríamos que haber vivido sin apuros. No lo hicimos –lo dijo inexpresivamente–. Pronto aprendí a abrir el correo y a ocuparme de que mi padre pagara las facturas. Era la única forma de que no nos cortaran los suministros –sacudió la cabeza–. Sabía cuándo le pagaban y hacía que me diera dinero para la comida y la renta. A veces me sorprendía y llegaba a casa con lo que él llamaba una paga extra. Me lo daba para que me comprara ropa, pero yo lo ahorraba para las semanas que no llevaba dinero suficiente.

Los ojos de Gray empezaban a reflejar comprensión.

–¿En qué estaba metido?

–Juego –contestó ella–. Cuando murió, encontré todo tipo de boletos de apuesta en su despacho. Yo ni siquiera sabía qué eran hasta que me lo dijo Mike.

–Tuvo que ser difícil de asimilar –le pasó una mano por la espalda para consolarla.

Sin embargo, ella estaba muy sensible y se le aceleró el pulso ante el contacto. Ella, fastidiada por su incapacidad para dominar sus reacciones, se agitó, se quitó la mano de encima y se tumbó de espaldas apoyada en los codos.

–Lo fue. Yo adoraba a mi padre. Fue espantoso verlo desde una perspectiva nueva.

Se quedó en silencio mientras contemplaba el pasado. Gray no dijo nada, no se movió ni volvió a tocarla. Se quedaron mirando a Michael mientras los pájaros cantaban y la paz le aliviaba heridas abiertas en las que no había pensado desde hacía varios años.

–¿Por qué me has contado todo eso? –le preguntó él al cabo de un rato.

Ella se sorprendió.

–Yo… la verdad es que no lo sé… Me imagino que pienso que es importante que entiendas que no soy una niña mimada –lo dijo antes de pensar lo que estaba diciendo.

Gray la miró.

–Para mí es importante entenderte –le tomó la cara con una mano y le levantó la barbilla mientras se inclinaba hacia ella–. Que conste –le susurró–, nunca te habría calificado de niña mimada.

Ella cerró los ojos mientras las bocas se acercaban. Notó los labios cálidos y firmes que la seducían hasta que ella correspondió al beso, se estrechó contra él y le rodeó los hombros con los brazos. Él le separó los labios e introdujo la lengua entre ellos. Catherine notó que el vientre empezaba a bullirle y la cordura la abandonaba.

–Michael… –consiguió farfullar.

Gray apartó la cabeza bruscamente y se incorporó.

–Perdona.

La cabeza de Catherine cayó como una flor demasiado pesada para su tallo y se apoyó en el pecho de él para absorber su aroma limpio y masculino.

–No ibas a tocarme, ¿lo recuerdas? –Catherine lo dijo con la voz entrecortada.

Él se aclaró la garganta.

–Lo recuerdo –el tono era serio y denotaba cierta recriminación–, pero me cuesta mantenerme lejos –se apartó un poco para mirarla a los ojos–. Pienso en ti todo el rato.

Ella tragó saliva. Su sinceridad merecía lo mismo de ella.

–Yo también pienso en ti –sonrió, pero le costó mucho hacerlo–. No estoy preparada… pero cuando me tocas, me olvido de todo.

Los ojos de Gray se oscurecieron.

–Si estuviéramos solos –dijo con una voz profunda–, estaría tentado de aprovecharme de lo que acabas de decir –levantó la mano–. Te acariciaría ahí… –le pasó los dedos por los pómulos y las mejillas–…y ahí –bajó los dedos por el cuello y el pecho hasta alcanzar un pezón duro. Ella contuvo un jadeo al sentir una punzada de placer en las entrañas–. Deslizaría mi mano hacia aquí –los dedos llegaron hasta el vientre– y, sin duda, te acariciaría aquí –un dedo muy largo entró entre sus piernas y presionó con firmeza sobre la carne palpitante que sólo cubrían los pantalones cortos y la ropa interior.

–Para –dijo ella con voz entrecortada mientras lo agarraba de la muñeca y le apartaba la mano.

Él sonrió sin apartar la mirada de sus ojos.

–Y luego.. –dio la vuelta al brazo y agarró la mano de Catherine con la suya–…te tocaría a ti acariciarme.

La posó sobre su erección. Ella volvió a jadear al sentir la reacción del cuerpo de Gray. Sus dedos se curvaron automáticamente para abarcarlo y Gray dejó escapar una sonido de puro anhelo masculino. Él le apartó la mano y se la besó antes de entrelazar los dedos.

–Pero no lo haré porque no estás preparada.

Ella se aclaró la garganta porque no sabía si le saldría la voz.

–La verdad, es que me parece que sí lo estoy –levantó la cabeza para mirarlo–. Dijiste que estoy enamorada de mi marido y tenías razón. Una parte de mí amará siempre a Mike, pero ya es un recuerdo. Es hora de avanzar.

Gray resopló, apartó los ojos y se quedó mirando al cielo.

–¿Sabes una cosa? –dijo con tono desenfadado–. Resultas apremiante.

Ella se rió y se disipó la sensualidad que la abrumaba; supuso que él lo había hecho intencionadamente.

–Tú tampoco te quedas corto.

Gray sonrió y unas profundas arrugas surcaron sus mejillas.

–¿Seguro?

Michael se acercó corriendo y ella empezó a sacar la comida mientras agradecía la posibilidad de recuperar el equilibrio.

Después de comer, Michael empezó a dar cabezadas y se fueron a la casa para que pudiera dormir la siesta. Gray se empeñó en llevar al niño y que Catherine se hiciera cargo de la cesta vacía. Los siguió por el césped y se sintió emocionada al ver a su hijo dormido en brazos de Gray.

Ella no era una persona que improvisara, pero decidió que no iba a pensar mucho en a dónde llevaba todo aquello. Había demasiados factores y obstáculos como para siquiera soñar en el futuro.

Sin embargo, ¿cómo no iba a haber un futuro con Gray en él? Hacía unas semanas, ella no podía imaginarse que volvería a amar. En ese momento, tenía miedo de que le estuviera ocurriendo exactamente eso.

Durante la semana siguiente, Catherine lo invitó a una barbacoa por la tarde, a otra comida en el campo y a dos cenas familiares. Por las noches, Patsy se llevaba a Michael para bañarlo después de le cena y les daba un momento de intimidad que Gray anhelaba como un preso su día libre.

Sabía que lo que hacía estaba mal. La había mentido, más o menos, y había esperado demasiado tiempo como para decirle la verdad. Ella lo odiaría si alguna vez descubría la verdad.

No podía durar. Había sido el primer hombre en tocarla desde la muerte de su marido. Un día, ella se daría cuenta de que sólo era un hombre normal y corriente y ella seguiría adelante. Un día, todo terminaría y él desaparecería de su vida, pero hasta que llegara ese día, él no tenía fuerzas para dejarlo.

Sólo podía pensar en Catherine. En su melena brillante sobre los hombros las pocas veces que no lo llevaba agarrado; en la tensión de los músculos de sus piernas largas y esbeltas cuando se agachaba para tomar a su hijo en brazos; en su trasero pequeño y delicado dentro de los pantalones cortos; en la forma que tenía de inclinar levemente la cabeza cuando le sonreía; en la forma de besar a su hijo en la cabeza; en el brillo burlón de sus ojos cuando le tomaba el pelo; en su decisión de mantener la única vida que había conocido su suegra; en el suave movimiento de sus labios cuando la besaba y en su cuerpo entre sus brazos; en la necesidad que tenía de tumbarla en el suelo y desnudarla para disfrute de su vista, su boca y sus manos.

Una noche, después de que Patsy se hubiera ido a acostar a Michael, él esperó a que Catherine fuera con él a la sala. Se habían acostumbrado a ver las noticias y comentarlas… y a besarse. La vio acercarse y pensó lo curioso que era que el momento más esperado del día era cuando ella se sentaba en el sofá y él le rodeaba los hombros con el brazo. Era muy afortunado y había estado a punto de echarlo a perder con el estúpido comentario sobre el día que se licenció. Todavía no sabía por qué lo había dicho, pero mientras lo hacía, tenía una imagen mental muy clara y precisa.

«…llevaba el birrete y la toga y corría sonriente hacia él mientras agitaba el diploma. Él extendió los brazos y ella se arrojó a ellos para besarlo entre risas y gritos.

–Lo único que habría hecho que este día fuera mejor habría sido que estuviera papá.

–Lo sé –le secó las lágrimas con los pulgares y volvió a besarla–. Ojalá estuviera, pero ya sabes que yo siempre me ocuparé de ti».

Al acordarse, él notaba una sensación de desasosiego. Había empezado a recordar más cosas y más claras, quizá pudiera explicarse racionalmente. La mayoría de las veces se negaba a pensar en ello, pero otras, se adueñaba de su cabeza y no podía evitarlo.

Como cuando jugó a la pelota con Michael. Sintió una emoción muy intensa cuando le gustó al niño. Quizá, demasiado intensa. Como si la parte de Mike Thorne que habitaba en él estuviera orgullosa de la hazaña de su hijo. Como si Mike siguiera decidido a seguir en aquella familia de la única forma que podía hacerlo.

Hasta que Catherine se sentó, se acurrucó en sus brazos como si lo hubiera hecho siempre y todos los pensamientos que no fueran ella se

desvanecieron en el aire.

–Hola –el se volvió y le dio un beso debajo de la oreja–. ¿Ha ido todo bien durante el baño?

–Perfecto.

Ella inclinó un poco la cabeza para que él llegara mejor al cuello. Gray le tomó la cara con la mano, la giró hacia sí, la besó en los labios y sintió una satisfacción inmensa cuando ella se dejó llevar con un murmullo de placer. La tumbó en su regazo, se inclinó sobre ella y la besó profunda y repetidamente, hasta que ella sólo buscaba su boca, hasta que los dos sólo intentaban tomar aliento como si corrieran un maratón por parejas.

Gray le acarició la cadera, le tomó un pecho en la mano y notó el pezón erguido a través del sujetador. Se había prometido no introducir la mano entre su ropa ni mucho menos desnudarla en su casa. No sabía el motivo, pero para él era importante y noche tras noche se aferraba a su promesa aunque hubiera veces que apenas podía pensar siquiera. Su erección era tal que le dolía y la cadera de Catherine contra ella era el tormento más embriagador que podía imaginarse. Sin embargo, no iba a correr el riesgo de que entrara Patsy y se encontrara con que algo se le había escapado de las manos. Sabía que si se dejaba llevar por sus sueños y sus fantasías, nada podría detenerlo.

Le dio un último beso y sus caricias pasaron de los pechos al hombro para apaciguarse un poco.

–Debemos estar locos para torturarnos de esta forma.

–Posiblemente. Seguramente.

Ella seguía sobre su regazo con el pelo despeinado y los labios rojos por los besos.

–Nunca me habría imaginado que a los treinta años estaría pelando la pava en la sala con mi novia y atento a que pudiera aparecer su madre.

Catherine se rió.

–Primero, no es mi madre; segundo, no pelas la pava, ya lo has conseguido –levantó la cabeza–. ¿Soy tu novia? No sé por qué, pero me cuesta imaginarme como madre y novia. Las madres no salen con chicos.

–Tienes que aceptarlo –le dio un beso en la punta de la nariz–. Hablando de salir, ¿te gustaría ir a cenar o al cine el viernes por la noche?

Ante su sorpresa, ella dudó.

–Podrías venir a cenar aquí –le ofreció ella como alternativa.

Él la miró fijamente con todos los sentidos alerta. Había algo que iba mal. Ella se había distanciado ligeramente, aunque él no sabía el motivo de aquella reacción.

–He venido a cenar unas cuantas veces –dijo él cautelosamente–. Había pensado que podría estar bien arreglarnos un poco y salir por ahí.

–Yo prefiero una velada tranquila en casa. Estoy un poco cansada con el trabajo, las obras de caridad y las responsabilidades familiares. Necesito

tiempo para acostumbrarme al cambio. ¿Te importa?

Claro que le importaba, pero no parecía el momento adecuado para ser sincero.

–No –contestó él–. No me importa, pero podría cocinar yo para variar. Ya había pensado en organizar una cena en esa terraza tan deliciosa que hay en la parte de atrás de la casa de invitados.

Ella sonrió y se relajó inmediatamente.

–Sería fantástico. ¿Me dejarías llevar algo?

Él negó con la cabeza y perplejo por cómo se había disipado la tensión de su cuerpo. Repasó mentalmente la conversación para ver si conseguía saber qué había pasado.

–Sólo quiero tu presencia.

Por lo menos estarían solos. Sólo de pensarlo, su cuerpo se olvidó de que tendría que estar sosegándose. Había esperado sinceramente salir de allí antes de que apareciera Patsy, pero se quedaría un rato más.

Capítulo Siete

Media hora después, Patsy no había bajado todavía. Catherine fue a ver si le pasaba algo a Michael, pero volvió y dijo que a su suegra le dolía la cabeza y se había acostado.

–Muy bien –Gray se levantó y fue hasta la puerta de la sala, donde estaba Catherine–. Me iré a casa. Acompáñame hasta la puerta.

Le pasó el brazo por la cintura mientras atravesaban la casa.

–Te acompañaré un poco más –le dijo ella cuando fue a despedirse.

La noche era cálida y olía a hierba recién cortada, madreselva y rosas trepadoras. Eran más de las nueve y casi había anochecido. La luna asomaba su rostro plateado y las estrellas más osadas desafiaban a los últimos rayos del sol.

Gray la tomó de la mano y bajaron los escalones.

–Es una noche preciosa.

–Ajá –parecía tranquila y despreocupada.

Era evidente que se había olvidado de los momentos tensos después de que le pidiera salir a cenar.

Tenían los dedos entrelazados y Gray se preguntó si alguna vez ella pensaba en lo distante y cautelosa que había sido cuando se conocieron por primera vez. Él sí lo pensaba y le sorprendía que pudiera estar dando un paseo con la mujer que se había adueñado de sus pensamientos.

Caminaron un rato en silencio.

–Mira –dijo él repentinamente–. Luciérnagas. Yo cazaba docenas de ellas en una noche. Tenía tantas que el frasco estaba siempre iluminado cuando se lo llevaba a mi madre.

–Yo siempre quise tener una de animal de compañía. Mi padre me ayudaba a hacerle una casa en un frasco con hierba y un tapón con agua, pero cuando iba a verla por la mañana, la luciérnaga se había escapado. Mi padre sacudía la cabeza y decía que había hecho unos agujeros demasiado grandes, aunque fueran como cabezas de alfileres. Tardé años en darme cuenta que las dejaba libres, pero cuando lo comprendí, ya no me importaba.

Gray se dio cuenta de que estaba sonriendo mientras movía las manos entrelazadas.

–A lo mejor, más avanzado el verano, cuando anochezca antes, Michael podrá estar levantado para verlas. Podríamos ayudarlo a cazar algunas y a

guardarlas en un frasco. ¿Crees que le gustaría?

Ella dudó tanto que él pensó que no iba a contestarle y sintió cierta intranquilidad.

–Catherine… ¿Qué pasa?

–Nada –su voz parecía vacilante.

Gray se paró y la paró en medio del camino.

–Catherine, ¿qué pasa?

Ella suspiró.

–¿Llegará ese momento cuando el verano esté avanzado?

La pregunta lo sorprendió. Era la primera señal de que estuviera pensando a largo plazo. Le pareció el afrodisíaco más potente que conocía. El corazón le dio un vuelco que le dejó, literalmente, sin respiración.

La tomó de los hombros y la miró sin importarle que ella pudiera notar el amor que sentía por ella.

–Llegará si tú quieres.

Bajó los labios hasta encontrarse con los de ella. Después de un breve instante, ella abrió la boca y le rodeó el cuello con los brazos. Las lenguas se enzarzaron en una danza descontrolada y cuando el bajó las manos para acariciarle el trasero, ella dejó escapar un sonido anhelante y le pasó una pierna alrededor de la cintura, como la primera vez que se besaron allí, en ese mismo jardín, aunque entonces estaban mucho más cerca de la casa.

El fastidio dio paso a una creciente sensación de soledad en medio del jardín silencioso. Mientras Gray asimilaba esa idea en su cabeza, se dio cuenta de lo que su subconsciente había estado pensando desde que ella salió de la casa con él: la deseaba. Esa noche. En ese preciso instante.

Se sintió dominado por el anhelo y su erección fue casi instantánea. La agarró de las caderas y la estrechó contra sí con fuerza mientras ella dejaba escapar leves y entrecortados gemidos. Se retorcieron unos instantes hasta que el obstáculo de la ropa guió los pasos de Gray.

Dejó que Catherine se apartara un poco de él y le desabrochó los cinco botones que le cerraban la blusa. Se la quitó con un movimiento diestro y también le soltó el cierre del sujetador.

–¡Gray! –exclamó ella espantada–. Estamos en el jardín.

Él reprimió una carcajada y la llevó debajo de un roble que había junto al sendero. Ella lo miró un segundo y él sintió un asomo de pánico al pensar que iba a oponerse, pero hizo un movimiento con los hombros y el sujetador cayó al suelo. Entonces sintió que el corazón se le desbocaba. Los pechos no eran muy grandes, pero tenían una forma perfecta y los coronaban unos generosos pezones. En la oscuridad no podía distinguir si eran rosados o cobrizos, pero lo tenía muy claro en la cabeza. Eran de un color rosa muy delicado y más grandes que antes de su embarazo. Al darse cuenta de lo que acababa de pensar, lo apartó de su cabeza para que su maldita memoria no se interfiriera en aquel momento.

–Dios mío –dijo el casi reverentemente–. Eres preciosa.

Le tomó los pechos en las manos y le acarició los pezones con los pulgares, como a ella le gustaba, hasta que se endurecían, se ponían rígidos y ella arqueaba la espalda en una súplica silenciosa para que no se detuviera. Entonces, se inclinó hacia delante, le lamió uno y dejó escapar un gemido de placer al notar el sabor y la textura sedosa de su piel. Pasó la lengua una y otra vez alrededor del pezón hasta que ella se separó con una gruñido sordo.

–Tú –dijo ella–, también.

Levantó las manos hasta los botones de su camisa, los desabrochó torpemente y la dejó colgando sobre su torso. Tenía las manos cálidas y suaves y él se deleitaba al sentir sus dedos entre los pelos del pecho. ¡El pecho! Si le acariciaba el pecho, ella se daría cuenta de la cicatriz y no quería estropear aquel momento con preguntas.

Le tomó las muñecas y las levantó hasta que le rodeó el cuello con las manos. Ella estaba de puntillas y cada centímetro de los dos cuerpos desnudos estaba en contacto. Tenía los pechos calientes y casi duros. Él dejaba escapar unos sonidos desde lo más profundo de la garganta, la estrechó con fuerza y la besó con voracidad.

Él sabía que tenía que decirle quién era y cómo la había encontrado, sabía que no era justo engañarla de aquella manera, pero no le salían las palabras. Ella era su vida, el único motivo para respirar y levantarse por las mañanas. La deseó desde que despertó y ella estaba dentro de su cabeza y tenía que tomarla.

Sólo una vez, se prometió a sí mismo. Quizá dos veces, se corrigió inmediatamente, al pensar en la cita del viernes por la noche. ¡Él también quería tener recuerdos propios! Quería saber qué sentía ella debajo de él, quería oír los leves gemidos de satisfacción que podía provocarle. Quería mirarla a los ojos cuando entraba en ella y saber que ella estaba viéndolo.

Porque la amaba. Porque en un mundo normal, ella sería una viuda normal y él un hombre cualquiera y podrían pasar juntos el resto de sus vidas. Porque el no podría tener ese resto de sus vidas, pero tampoco iba a renunciar a su única ocasión de ser feliz sin algunos recuerdos que lo mantuvieran en pie.

Le soltó el cinturón que le sujetaban los pantalones cortos y se entretuvo introduciéndole un dedo por debajo del borde sedoso de las bragas. Lo pasó por el vientre de ella y cada vez profundizaba un poco más. Hasta que no pudo resistir más y le bajó los pantalones y las bragas con un solo movimiento. Luego la levantó para liberarla de ellos.

Su piel resplandecía en la oscuridad y él le recorrió el cuerpo con las manos. Empezó por los hombros, siguió por los pechos y bajó por el torso hasta alcanzar la delicadeza de su vientre. Luego le acarició los costados y la espalda hasta que la seductora hendidura de su trasero le invitó a

introducir un dedo por debajo. Ella emitió un grito sordo y se agitó con impaciencia. Gray se arrodilló, la acarició los muslos, la parte posterior de las rodillas y volvió a elevar las manos hasta posarlas en las caderas. Hizo una ligera presión para que ella juntara las piernas.

–Gray –dijo ella con la voz entrecortada.

–Shhh. Un momento.

Apoyó la cara sobre los delicados rizos y sopló. Ella soltó un leve grito y las caderas se le estremecieron. Él bajó la cara por los muslos y ella los separó.

No estaba seguro de poder tomárselo con la calma que quería. De rodillas y con sus muslos bien separados, estaba rígido y palpitante y la suave brisa nocturna que lo envolvía era otra sensación excitante, aunque completamente distinta. Él también se estremeció con una punzada extasiante en la espalda y se aferró a los restos de su autocontrol.

Lentamente, separó los rizos con la lengua hasta alcanzar la palpitante humedad. Sólo quería pensar en ella, en las caderas que movía contra él mientras aceleraba el ritmo y subía el tono de los sonidos de placer. Era un goce y por fin supo que ella estaba tan preparada como él para dar el siguiente paso.

Se levantó y la atrajo contra sí.

–No pares –balbuceó ella.

–No pienso –le recorrió todo el cuerpo con las manos como si nunca fuera a tener suficiente–. El embarazo no te ha cambiado la figura –susurró.

–No –confirmó ella con voz ronca–. Ya era delgada y sólo engordé siete kilos que perdí en dos meses.

Él se dio cuenta de lo que había dicho, pero también se dio cuenta de que ella lo había tomado como una pregunta.

Le acarició el vientre y el triángulo de pelo que le cubría el montículo.

–Es el momento de tumbarnos.

Los dos se arrodillaron. La tumbó sobre la hierba y él se tumbó sobre ella. Le apartó los muslos con los suyos hasta que la situación sólo tenía una conclusión posible.

Catherine estaba silenciosa y él notó que sus piernas recuperaban algo de la tensión de antes.

Con un destello de intuición, supo lo que estaba pensando: que en ese aspecto, era muy distinto a su marido.

–Tranquila. Tranquila, corazón.

Siguió hablándola hasta que notó que se disipaba la tensión de sus muslos. Entró lentamente en ella y fue avanzando poco a poco dentro del canal ardiente y deslizante. Estaba húmeda y se ceñía completamente a él. Notó que estaba temblando del esfuerzo que tenía que hacer para conservar la calma y facilitárselo a ella.

Por fin se encontró plenamente acogido.

–¿Estás bien, corazón? –le preguntó él.

–Lo estaré –contestó ella con voz trémula.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, ella clavó los talones en el suelo y apretó la pelvis contra él con un movimiento circular que lo frotaba contra su pubis. Ella explotó. Su cuerpo se aferró a él como un puño que se soltaba y volvía a cerrarse. Él perdió el control y empezó a embestirla desenfrenadamente con las caderas mientras ella gritaba y jadeaba su nombre con la espalda arqueada y el cuerpo estremecido debajo de él. Él entraba más dentro cada vez hasta alcanzar un éxtasis que le supuso una idea nueva e indescriptible de lo que era hacer el amor.

Cuando los espamos remitieron, se dio cuenta de que estaba agarrándole el trasero con una fuerza que le habría dejado marcas. Él seguramente también tendría las marcas de sus talones en la espalda.

Ella dejó caer los brazos y las piernas. Tenía el pelo como una manta blanca sobre el suelo y se preguntó si le habría deshecho él el peinado o se habría soltado solo. Se apoyó en los brazos y la miró.

–Eres la mujer más hermosa del mundo –dijo antes de darle un leve beso en los labios.

Ella dejó escapar un sonido parecido a una risa.

–Suena a halago de un hombre lleno de gratitud.

Le gustó su sentido del humor.

–Puedes estar segura. Gratitud eterna –dudó, pero no pudo resistirse–. ¿Tengo yo tu gratitud?

Ella sonrió lentamente y los dientes resplandecieron mientras se estiraba lánguidamente debajo de él que se quedó sin aliento cuando ella volvió a rodearlo con los brazos.

–Has estado maravilloso.

Las palabras podían ser tópicas, pero el tono era tan sincero que la creyó. Volvió a besarla.

–A mí me encantaría seguir aquí –dijo él–, pero supongo que tú preferirás levantarte del suelo.

–Supones bien.

Gray se levantó y extendió una mano para ayudarla. Al levantarse, ella se tambaleó con una mueca de dolor..

–Dios mío, ¿te he hecho daño? –el tono era de preocupación sincera.

–No –el tono de ella era algo burlón–. Tranquilo. No estoy acostumbrada… nunca había… –se calló y él no pudo evitar reírse de su desconcierto.

–De acuerdo. Gracias –Gray recogió la ropa, se vistió y la ayudó a hacer lo mismo–. Te acompañaré a casa.

–A lo mejor tienes que llevarme en brazos, no estoy segura de que pueda andar.

Gray sabía que era broma, pero no le importó. La tomó en brazos, a pesar de las protestas de ella, y la llevó hasta la puerta de la casa. Le dio otro beso, ella entró y él volvió a su refugio.

Por lo menos estaba completamente seguro de que había vuelto andando, porque no le habría extrañado si hubiera ido flotando o volando.

En cuanto se despertó por la mañana, Catherine supo lo que había pasado la noche anterior. Dejó escapar un suspiro e hizo un gesto de dolor cuando notó las quejas de los músculos que llevaba tanto tiempo sin ejercitar. Revivió cada momento que recordaba y sintió un cosquilleo por todo el cuerpo al acordarse de sus diestras caricias. Si Gray se portaba siempre igual, no estaba segura de que pudiera sobrevivir.

Se dio cuenta de lo que estaba pensando. ¿Había dicho siempre? Él había dicho que pensaba seguir en su vida, ¿pero podría hacerlo cuando se mudara a su casa?

Hasta entonces había conseguido no salir con él y evitar las habladurías que se producirían si la vieran acompañada de un hombre tan rico como Gray. Sin embargo, cuando él se mudara, eso sería imposible.

Tendría que ser sincera. Tendría que explicarle que tenía que pensar en su reputación por el bien de su hijo, ya que no por el suyo propio.

Se preparó un café y un plato de cereales y empezó a pensar cómo se lo diría. Le diría que le había encantado, pero que no podía salir con él. No. Le diría que había sido algo increíble, pero que aun así no podía salir con él. Que tenía que pensar en Michael y en lo que podrían afectarle las habladurías sobre ella.

Se lavó los dientes y miró el reloj. Sólo eran las ocho. Michael solía dormir hasta cerca de las nueve y oyó que Patsy ya daba vueltas en su habitación. Si él se despertaba antes de que ella volviera, su suegra lo oiría.

Iría a su casa en ese momento y lo dejaría resuelto en vez de pasarse el día preocupada por cómo acabar con aquella atracción disparatada que la corroía.

Al ir por el camino, tuvo que pararse para tomar aliento junto al roble donde habían estado la noche anterior. Sólo se notaba que la hierba estaba un poco aplastada, pero nadie se daría cuenta.

Ella sí se daba cuenta. Tragó saliva. Era madre. Un pilar de la comunidad. Tenía un empleo que se vería perjudicado si su reputación se mancillaba. No podía salir con Gray.

Recorrió el resto del camino absorta en sus pensamientos. Llamó a la puerta y notó que se ponía en tensión al oír los pasos.

Gray abrió la puerta.

–Buenos días.

Su expresión era de placer y de cierta sorpresa. Ella entró y cuando se volvió para mirarlo comprobó que sus ojos ya no reflejaban amistad sino un ardor sexual casi cegador. Sin decir nada, la apoyó contra la puerta y la besó en la boca. Introdujo la lengua como una imitación descarada de lo que había hecho la noche anterior y notaba la fuerza de sus muslos que la aprisionaban. Sólo los separaban unas capas de tela y ella habría vendido su alma por poder rodearle la cintura con las piernas y dejarse llevar al mundo desenfrenado y maravilloso que habían creado juntos.

Cuando él separó la boca repentinamente, ella seguía perdida en un torbellino sensual.

–Ah, buenos días –intentó recomponer sus ideas–. Tenemos que hablar.

–No. Nos va muy bien sin decir nada.

Sus ojos lanzaban destellos azules que la arrastraban a un mundo íntimo y silencioso. Estuvo a punto de rodearle el cuello con los brazos, pero se dio cuenta de lo que iba a hacer y los cruzó sobre el pecho.

Apartó la mirada y se hizo un silencio cargado de tensión.

–¿Es por algo que hice?

El tono de Gray era desenfadado, pero ella notaba que también era intenso, que tenía una intensidad que hacía vibrar el aire que los separaba.

Ella tragó saliva y negó con la cabeza.

–Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que estamos retrocediendo un paso gigantesco?

Ella suspiró.

–Porque tenemos que hacerlo. Yo tengo que hacerlo –efectivamente, ella dio un paso atrás–. No puedo meterme en un asunto extramatrimonial.

–Dado que no estás casada, me parece que eso no es muy exacto –lo dijo tranquila y equilibradamente–. ¿Qué te parece llamarlo una relación sexual estrictamente física, divertida y enloquecedora?

Lo miró a los ojos y el brillo burlón que se encontró hizo que sonriera.

–No me tomas en serio.

–Sí te tomo en serio –el rostro se tornó inexpresivo–. Si sólo quieres una relación sexual, yo haré todo lo posible por conformarme con eso.

Ella se rió abiertamente y notó que la tensión se había desvanecido.

–No puedo volver a tener una relación física contigo –afirmó ella–. Lo complica todo demasiado.

–Hay algunas cosas que tienen que ser complicadas.

El tono era seguro y calmado y ella tuvo la sensación de que hablaba de algo más que de su atracción mutua.

Antes de que ella pudiera alejarse más, él dio un paso, la tomó entre sus brazos y la besó en los labios.

Ella siempre se había considerado una mujer con fuerza de voluntad, pero notó que toda su decisión de esfumaba mientras él le acariciaba la espalda y bajaba las manos hasta sujetarle las muñecas. Todas sus células

cerebrales quedaron paralizadas por el beso. Además, todo era mucho más difícil porque sabía el éxtasis que podía alcanzar. Resistirse no era difícil, era imposible.

Dejó escapar un leve suspiro, le rodeó el cuello con los brazos y dejó que le separara los labios con la lengua mientras todo su cuerpo rebosaba anhelo en estado puro. Notaba su tamaño y calidez contra ella. La llevó contra la pared y se ajustó perfectamente contra ella. Le separó los muslos con una rodilla y se contoneó entre sus piernas.

Ella jadeó al sentir su erección contra el montículo palpitante. Ella no debería querer aquello; no debería necesitarlo; no debería necesitarle a él tan absolutamente. ¿Habría sido ese el verdadero motivo para que fuera allí aquella mañana?

Detestaba pensarlo, pero… pero cuando él pasó los dedos por el borde de los pantys y las bragas, ella no hizo nada para evitar que las bajara, se las quitara y las dejara a un lado. Le abrió la blusa y le sacó un pecho del sujetador para tomarlo entre los labios y lamerle el expectante pezón. Ella sintió que le flaqueaban las piernas.

–No, corazón –el aliento le acarició el lóbulo de la oreja–. Sigue de pie.

La sujetó hasta que ella reafirmó las rodillas. Su voz era un susurro ronco mientras le acariciaba los muslos y se quitaba los pantalones. Al cabo de unos segundos, se despertó del letargo sensual en el que había estado flotando y sintió la poderosa erección que buscaba su delicada abertura. Le tomó el trasero entre las enormes manos, la levantó y le ladeó las caderas para recibirlo. Él sofocó el grito de ella con su boca y empezó a embestirla con un ritmo cadencioso que la estremeció hasta lo más profundo de sus entrañas. Ella había pensado que estaría dolorida, pero la noche anterior él se había ocupado tanto de prepararla que no estaba tan sensible como había previsto.

Ella, automáticamente, le rodeó la cintura con las piernas y se dejó llevar por el movimiento. Gray volvió a besarla, cambió el ritmo y ella notó que él había perdido cualquier rastro de control. Gray inclinó la cabeza hacia atrás con los dientes apretados mientras no cesaba de entrar y salir de ella. No se oía nada excepto su respiración entrecortada, los jadeos de Catherine y el incesante choque de las carnes. Ella notó que el clímax se apoderaba de su interior cada vez con más fuerza y empezó a gritar con cada embestida.

–Déjate llevar –le dijo él con un tono gutural que no parecía suyo–. Quiero que alcances el clímax conmigo.

Él le presionó más con las caderas y ella arqueó el cuerpo y sintió que salía volando.

Gray dejó escapar un sonido indescriptible y su cuerpo se tensó mientras la empujaba contra la pared y ella se aferraba a él. Notó que él se liberaba en lo más profundo de ella y apretó más las piernas para disfrutar

de los últimos embates que anunciaban el final.

Los dos se quedaron quietos. Gray, sin separarse de ella, la llevó hasta el sofá y se tumbaron. Ella soltó un jadeó definitivo al notar que con el movimiento él había penetrado más dentro de ella. Gray tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, pero sonreía y le acarició perezosamente el trasero.

–Esta sí que es una buena forma de empezar el día –afirmó él.

Ella también sonrió y se dio cuenta de que los dos llevaban puesta casi toda la ropa.

–Me habría gustado dormir contigo la noche pasada. Quería abrazarte y no soltarte –aquellas palabras inspiraron imágenes de ternura en la mente de Catherine–. Pero después de eso, esto es lo mejor.

–Mmm –ella no quería hablar ni moverse.

Él le quitó la blusa y empezó a rascarle la espalda hasta que ella se arqueó como una gata. Le encantaba que le hicieran eso… ¿Cómo lo había sabido?

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó con un tono apagado–. Me encanta que me rasquen la espalda… después…

–Después de que me hicieras el amor –terminó él con un tono de satisfacción–. No lo sé, me ha parecido lo más apropiado para la ocasión.

–Lo era.

Una pregunta le daba vueltas en la cabeza, pero no podía separarla de la sensación de saciedad que los envolvía y se olvidó de ella.

–Catherine… –él seguía acariciándole la espalda–. Detesto sacar a colación cuestiones prosaicas, ¿pero te das cuenta de que no hemos tenido en cuenta la protección?

Ella sacudió la cabeza contra su hombro.

–No importa, estoy tomando la píldora.

–Ah.

–Después de que naciera Michael, mis períodos empezaron a ser irregulares y el médico me dijo que probara este método –ella sintió la necesidad de darle una explicación ante la lacónica reacción de Gray.

–¿No te importa que yo no me haya puesto nada?

Ella se sentó lentamente.

–¿A cuántas mujeres le has hecho esto durante los últimos dos años?

–A ninguna.

Ella se quedó atónita.

–¿A ninguna sin protección?

–No. A ninguna en absoluto.

–¿Por qué? –lo soltó sin pensárselo–. Estás soltero, estás sano y no puedes decirme que no te interesan las mujeres.

–Hacer el amor debería ser algo más que quitarte las ganas –contestó él sin perder la calma–. Nunca fui un depredador, pero después del accidente

me di cuenta de que todo, hasta lo más mínimo, es importante y debería ser muy valioso.

Ella contuvo la respiración como si esperara que él dijera algo más, pero se quedó en silencio. ¿Eso quería decir que ella significaba algo para él? No podía seguir ese razonamiento porque le daba miedo a dónde podía llevarla.

De acuerdo, había sido una estúpida al pensar que podría mantenerse alejada de sus abrazos. Nunca había tenido un asunto amoroso en su vida, pero ya lo tenía, fuera sensato o no. La cuestión era que un asunto amoroso solía ser una relación poco duradera y Gray era cada vez más importante para ella.

Tan importante que en sólo una mañana había pasado de pensar que iba a dejar de verlo a reconocerse que tenía sueños a largo plazo en los que él estaba involucrado. Sueños de anillos. Sueños de boda y más hijos.

No podía decírselo a él. Era verdad que él había hablado del futuro, pero no había dicho nada concreto.

¿Estaría él pensando lo mismo que ella? Se imaginó que la única forma de saberlo sería esperar a ver qué pasaba.

Capítulo Ocho

–Quédate un rato –la levantó de su regazo con una facilidad que a ella la emocionó íntimamente.

Él se arregló un poco la ropa y fue a la puerta.

–No puedo –dijo ella mientras se estiraba la falda y sintiéndose inmoral al notar el aire en la piel desnuda–. Michael se despertará pronto.

Él asintió con la cabeza.

–De acuerdo. Te acompañaré a casa.

–No –dijo ella con cansancio–. No hace falta.

Patsy podía estar en la cocina y si los veía llegar juntos… ataría cabos. Su ropa interior era un montón arrugado y decidió ponerse sólo las bragas y dejar las piernas desnudas.

Gray la observaba con el ceño fruncido.

–¿Estás avergonzada de lo que ha pasado? ¿De nosotros?

Ella se quedó paralizada.

–No es que esté avergonzada exactamente, sólo estoy… incómoda. No estoy acostumbrada a ocultarme, pero tampoco estoy preparada para que Patsy sepa que estamos liados.

–¿Liados? –Gray se rió–. Catherine… Patsy no es ciega. Seguramente, anoche no bajó intencionadamente.

Ella lo miró fijamente.

–¿Lo dices en serio?

Gray la abrazó y le acarició la espalda.

–Estoy seguro. Es posible que Patsy sea mayor, pero no creo que se haya olvidado de lo que es estar… interesado en alguien.

Ella gruñó y apoyó la cara en el pecho de él.

–Estoy abochornada. ¿Qué pensará?

–Que eres una mujer joven que no debería pasar sola el resto de su vida; que se alegra de que seas feliz; que eres afortunada de tener un semental atractivo y viril como yo.

Ella levantó la cabeza sin poder contener la risa y fue a darle un puñetazo en el pecho.

–En serio…

Gray le sujetó el puño antes de que lo alcanzara.

–Algunas cosas las digo en serio –se le oscureció la mirada–. Digo en serio que eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida.

Ella sonrió.
–A lo mejor eres parcial.
–A lo mejor.
Él sonrió con un brillo en los ojos azules y se puso a cantar una canción que hablaba de la belleza de una mujer.
Catherine sintió un escalofrío en todo el cuerpo. A Mike le encantaba aquella canción y la cantaba a menudo. Ella todavía tenía el CD por algún lado, pero no lo había puesto desde su muerte.
Gray se quedó callado y la miró.
–¿Qué pasa?
–Yo… Mike cantaba esa canción todo el rato –estaba demasiado impresionada como para disimular.
Los ojos de Gray perdieron la expresión y su gesto se tornó serio.
–Lo siento –dijo con un tono seco mientras apartaba las manos.
–No… me ha sorprendido. La verdad, haces y dices muchas cosas que me recuerdan a él.
Él arqueó las cejas.
–¿Quieres decir que estás conmigo porque te recuerdo a él?
Ella habría jurado que su voz sonaba algo ofendida, aunque su cara era inexpresiva y su actitud era la de un hombre al que no le importaba la respuesta.
–Claro que no. Eso es una tontería.
–¿Lo es? ¿Qué tiene de tonto que espere que la mujer que empiezo a querer no esté conmigo sólo porque le resulto conocido?
El rostro le fue cambiando a medida que hablaba y se hizo todavía más distante. Ella se dio cuenta de que se había arrepentido de lo que había dicho.
–Es una tontería porque no es verdad –dijo ella tranquilamente sin apartar la mirada de su cara–. Es una tontería porque la mujer que empiezas a querer cree que también empieza a quererte y eso la asusta.
Sus ojos se suavizaron.
–¿De verdad? –volvió a abrazarla y le besó la frente antes de apartarse un poco para mirarla–. Lo siento si he exagerado. Me siento en desventaja, como si tuviera un rival con el que nunca podré competir.
–No tienes un rival –Catherine tomó aire–. A veces parece que me conoces demasiado bien para el poco tiempo que llevamos juntos. Mike… Mike me amaba, pero nunca me entendió realmente; mis esperanzas, mis sueños… Quería tenerme en una torre de marfil, como había estado su madre toda su vida. Nunca entendió que para mí fuese importante participar en lo que pasaba alrededor, ser diferente –sonrió forzadamente–. Habríamos tenido una discusión por mi trabajo. Él lo habría detestado.
–Pero a ti te gusta.
–Sí.

Le parecía una traición, pero era verdad. Mike no había llegado a saber lo que había debajo de su superficie. Le habría gustado que fuera a todos los actos sociales como su madre, que se prestara voluntaria para obras que no fueran ni demasiado sucias ni exigentes, que fuera una madre a tiempo completo y satisfecha de educar a sus hijos… Las dos primeras cosas le habrían espantado. La tercera… Adoraba ser madre, pero también adoraba el reto que suponía su trabajo y se habría sentido incompleta si no hiciera algo parecido. Gray lo entendía. Como la entendía en otros aspectos. A veces parecía como si supiera lo que estaba pensando ella antes de que abriera la boca.

–Te conozco sólo desde hace unas semanas –dijo ella con la voz vacilante a pesar del esfuerzo que estaba haciendo por no perder la calma– y ya puedo imaginarte como parte de mi vida… durante mucho tiempo. Todo lo que descubro de ti hace que me gustes cada vez más.

–Muy bien, entonces…

Ella le tapó la boca con la mano.

–Pero tengo que pensar en Michael. No puedo cometer errores que puedan afectarlo. Tenemos que ir despacio. ¿Lo entiendes?

Él asintió con la cabeza y ella notó que le estaba dando un beso en la palma de la mano. Él le apartó la mano, pero no la soltó.

–Gracias por tu sinceridad –el pecho le subía y bajaba–. Hay algo que yo también quiero decirte.

–¿No podrías decírmelo más tarde? –le espantaba dejarle con la palabra en la boca cuando la miraba con unos ojos tan azules y sinceros–. De verdad, tengo que volver a casa.

–Claro –le soltó la mano–. Te acompañaré un poco. Te prometo que no permitiré que Patsy me vea.

Tres días después, Gray se dirigía hacia la casa y se dijo que era un cobarde. Se preguntó si Catherine se habría dado cuenta del alivio que sintió cuando le pidió que pospusiera lo que tenía que decirle. Aun así… estuvo a punto de decírselo. Quería hacerlo, pero ¿estaría ella preparada para oírlo?

Claro que no lo estaba .¿Cómo iba a haber alguien que estuviera preparado para oír semejante cosa? Ella había dicho que estaba empezando a quererlo y él sólo podía rezar para que esos sentimientos hicieran que ella lo perdonara por haberla engañado, que le permitieran aceptar que Mike era parte de él y lo sería siempre.

Intentó no pensar en hasta qué punto Mike era parte de él. ¿Cómo podría decírselo? Ella pensaría que estaba loco. Naturalmente, eso dependía de que alguna vez tuviera la oportunidad de hablarlo con ella. Él había estado esperando poder pasar un rato sin interrupciones, pero eso

parecía un bien muy escaso en la casa de los Thorne.

Había cenado allí dos noches antes, pero Michael había tenido un poco de fiebre y ella no había querido dejarlo solo. Además, esa semana ella había trabajado horas extra porque estaba preparando una recaudación de fondos y quería supervisarla.

Esa noche tenía pensado pedirle que fueran a cenar fuera de la casa. A ser posible, el día siguiente o el otro. Era la única forma de estar seguro de que tendrían tiempo para hablar. Tiempo que iban a necesitar cuando le dijera lo del transplante de corazón.

Llamó a la puerta y abrió ella, pero Patsy y Michael estaban justo detrás y se conformó con darle la mano.

La cena fue muy agradable y luego ayudó con el baño del niño. Esa vez participó del chapoteo y fue él quien se empapó la camisa. Miró a Catherine por encima de la cabeza del niño y comprobó en sus ojos que estaba acordándose de lo que pasó la primera vez.

Se quedó en silencio mientras ella acostaba a Michael y luego salió al pasillo con ella. La deseaba. Ella fue hacia las escaleras, pero la agarró de la mano y la atrajo hacia sí sujetándole las manos a la espalda con una de las suyas. La posición hacía que ella se arqueara contra él y chilló por la sorpresa cuando la besó con ansia y le acarició las caderas y un pecho con la mano libre.

–Te deseo –le dijo casi sin apartar la boca–. Vente a casa conmigo esta noche. Duerme en mi cama. Despierta en mis brazos.

–No… puedo –dijo ella con un hilo de voz.

Él sabía que no podía. No esperaba que dejara una noche solo a Michael, aunque Patsy estuviera cerca.

–Iré un rato –susurró ella.

Gray quería que lo hiciera, pero también quería que no lo hiciera. Detestaba tener que comportarse como amantes furtivos.

Luego, apenas recordó cómo habían llegado hasta su casa. La llevó a oscuras hasta el dormitorio y, sin encender la luz, le quitó la ropa y se quitó la suya. Pronto le contaría lo del transplante, pero esa noche… tenía que guardarla en la memoria.

La cama era grande y suave y la luna resplandecía tenuemente en la oscuridad. Gray se dio cuenta de que le temblaban las manos mientras la tumbaba en la cama y la abrazó para besarla con toda su alma. Catherine respondió de la misma manera, estrechó su cuerpo desnudo contra él y le pasó las manos por el pelo.

Gray no pudo esperar más. Se tumbó de espaldas y la puso a horcajadas sobre él. No pudo reprimir un gruñido de placer al sentir las piernas en sus costados y su húmedo y delicado montículo sobre su turgente erección.

–Tómame –le apremió–. Tómame ahora, corazón.

Catherine se levantó un poco con las rodillas, inclinó ligeramente hacia

delante, le acarició el pecho con sus pechos y lo besó en la boca. En ese mismo instante, él notó que se encontraba perfectamente colocado ante su hendidura y antes de que pudiera moverse, ella se dejó caer con un movimiento preciso y lo envolvió con su canal ceñido y deslizante.

Estuvo a punto de caerse por la intensidad de la sensación y tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse quieto mientras ella se movía encima de él. Ella fue a apoyarle las manos en el pecho y Gray reaccionó a tiempo para agarrarlas y entrelazar los dedos. Sus rasgos se iluminaban por el placer que sentía. Al observarla en la penumbra y al saber que estaba complaciéndola, Gray notó que perdía el control.

La tomó de las caderas, la mantuvo bien abajo y empezó a embestirla con un ritmo desbocado que lo llevó hasta el límite en cuestión segundos. Notó que ella empezaba a deshacerse y dar sacudidas, que sus músculos más íntimos lo exprimían con los inconfundibles espamos de la satisfacción. Gray no pudo evitar un grito extasiado.

Se quedaron tumbados. Ella estaba abrazada por un brazo de Gray, tenía una pierna cruzada sobre las de él y la mano, en la de Gray, apoyada en su pecho. Él se sentía aturdido por el placer, pero se recuperó al acordarse de lo que tenía que hacer. Pronto tendría que decírselo. No podían hacer el amor siempre a oscuras o medio vestidos.

Hacer el amor… Le resultaba tan fácil reconocerlo. La amaba. Seguramente la amaba desde que la vio por primera vez en el baile, seguramente, desde que el corazón de Mike Thorne empezó a latir en su pecho.

Sin embargo, todo daba igual. Lo que importaba era lo que hiciera con el futuro que le habían asignado.

–Vayamos a cenar mañana por la noche –dijo impulsivamente.

Compraría un anillo y le pediría que se casara con él. Todo lo demás se arreglaría solo.

Sin embargo, se dio cuenta de que ella no había contestado y se había puesto rígida. Se apoyó en un codo e intentó descifrar su expresión, pero estaba demasiado oscuro.

–Catherine…

–¿Por qué no cenamos aquí tranquilamente?

Gray se quedó atónito.

–¿Por qué? Me gustaría ir fuera contigo y que otros se ocupen de nosotros –bajó la voz–. Me gustaría tenerte para mí solo durante unas horas.

–Yo… –ella dudó y él sintió que la intranquilidad le brotaba en el interior–. Yo preferiría no ir a ningún lado. Podemos estar solos aquí.

–No quieres que te vean conmigo en público, ¿verdad?

–No es eso…

–Entonces, sal a cenar conmigo.

Era un desafío y ella se mantuvo en silencio.

–No lo entiendo –dijo él–. Aseguras que no es para que no te vean conmigo, pero has hecho todo lo que has podido para no ir a ningún sitio donde pudieran vernos –intentó que no se le notara la furia–. Ya sé que no soy de sangre azul, pero creía que me querías.

–¡Te quiero! –exclamó Catherine–, pero la gente dijo cosas espantosas de mí cuando me casé con Mike y no lo soportaría si volvieran a hacer lo mismo.

–¿Qué cosas espantosas? –seguía sin entenderlo.

–Que yo era una cazafortunas –dijo amargamente–. Que me casé con él por su dinero; que había hecho todo tipo de inmoralidades por casarme con él. Si entonces dijeron todo eso, imagínate lo que disfrutarían si se enteran…

Se detuvo bruscamente.

–Si se enteran ¿de qué? –estaba seguro de que eso era la clave.

–De que estamos casi en la ruina –respondió pesarosamente.

Nunca se habría esperado esa respuesta.

–¿Tenéis… problemas económicos?

–Mike tuvo problemas –respondió ella con cierta ira en el tono–. Yo no tengo dinero, sólo los problemas que él me dejó.

Gray lo comprendió claramente. Los cupones, el trabajo, la venta del caballo de Mike, todo el trabajo que ella hacía en la casa y el jardín…

–¿Qué le pasó? –le preguntó ásperamente.

Su padre había sido un jugador que le había hecho pasar momentos espantosos en su infancia. Notó que le dominaba la ira. ¿Cómo pudo Mike hacerle algo parecido?

–No fue culpa suya –le defendió Catherine–. Ya sabes la crisis económica que hubo. No sé qué pasó exactamente, pero hizo algunas malas inversiones. Sólo sé que cuando murió no tenía casi nada. Había perdido hasta el seguro de vida.

Estaba demasiado impresionado como para hablar.

–No puedes decírselo a Patsy –le dijo ella inmediatamente–. Por favor. Ella no sabe realmente lo grave que es. He intentado que comprenda que tenemos que tener cuidado con los gastos, pero…

–No se ha esforzado mucho –Gray terminó la frase solemnemente al acordarse de las invitaciones a cenar de Patsy.

Por lo menos eso justificaba las caras de espanto que ponía Catherine. Debía de estar calculando mentalmente cuánto costaba alimentar a alguien de su tamaño.

–No puede evitarlo –la excusó Catherine. Lo cual molestó a Gray–. Nunca ha tenido que preocuparse por el dinero. Le cuesta comprender la gravedad del asunto.

–Tendrá que hacerlo –dijo inflexiblemente Gray–. Tú estás haciendo

muchísimo, pero no sirve de nada si ella no se da cuenta de que también tiene que hacer sacrificios.

–Ni se te ocurra decirle algo. Es mi familia y haré lo que me parezca mejor.

–Aunque acabe contigo –dijo él con tono mordaz.

Ella se puso en tensión y se apartó de él, se levantó de la cama y buscó la ropa. Gray dejó que la buscara y se cerró la camisa, consciente, como siempre, de la cicatriz que le cruzaba el pecho. Se puso los pantalones y encendió la lámpara de la mesilla.

Catherine parpadeó, pero no dejó de moverse ni un instante.

–Me vuelvo a casa –dijo con una voz distante e implacable.

–Catherine… Tenemos que hablar de esto.

–No hay nada de qué hablar.

–Claro que lo hay –sintió un regusto amargo en la garganta–. Quieres acostarte conmigo, pero no estás dispuesta a que te vean conmigo porque alguien puede pensar mal. ¡Es un disparate!

La cara de Catherine perdió toda expresión.

–No lo es. Tengo que proteger a mi hijo.

–A tu hijo no le importa nada lo que piensen los demás –le replicó con indignación– y cuando tenga edad para que le importe, nadie lo recordará ni le importará.

–Es posible que dentro de unos años haya conseguido una situación económica que me permita no tener la sensación de que me aprovecho de tu dinero.

–Realmente se trata de eso, ¿verdad? –estaba furioso–. Es tu percepción de lo que puede pensar la gente. Lo que tú sientes. Dios mío. ¿Realmente te has planteado esperar años para casarte conmigo por un motivo tan ridículo como ese?

La cara de Catherine, que ya parecía de porcelana, perdió el poco color que le quedaba.

–¿Casarme? –susurró.

–¿Qué creías que estaba ofreciéndote? –le preguntó con un tono cortante–. ¿Un acuerdo sexual a largo plazo? No, gracias –la rodeó y abrió la puerta de dormitorio–. Te acompañaré a casa.

No hablaron en tres días. Catherine se arrodilló para plantar algunas flores que dieran un poco de color.

Michael jugaba al balón a unos metros de ella. Él ya la había mirado algunas veces y le había preguntado por Mac.

Ella había sentido un dardo en el corazón con cada pregunta.

Gray quería casarse con ella.

Los ojos se le empañaban de lágrimas cada vez que se acordaba de la

discusión que había tenido con él.

Él quería casarse con ella. Al menos quería hacerlo hasta que se dio cuenta de lo obsesionada que estaba con su problema económico. El cual, una vez que lo hubo pensado, tampoco era tan grave como había creído. Como había decidido creer, se dijo furiosa por su estrechez de miras.

Sobre todo si tenía en cuenta que podía haber acabado con la posibilidad de ser feliz para siempre con él. Él…

–¡Michael! –el grito de Gray sonó muy distante–. ¡No!

Catherine se giró al darse cuenta de que se había abstraído durante demasiado tiempo. Michael estaba al fondo del jardín en el borde de la piscina abandonada. La piscina que no había llenado ese verano porque era demasiado caro mantenerla. La piscina que, comprobó con horror, se veía claramente a través de la verja que tenía la puerta abierta de par en par. ¿Se la había dejado abierta cuando quitó las hojas el día anterior? No estaba segura, pero se temía que podía haberlo hecho.

Se levantó mientras Gray se acercaba desde la casa corriendo a toda velocidad. Sin embargo, fue demasiado tarde. Su hijo dio un torpe paso adelante y cayó con un grito que inmediatamente se convirtió en un silencio aterrador.

–¡Mi…cha…el!

Catherine no sabía que podía gritar tan fuerte.

Gray llegó a la piscina antes que ella y se asomó al borde. Se incorporó al instante.

–Llama a urgencias –le ordenó a Catherine.

–¿Respira? –ella se quedó clavada en el suelo debatiéndose entre ir hasta donde estaba su hijo y la necesidad de buscar ayuda médica.

–¡Deprisa!

La voz fue como un latigazo y ella volvió corriendo hacia la casa.

–¡Patsy! –gritó al entrar.

Su suegra apareció justo cuando se puso en contacto con las urgencias. Vio que la cara de Patsy se demudaba de color cuando comprendió lo que había pasado. Después de transmitir la información inicial, dio el teléfono a Patsy y volvió a correr hacia la puerta después de haber agarrado dos toallas de baño por el camino.

–Quieren que haya alguien al teléfono. No puedes alejarte mucho o la llamada se cortará.

Volvió a la piscina y bajó por el lado menos profundo. Afortunadamente había caído un metro en vez de cuatro. Gray estaba de rodillas con la muñeca del niño en la mano. Michael estaba aterradoramente quieto. Tenía sangre debajo de la cabeza y ella reprimió un grito al verla.

–No lo muevas –le dijo Gray firmemente al ver que ella iba a tomarlo en brazos.

Ella lo tapó con las toallas a pesar del calor que hacía.

El tiempo pasaba con una lentitud desesperante. Michael respiraba, pero no daba señales de tener conciencia.

–Vamos, amiguito, despierta –dijo Gray.

Una ambulancia llegó al cabo de lo que serían unos minutos, pero les parecieron horas. Patsy también se acercaba corriendo.

Los médicos mantenían la calma y transmitían datos a una central con eficiencia mientras inmovilizaban el cuello del niño y le tomaban las constantes vitales. Sacaron una camilla y, con mucho cuidado, pusieron al niño en ella. Gray se sujetó la cabeza con una expresión de desesperación como la que suponía que tendría ella.

Catherine vio a Aline en el camino mientras se montaba en la ambulancia y salían hacia el hospital entre los aullidos de la sirena. Patsy ya estaba en el coche y Gray agarró las llaves que le dio Aline justo antes de sentarse en el asiento del conductor.

Estaban bajando a Michael de la ambulancia cuando Gray y Patsy llegaron corriendo. Una enfermera les cortó el paso cuando quisieron entrar.

–Sólo los familiares –dijo ella–. Hay una sala de espera allí –señaló una pequeña habitación.

Catherine notó que Gray dudó y ella lo miró.

–Te necesito –le dijo sin importarle lo que podía parecer ni lo que él pensara.

–Yo esperaré –dijo Patsy.

Siguieron a la enfermera. Cuando ella separó una cortina, el médico estaba dando unos puntos en la cabeza de Michael. Había sangre por todos lados y Catherine se puso la mano en la boca para contener un grito.

–Tenía que haberlo vigilado con más atención –dijo con la voz quebrada–. Estaba distraída y…

–Ha sido un accidente –dijo Gray con calma–. Este diablillo es muy rápido y muy listo. Seguro que esperó hasta que no estuvieras mirando. Tiene una cabeza muy dura. Seguro que no le pasa nada.

Las palabras casi hicieron pedazos el dominio de sí misma que estaba manteniendo.

–Mike hablaba siempre de tener unos hijos con la cabeza muy dura –le dijo intentando esbozar una sonrisa.

Gray se puso serio y a Catherine le dio la impresión de que siempre se molestaba cuando hablaba de Mike.

–A ver qué dice el médico –replicó él inexpresivamente.

La llevó al costado desde donde podía consolar a su hijo y el niño se tranquilizó en cuanto vio a su madre.

–Le hemos puesto anestesia –les explicó el médico mientras cosía la brecha–. Va a tener un buen chichón. Cuando termine, lo llevaremos arriba

para que le hagan unas radiografías y un escáner de la cabeza.

–¿Cree que está conmocionado o se ha fracturado el cráneo? –le preguntó Gray.

–No hay señales de que haya tenido más lesiones –les tranquilizó el médico–, pero conviene tomar precauciones.

Gray hizo algunas preguntas más que ella sólo escuchó parcialmente porque estaba concentrada en consolar a su hijo. Le dejaron que se quedara con él mientras le hacían las pruebas y Gray bajó a la sala de espera para tranquilizar a Patsy.

Seis horas más tarde, dieron el alta a Michael al comprobar que no había más daños. Gray los llevó a casa y entró con Michael en brazos. Catherine notó que se emocionaba cuando le dio un beso en la frente a su hijo.

–Dentro de unos días jugaremos al balón. Te lo prometo.

Ella lo siguió al pasillo.

–Gracias. Estará deseando hacerlo.

Gray se quedó en lo alto de la escalera y se volvió hacia ella. Su mirada reflejaba pena.

–Voy a mudarme. Vendré a jugar al balón con Michael, pero esta semana dejaré la casa de invitados. Por favor, dale las gracias a Patsy.

–Pero… ¿Ya tienes la casa? –no se lo había esperado.

–No –sacudió la cabeza–. He alquilado una.

–¿Por mí? –le preguntó sinceramente–. Gray, no hace falta que te vayas. Yo…

Él ya estaba bajando las escaleras.

–Yo no puedo. ¿No puedes dejarlo como está?

No, se dijo ella. No podía. No cuando se trataba de su futuro y del de él. Él había dicho que quería casarse con ella. No podía olvidarse de los sentimientos que eso suponía, ¿o sí?

Capítulo Nueve

No pudo salir hasta la mañana siguiente, cuando Patsy fue a hablar con ella.

–¿Le has dado las gracias a Gray? –le preguntó su suegra.

Catherine negó con la cabeza.

–No y tengo que hacerlo.

–¿Por qué no vas ahora? –señaló a Michael que estaba tumbado en el sofá viendo un vídeo de dibujos animados–. Está bien y te prometo que no voy a quitarle la vista de encima.

–Sé que lo harás –sin embargó dudó y sonrió forzadamente–. Racionalmente, sé que está bien, pero eso no tranquiliza a mi parte irracional.

Patsy sonrió.

–Lo entiendo. Su padre se cayó de un árbol cuando tenía nueve años. Le dieron quince puntos. Me costó mucho volver a dejarlo solo.

–De acuerdo –curiosamente, la historia, que no había oído en su vida, lo tranquilizó–. Saldré un momento.

Salió por la puerta de la cocina y recorrió el sendero hasta la casa de invitados. Era un día de verano precioso y vio que Gray tenía las ventanas de la sala abiertas. Las cortinas blancas flameaban perezosamente con la ligera brisa. Pasó junto a ellas y miró dentro, se paró y volvió a mirar.

Gray estaba profundamente dormido en el sofá. Estaba tumbado de espaldas y tenía el pecho desnudo. Tenía la camiseta agarrada con una mano y apretada contra el pecho como si hubiera tenido calor y se la hubiera quitado hacía unos instantes. Tenía la cara vuelta hacia ella y sintió que el corazón le daba un vuelco al ver aquellos rasgos adorados. Pensó que lo amaba.

Notó como un destello y comprendió que ya no tenía por qué decirlo en silencio. Él le había dicho que quería casarse con ella, le había disipado sus estúpidas preocupaciones por el dinero y tenía razón. Lo importante era su vida juntos. ¿Qué más daba lo que pensaran o dijeran los demás?

Ella lo había ofendido profundamente y lo sabía. Sólo podía enmendarlo y rezar para que la quisiera lo suficiente como para perdonarla. Fue hasta la puerta y esta se abrió cuando fue a llamar. Se acercó a él silenciosamente y se arrodilló a su lado. Tenía la camiseta sobre el torso, pero podía ver el musculoso abdomen y le pasó un dedo justo por

encima del pantalón. Los músculos se contrajeron y ella sonrió. Repitió el gesto y jugueteó con los pelos que se escondían debajo de los vaqueros.

Se inclinó y le dio un beso en el brazo que tenía cruzado sobre el pecho, apoyó la barbilla y esperó a que abriera los ojazos azules.

–Lo siento –dijo ella–. Por lo del otro día. Por… todo.

Él no dijo nada. Tenía la mirada fija en su cara. Por fin, cuando ella iba a balbucear algo más, él habló.

–Te creo.

¿Eso era todo? La pequeña burbuja de esperanza que había crecido en su interior se desinfló. Pero tenía que seguir intentándolo. Tragó saliva.

–Gray, te quiero. Si sigues queriendo casarte conmigo, me sentiré la mujer más afortunada del mundo.

Él empezó a esbozar lentamente una sonrisa y sus párpados se arrugaron.

–Claro que sigo queriéndote –la tranquilizó él–. Nada me gustaría más.

A ella se le aceleró el pulso. Quiso besarlo, pero se contuvo porque sabía que tenían que aclarar muchas cosas.

–Yo no quería –dijo ella lentamente– que tú llegaras a pensar que me casaba contigo por tener seguridad económica.

–Créeme –dijo él–, nunca he pensado que me necesitaras por un motivo económico. Además, ahora que sé la verdad de lo que pasó después de la muerte de Mike, estoy seguro de que no me necesitas. Has evitado la ruina gracias a que has sido muy cuidadosa –resopló–. Yo no tengo ninguna objeción a que mi mujer trabaje.

–Mike sí. Tuvimos algunas discusiones horribles porque yo quería trabajar –se puso seria al recordarlo–. Tengo la sensación de traicionarlo al decirlo. Yo amaba a mi marido, pero él estaba muy satisfecho de que yo fuera una ama de casa que sólo se dedicaba a acontecimientos sociales y obras de caridad –hizo una mueca–. Es muy fácil llevar una casa cuando tienes una ama de llaves, una doncella y un jardinero. Me estaba volviendo loca para adaptarme a mi papel –extendió las manos–. Para Mike, Patsy era el ejemplo a seguir. Yo soy muy distinta a Patsy. No soy mejor, sólo soy distinta. Yo necesito superarme.

–Quizá él también tuviera una visión un poco limitada de su madre –replicó Gray pausadamente–. Patsy también pintaba para superarse. Seguramente fuera su vía de escape.

Ella nunca se lo había planteado así y se quedó pensativa.

–A lo mejor tienes razón. Aun así, muchas veces me pregunto dónde estaríamos si Mike siguiera vivo. Antes o después, tendría que haberme hablado de nuestra situación económica.

–Estoy seguro de que lo habría hecho –Gray la miró a los ojos–. He estado pensando en lo que pasó y no creo que él quisiera engañarte. Creo que sólo intentaba protegerte. Él sabía lo que habías sufrido con tu padre y

no quería preocuparte. Estoy seguro de que él creía que había tiempo para que las cosas volvieran a su cauce. Nadie espera que todo termine cuando tiene treinta años.

–Podrías tener razón.

Ella pensó que la tenía y eso hizo que se sintiera menos traicionada por Mike.

–Claro que la tengo –sonrió al ver que ella entrecerraba los ojos y le pasaba los dedos por las costillas–. ¡Eh! Si quieres, yo te digo por dónde jugar con los dedos.

Ella se rió, él le agarró la mano y se la puso en el abdomen.

–¿Qué te parece ahí?

Ella sonrió, le soltó el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera.

–Muy bien .¿Y aquí?

Él sólo emitió un gruñido.

A ella se le entrecortó la respiración mientras introducía los dedos por debajo del elástico de los calzoncillos y lo tomaba con la mano.

Gray soltó un sonido indescifrable.

–Es maravilloso, corazón.

Gray se movió ansiosamente y se le cayó la camiseta que tenía sobre el pecho.

Ella vio la cicatriz. Era grande. Estaba bien cerrada, pero se notaba que también era reciente.

–Dios mío –exclamó ella mientras le pasaba la mano por toda su extensión–. Gray, no sabía…

Enmudeció al ver la cara de Gray y lo supo. Lo supo.

Gray se incorporó bruscamente, se abrochó el pantalón y se puso la camiseta.

–Catherine…

–Tienes el corazón de Mike, ¿verdad?

El tono era áspero y de incredulidad, pero las palabras exigían una respuesta.

–Sí –la expresión era todo un tratado de culpabilidad y ansiedad–. Iba a decírtelo.

–¿Cuándo? ¿Después de la boda? –esa vez, el tono rozaba el histerismo.

–No era mi intención…

–Ya sabías quién era yo cuando te presentaste, ¿verdad?

Él dudó.

–¿Verdad? –insistió ella apremiantemente.

–Sí.

–¿Cómo me encontraste?

–Sabía que mi donante era un hombre joven de Baltimore. La necrológica de Mike era la única que encajaba por la fecha –tomó aire–. Ya estabas en mi cabeza antes de que te conociera. Tu cara, tu voz… cuando

te vi, supe perfectamente quién eras.

–Imposible.

Ella se apartó, pero no se levantó porque creía que las piernas no la sostendrían.

Gray se rió, pero fue una risa forzada.

–¿No me crees?

–Estás mintiendo –aseguró ella con furia–. Alguien te dijo quién era yo. ¿Lo sabe Patsy o también la has engañado a ella?

–Claro que no lo sabe –parecía sinceramente conmocionado. Suspiró y alargó una mano–. Catherine…

–No me toques –Catherine castañeaba los dientes e intentaba asimilar la espantosa verdad–. No me toques nunca más –consiguió ponerse de pie y fue hasta la puerta–. No me importa si tu casa está terminada o no, quiero que te vayas de aquí. Hoy.

–No –replicó él–. No hasta que me hayas escuchado.

–¡Lárgate! –fue un grito que no pudo controlar–. Llamaré al hospital. Llamaré a la policía y les diré que estás acosándome.

Fue hasta la puerta dando traspiés y sin poder ver por las lágrimas que le rebosaban los ojos.

–Te quiero –dijo él–. Eso no puedes evitarlo.

–No sabes lo que es al amor –dijo ella amargamente–. Sólo quieres la familia de Mike, la vida de Mike y la mujer de Mike.

Gray vaciló, pero no apartó los ojos de Catherine.

–Te quiero a ti, Catherine. No sólo ahora, sino para siempre.

Ella sacudió la cabeza y abrió la puerta.

–Jamás.

Fue corriendo hasta su casa y entró en la cocina. Patsy estaba preparándose una taza de té.

Su suegra se volvió.

–Michael sigue dormido… ¿Qué te pasa, cariño?

Tenía una expresión asustada.

¡No podía decírselo! Sin embargo, se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que tendría que hacerlo.

–Me he enterado de algo que no sabía de Gray.

Hizo un esfuerzo enorme para que no se le quebrara la voz y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

–Patsy…

–¿Qué…? –la tomó de las manos.

–Hace unos años le hicieron un transplante de corazón. Gray tiene el corazón de Mike.

Patsy no reaccionó y Catherine se preguntó si se habría enterado de lo que había dicho, pero, súbitamente, la cara de Patsy se iluminó con un resplandor que Catherine no había visto nunca, ni siquiera cuando nació

Michael.

–Señor… –susurró–. Gracias –apretó las manos de Catherine con tanta fuerza que la hizo daño–. ¡Es maravilloso! Siempre había deseado con toda mi alma conocer a la persona que tenía el corazón de Mike y resulta ser Gray… –se detuvo bruscamente y abrió los ojos como platos–. No nos conoció por casualidad, ¿verdad? –preguntó más defraudada.

Catherine negó con la cabeza incapaz de articular palabra alguna.

–Cariño… Estoy segura de que tiene algún motivo de peso –dijo Patsy–. Aun así, es como si hubiera traicionado tu confianza intencionadamente.

–Lo ha hecho –afirmó Catherine implacablemente–. Ha mentido por omisión.

Como lo había hecho Mike al no contarle la verdad sobre su situación económica.

–Pero… –Patsy no pudo seguir al ver la desolación en el rostro de Catherine–. Dale un poco de tiempo –le propuso–. No hagas nada irreflexivamente.

–No voy a hacer nada en absoluto.

Catherine se dio la vuelta y salió de la cocina intentando sofocar unos sollozos que sabía que brotarían en cualquier momento.

No sabía si quería no volver a verlo jamás o darle un tortazo por haberla engañado. Le impresionó el mero hecho de que estuviera tan furiosa como para querer pegar a alguien; no era una persona violenta. No quería pensar en ello esa mañana, pero incluso lo había soñado. Se despertó con la mandíbula dolorida de apretar los dientes.

«Ya estabas en mi cabeza antes de que te conociera».

Estaba segura de que Gray quería decir exactamente eso y se acordó de la docena de situaciones sin importancia en las que se sintió desasosegada porque parecía que él podía leer sus pensamientos.

–¿Cómo es posible? –se preguntó con un hilo de voz.

Quería que no hubiera pasado nada de aquello; no quería volver a ver esa expresión de miedo y remordimiento en su cara; no quería volver a preguntarse si lo que él decía era verdad. Quería volver a aquellos momentos de felicidad previos a que se le cayera la camiseta.

Pero no podía.

Sabía que Patsy había ido a verlo, aunque no habían hablado de ello. Su suegra transmitía un ligero aire de felicidad que no podía disimular aunque intentaba reprimirlo cuando estaba con ella.

Él no se había marchado.

Era demasiado orgullosa como para preguntarle algo a Patsy. Habían pasado ocho días desde que se enteró de la verdad, pero había visto que entraba y salía con su coche y que había luces en la casa. Le había dicho

que se fuera. Después de lo que había hecho, podría tener la dignidad de obedecerla.

¿Qué había hecho él que fuera tan espantoso? –le preguntaba una vocecilla en su interior–. Tenía el corazón de su marido, pero tampoco tenía alternativa. Además, si lo que decía de los recuerdos era verdad, difícilmente se habría resistido a mirar a una mujer como ella. Él decía que la quería, que quería casarse con ella, ¿qué tenía eso de malo?

No era tan fácil, se rebatió con furia. ¿Cómo sabía que decía la verdad? ¿Cómo sabía que no había estado haciendo preguntas por ahí y había recopilado un montón de información personal?

No lo sabía.

Sin embargo, ese miércoles, cuando entró en el garaje, tuvo la ocasión de saberlo.

Aparcó en la plaza central, pero cuando se bajó, la luz que entraba por la puerta abierta se oscureció. Se volvió pensando que sería Patsy o Aline, pero la sombra era mucho más grande.

–Catherine…

Ella se quedó parada sin ganas de acercarse.

–Me imagino que querrás hacerme algunas preguntas –lo decía con una voz neutra y calmada.

–¿Por qué no te has ido? –le preguntó agresivamente–. Te dije que te fueras.

–No lo haré hasta que hablemos de esto –el tono era inflexible–. Te propongo un trato. Si aceptas hablarlo conmigo, luego yo me marcharé.

–No estás en condiciones de negociar.

–Lo estoy si quieres librarte de mí.

–De acuerdo –la ira la dominaba con la misma fuerza y amargura del primer día–. Habla.

–Aquí, no.

Se dio la vuelta y se detuvo en un mirador que había al lado.

Ella lo siguió y se sentó en uno de los bancos de piedra. A pesar de todos los sentimientos que le bullían por dentro, Catherine percibió la belleza serena del sombrío lugar.

–¿Qué quieres saber? –él apoyó un pie en el banco y el codo en la rodilla doblada.

–Nada –ella esperaba que tuviera la cara igual de inexpresiva que la voz.

¿Por qué tuviste que hacerte un transplante? ¿Cuándo te diste cuenta de que recordabas cosas? ¿Qué más recuerdas? Se preguntó para sus adentros.

–No me creo que no quieras hacerme ninguna pregunta –él hablaba despreocupadamente.

–La noche que nos conocimos te quedaste sorprendido de que tuviera

un hijo. Porque no lo sabías.

Las palabras brotaron de su boca sin que ella les autorizara a hacerlo.

Vio un brillo en los ojos de Gray.

–Sorprendido es poco. Tú llevabas casi dos años en mi cabeza, pero sin hijo.

–¿Cuándo pensaste por primera vez que había algo extraordinario?

Él se encogió de hombros.

–A los dos meses del transplante… –la miró como si se disculpara–… empecé a soñar con la cara de una mujer. Tu cara. No eran sólo sueños. Te aparecías en mi cabeza en los momentos más inesperados. Luego, empecé a verte haciendo cosas concretas: colocando flores, vestida con un traje de noche negro, incluso dirigiéndote hacia mí con una sonrisa… pero todo se concretó más durante la revisión de los dos años.

–¿Qué pasó? –tenía curiosidad aunque no quisiera.

–Vi en mi historial que el corazón lo había donado el hospital John Hopkins. Entonces repasé el periódico de Baltimore porque sabía que la persona seguramente habría vivido aquí y me habían dicho que el corazón era de un hombre joven que había muerto en un accidente. Fue fácil dar con Mike –vaciló.

–¿Qué más?

–Cuando leí tu nombre en la necrológica… –la miró a los ojos y ella pudo ver la conmoción como si acabara de pasar–…en cuanto leí tu nombre supe que eras aquella mujer.

–Diste por supuesto –le corrigió ella.

–No –negó con la cabeza–. Lo supe.

–Entonces fue cuando decidiste meterte en nuestras vidas.

–No –la voz seguía siendo tranquila, pero ella podía notar que estaba haciendo un esfuerzo por no agitarla–. Sólo quería verte y saber si eras la cara que aparecía en mi cabeza, pero cuando te vi en el baile… –se encogió de hombros–. Tuve que conocerte.

–Puedes estar mintiendo –le temblaba la voz–. ¿Cómo puedo saber que no contrataste a alguien para que me vigilara y consiguiera información que te resultara valiosa?

–Si lo hubiera hecho, habría sabido que Michael existía.

La lógica era irrefutable.

–No supe información más concreta hasta que te conocí –siguió Gray.

–¿Por ejemplo?

–Corazón. Él te llamaba así. Yo no he llamado así a una mujer en mi vida.

Tenía la voz tan tensa como los nervios de ella, pero no podía evitar pensar que si todo aquello era verdad, él tendría que haberlo pasado muy mal.

–Tu color favorito es el rosa palo. Te dijo que quería casarse contigo en

la cocina de la casa donde daban la fiesta en que os conocisteis.

Hablaba en serio. Ni siquiera Patsy sabía eso. En aquel momento, ella se rió sin darle importancia. No volvió a acordarse hasta meses después, cuando Mike volvió a pedírselo. Tragó saliva.

–¿Cómo…?

–Lo he visto. Tú sonreíste y fingiste no hacerle caso –extendió las manos cuando ella se quedó boquiabierta–. Hay una teoría…

–Alto –ella también extendió una mano y se quedaron en silencio–. Necesito un minuto.

–Conozco esa sensación –el tono era irónico.

Ella bajó la mano y se quedó dándole vueltas a la cabeza. Las consecuencias de lo que él quería hacerle creer eran asombrosas. Se acordó de otro día en el jardín.

–La primera vez que viste a Michael…

–Me sentí abrumado –tragó saliva–. No estaba preparado para sentir lo que sentí: orgullo y felicidad. Fue como si yo fuera su padre.

–¿Cómo puedes explicarlo? –le preguntó bruscamente.

No estaba dispuesta a perdonarlo por haberle mentido, aunque fuera por omisión, pero tampoco podía negar que la historia era muy convincente.

Él sacudió la cabeza.

–No puedo. Hay una teoría sobre la memoria celular que se aproxima. Se piensa que ciertas experiencias se quedan grabadas en nuestras células, pero aun así, nunca se ha registrado algo tan detallado como lo que yo he vivido. Se han conocido casos de alguien a quien la gusta una comida que detestaba y que resultó ser la favorita del donante. Eso está documentado, pero que se hayan transmitido recuerdos concretos de la vida del donante… –negó con la cabeza–. Intenté hablarlo una vez, pero los médicos parecieron no darse cuenta de lo nítidos que eran los recuerdos. Me dio miedo que pensaran que estaba loco.

Ella asintió con la cabeza.

–No me extraña –se le ocurrió otra cosa–. ¿Le has dicho algo a Patsy?

–Claro que no –contestó con tono de espanto–. Ella sólo está contenta porque una parte de Mike sigue viva en cierta forma y porque ha tenido la oportunidad de conocerme.

Catherine se sintió muy aliviada.

–Menos mal.

Él tomó aire.

–Mike debió amarte con cada fibra de su cuerpo porque si no, ¿cómo habría sabido yo…?

–Efectivamente –sintió miedo de aceptar lo que podía proponerle–. Nunca nos habríamos conocido si no hubiera sido gracias a la memoria celular o a lo que te trajera aquí.

–Eso no puedes saberlo. A lo mejor me habría gustado conocer a la familia de mi donante en cualquier caso –la miró con ternura–. Te aseguro que me habrías gustado aunque no tuviera las células de Mike apremiándome.

Ella dudó.

–Y si tus sentimientos hacia mí sólo se debieran a que tienes el corazón de Mike…

Vio que los ojos de Gray se alteraban mientras ella hablaba y se dio cuenta de que hasta ese momento, él no había estado seguro de que ella fuera a perdonarlo. Ella tampoco lo había estado, pero también se dio cuenta de que gran parte de su furia se había esfumado.

Él no dijo nada durante unos momentos y ella se alegró de que no menospreciara su preocupación.

–No –dijo Gray por fin–. Si sólo sintiera lo mismo que Mike, detestaría que trabajaras fuera de casa, pero eso no me importa lo más mínimo.

–Entonces, no sientes sólo lo que sentía Mike.

Él negó con la cabeza.

–Eso también me preocupó al principio, pero ahora… te quiero, Catherine. Yo, Gray. Tendrás que creerme porque nunca podré demostrártelo. Voy a necesitar este corazón el resto de mi vida.

Ella tragó saliva y quiso arrojarse en sus brazos, pero aquellas palabras le habían despertado un temor nuevo.

–¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto dura un corazón transplantado?

Ella había amado a Mike y él había muerto, pero sabía que si aceptaba lo que Gray le proponía y luego él moría, ella no podría soportarlo.

–Tengo la esperanza de hacerme viejo contigo, si compartes tu vida conmigo –contestó él con una mirada rebosante de cariño–. En estos momentos, los receptores llevan una vida normal y productiva. Hay un hombre en Inglaterra que sigue como un roble después de veintidós años. Tienes que tener en cuenta que hay otros receptores que son mayores que yo o que tienen otras complicaciones médicas –volvió a sonreír–. Me temo que soy una especie de conejillo de indias para mis médicos. Yo era un hombre joven y sano y recibí un corazón joven que todos esperamos que funcione bien durante bastante tiempo.

–¿Y el rechazo? ¿No puedes caer enfermo?

–Tendré que tomar medicamentos contra el rechazo siempre e ir dos veces al año al hospital para una revisión –lo decía con un tono de paciencia, como si se hubiera esperado las preguntas–, pero mi dosis de medicamentos en muy baja. Me controlo a mí mismo para ver signos de empeoramiento, tengo una dieta sana y no bebo alcohol. No puedo tomar el sol porque tengo riesgo de cáncer de piel y soy muy disciplinado con mi programa de ejercicios. Aparte de algunas pocas cosas, mi forma de vida no es distinta a la de cualquier hombre que hayas conocido, Catherine.

–Los demás hombres no tienen ni el corazón ni los recuerdos de mi marido –puntualizó Catherine con una sonrisa.

Gray se incorporó y levantó a Catherine del banco.

–Te quiero, Catherine. Siento no haberte dicho quién era desde el principio. Quiero casarme contigo, ser el padre de Michael y, a lo mejor, darle algunos hermanos un día de estos. ¿Lo pensarás? No tienes que responderme ahora mismo. Sé que son muchas cosas que tienes que asimilar…

–Sí –le tapó la boca con la mano–. ¿Sabías que cuando estás nervioso hablas sin ton ni son?

Él asintió con la cabeza y ella notó que le lamía la palma de la mano.

–Te quiero –farfulló Gray–. Ese sí, ¿quiere decir que sí lo pensarás o…?

Ella apartó la mano y le sonrió.

–Me casaré contigo.

–Cuando quieras. Ya sé lo que piensas de hacerlo público demasiado pronto y siento mucho haber reaccionado como lo hice…

–Eso me recuerda que el gran baile de caridad de Patsy, el asunto lirio, es el próximo sábado. ¿Te gustaría llevarme?

Gray cerró los ojos durante un segundo y cuando volvió a abrirlos, los tenía húmedos. Estaba claro que había reconocido su oferta de paz.

–Me encantaría. La abrazó y la estrechó contra sí.

–¿Qué piensas hacer el resto de la tarde? –le preguntó antes de besarla.

Ella le pasó los dedos por el pelo y le sonrió burlonamente.

–Bueno… estoy un poco cansada. A lo mejor me quedo en tu casa para descansar un rato. Luego, me iré con Michael a tomar un helado. ¿Qué te parece?

Él ya estaba desabotonándole la camisa.

–Me parece un buen plan.

Catherine pensó que lo que llamaban el asunto lirio seguramente era la fiesta más bonita a la que había ido. Patsy tenía motivos para estar orgullosa.

Del techo colgaban lámparas de cristal. En todas las mesas había floreros con lirios preciosos y en la mesa central había una escultura de hielo con forma de lirio. Había arreglos florales de lirios y otras flores en el bufé y tanto los músicos como todas las mujeres que habían acudido recibieron un lirio perfecto que se pusieron en el pelo.

–Apostaría lo que fuera a que todo el mundo está hablando de nosotros –las palabras burlonas de Gray le llegaron por encima de la cabeza mientras bailaban–. Me ha parecido oír que la mujer con un vestido morado ha dicho algo sobre una lagarta.

Catherine hizo una mueca y le golpeó el brazo.

–Eres un asqueroso. Estaba espantada de que la gente pensara que yo buscaba tu dinero.

Gray se rió.

–Sólo nosotros sabemos tu situación económica. Todo el mundo piensa que eres una viuda rica. A lo mejor piensan que yo busco tu dinero.

–No lo creo. Hay unas cuantas personas que conocen mi situación. Mi asesor financiero, mi abogado y mi contable.

–Ellos no dirán nada. ¿Quién iba a contratar a un profesional que no sabe guardar una información confidencial?

–Hablando de informaciones confidenciales… Hoy he ido a ver al médico y me ha dicho que tengo que dejar la píldora si quiero quedarme embarazada en el plazo de un año.

Gray arqueó las cejas y sonrió cautelosamente.

–¿Es lo que quieres?

Ella le sonrió.

–Eres parte de esta familia de más formas de lo que la gente puede imaginarse. Estoy deseando tener un hijo con tus genes.

Sus ojos azules brillaron, le dio un beso en la cabeza y la abrazó con tanta fuerza que la gente tendría motivos para murmurar, si no lo estaban haciendo todavía.

–Te quiero –le dijo con un tono profundo y ronco–. Estaré siempre agradecido a Mike por haberme dado su corazón y te prometo que mientras siga latiendo te adoraré a ti, a Michael y a todos los hijos que tengamos juntos.

Catherine cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Gray mientras paladeaba aquellas palabras. Él tenía la mano de Catherine sobre el corazón que les había dado una nueva oportunidad a los dos.